

Este asedio a la vida cultural de los años 60 arranca con una saludable falta de temor a los extremos del "justo medio" de cualquier ensayo-expediente: el periodismo y la literatura. Por una parte hay astucia (y goce) para titular las secciones. Si una se llama "La CIA: El padre secreto de la gran familia liberal", pronto llega otra que lo completa: "La Fundación Ford: La madre adoptiva de la familia liberal". El ingenio encapsula fulgurante la esencia de lo que se despliega (documentado, consolidado) en el texto y da tono a un método de tensión (más que de espectáculo o lucimiento) que tampoco se limita a los títulos. Hay páginas enteras (las dedicadas por ejemplo a narrar los sacudones de los órganos institucionales del sistema "subsidiador" ante los cambios de la realidad) que parecen extraídas de una muy buena novela de espionaje. Con una diferencia: no están "basadas en la realidad", sino que son la articulación inteligente de los fragmentos "reales", nada ficticios de esa realidad. ¿Cómo no sentir el latido de lo literario ante el "fundador del partido comunista valenciano" que se llama Gómez y cuyo seudónimo es Gorkin? ¿Cómo no sonreír con los apurones de otro hombre improbable, Josselson, cuando la distensión de Kruschev lo obliga a salir corriendo para cambiar los libretos?

Leí este libro de la primera página a la última con el mismo interés con que he leído libros y artículos de Viñas o articulaciones riesgosas de Piglia, o derrapes imprevisibles de Carlos Correas. Entre otras cosas porque, en estos casos, las palabras tienen que ver con ideas, publicaciones, personas o movimientos subterráneos que tuvieron que ver conmigo. También porque este es un texto, como los que escribieron en algún momento esos otros, que pelea, pero que también deja respirar, con aire.

Elvio Gandolfo

María Eugenia Mudrovic, egresada de la Universidad de Buenos Aires, realizó sus estudios de Posgrado en la UNAM (Maestría, 1987) y en la Universidad del Sur de California (Doctorado, 1994). Editora de *Espejo en el camino* (México, 1988), es autora de numerosos artículos dedicados al ensayo y a la novela latinoamericana contemporánea. Desde 1990 reside en los Estados Unidos. Actualmente enseña literatura latinoamericana en Michigan State University.



María Eugenia Mudrovic

Mundo Nuevo

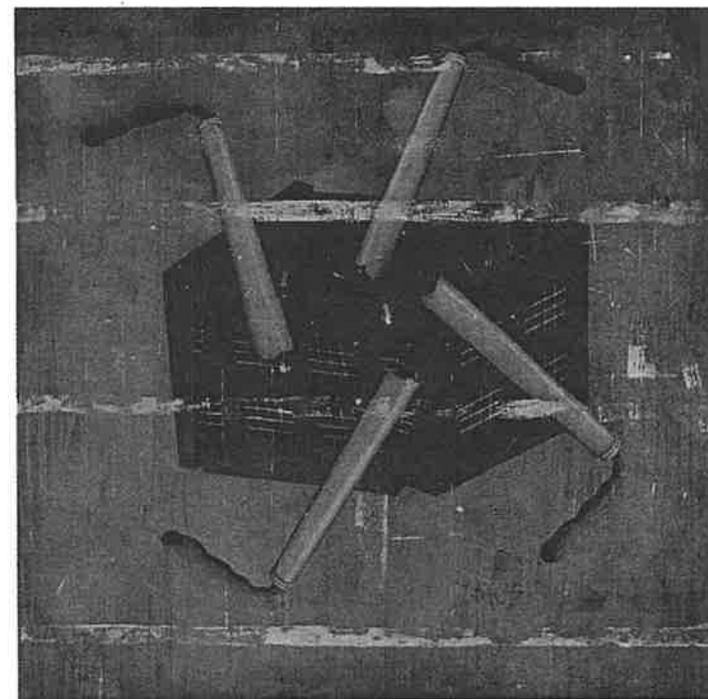
Estudios Culturales



Mundo Nuevo

Cultura y Guerra Fría en la década del 60

María Eugenia Mudrovic



BEATRIZ VITERBO EDITORA

Mundo Nuevo

✕ Cultura y Guerra Fría en la década del 60

Estudios Culturales

Mundo Nuevo

Cultura y Guerra Fría en la década del 60

María Eugenia Mudrovic

BEATRIZ VITERBO EDITORA

Biblioteca: *Estudios Culturales*

Diseño de colección y tapa: Daniel García

Ilustración de tapa: "Evening Star" (1995), Daniel García

Primera edición: febrero 1997

© María Eugenia Mudrovcic

© Beatriz Viterbo Editora

Laprida 2086, Rosario

I.S.B.N.: 950-845-047-9

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

Impreso en Argentina

Agradecimientos

Quiero, ante todo, agradecer los comentarios siempre oportunos e incisivos que hizo Lucille Kerr a las sucesivas versiones del manuscrito. Sin su apoyo, su paciencia y su fe, esta investigación no hubiera sido posible. Agradezco, asimismo, el aporte de la Universidad de Nevada en Reno, cuya beca de investigación me permitió visitar los archivos de Emir Rodríguez Monegal en la Universidad de Princeton, los archivos de la Fundación Ford y los del Congreso por la Libertad de la Cultura en la Universidad de Chicago. Mis gracias también a George McKinlay, Elvio Gandolfo, Susana Zanetti, Cristina Pons y Maquela Brizuela, por haber compartido la alegría de algunos aciertos y la desazón menos grata de muchas frustraciones.

M.E.M.

Prólogo

Leí este libro de la primera página a la última, en el original, con el mismo interés con que he leído en su momento libros y artículos de Viñas o articulaciones riesgosas de Piglia, o derrapes imprevisibles de Carlos Correas. Entre otras cosas porque, en estos casos, las palabras tienen que ver con ideas, publicaciones, personas o movimientos subterráneos que tuvieron que ver conmigo. En todos los casos, además, sin sentir el peso aplastante de la Argumentación Imbatible, del orgullo de acorralar al lector, al oyente, al público, contra las cuerdas, con una sola lectura posible. Este es un texto, como los que escribieron en algún momento esos otros, que pelea, pero que también deja respirar, con aire.

Cuando vivía en Rosario leí durante bastante tiempo Mundo Nuevo. Llegaba con regularidad a la librería "Aries" de Rubén Sevlever. Disfruté mucho de sus páginas. La polémica sobre su financiación, sobre su papel político "encubierto", me parecía un detalle lateral. Experimenté, desde luego, la pérdida de su peso específico justamente por la pérdida progresiva primero y después brusca de su capacidad de dar placer de lectura.

Ahora, tantos años después, leo en el ensayo de María Eugenia Mudrovic, explicado con minucia pero sin afán aviesamente vengativo, el entramado de lo que había detrás. Y hay una triple magia: por una parte no me siento empujado en absoluto al arrepentimiento, manía autoritaria y comulgante de tanto

practicante burocrático y pedante del interpretacionismo marxista o freudiano del mundo en los años 60. El texto permite pensar, seguir pensando. Por otra parte ese rasgo hace que no me incline sobre un viejo fenómeno, tal vez teñido de nostalgia. A pesar de estar indudablemente incrustado, empapado en los 60, el fenómeno vuelve a existir en presente. De algún modo el ardor de la inteligencia y la tenacidad en encontrar las piezas del mecanismo en descripción hasta el límite hacen que el libro busque dar respuesta (más que darla apresuradamente), a esa pregunta que paródicamente hace un personaje "periodista" de Gasalla: "¿Qué está pasando?"

Mundo Nuevo era una revista cultural, logró serlo mucho más que Cuadernos o Encounter. Por eso me pareció por momentos excesivo el énfasis en sus notas políticas, que en el "efecto de lectura" de los lectores a los que apuntaba la revista, en mi opinión, eran salteables. Si entonces hubiera vivido en Uruguay, seguramente hoy hubiera considerado menos laterales sus aspectos políticos: estaban Marcha, Rama, la polémica. Pero las cosas son como son: vivía en Rosario. Lo que Miguel Briante llamaba "el cafard litoraleño" me salvó. Que ahora el libro aparezca en Rosario, en vez de en Montevideo, la ciudad más "pensable" por la nacionalidad de Monegal, es un nuevo cruce intrigante de esos que alimentan los mejores ensayos, el mejor periodismo y la mejor literatura.

Elvio E. Gandolfo

1. Mundo Nuevo: Árbol genealógico y otras historias de familia

"Aún antes de haberse publicado el primer número circularon desde La Habana manifiestos en contra de la nueva revista. La acusación de ser un órgano pagado por la CIA (y no por la Ford Foundation, como así era) fue reiterada infatigablemente aunque sin aportar pruebas."

Emir Rodríguez Monegal. El boom de la novela latinoamericana. Caracas: Tiempo Nuevo, 1972: 27.

Meses antes del lanzamiento oficial de *Mundo Nuevo*, el público latinoamericano tuvo noticias de la revista y de sus conflictivos orígenes a través de la polémica que entablaron Roberto Fernández Retamar y Emir Rodríguez Monegal. Cedidas a la prensa por el flamante director de *Casa de las Américas*, las cinco cartas que se intercambiaron durante este duelo discursivo circularon profusamente por América Latina gracias al trabajo de difusión de *Bohemia* (Cuba), *Siempre!* (México), *Marcha* (Uruguay) y *La rosa blindada* (Argentina). Con esta polémica comienza la historia pública de *Mundo Nuevo*, un comienzo significativo por varias razones. En primer término, porque las cartas anticiparon sensacionalmente la aparición de *Mundo Nuevo* y, al hacerlo en los moldes polémicos en que lo hicieron, generaron ciertos prejuicios y despertaron fuertes expectativas en algunos sectores del público latinoamericano. En segundo lugar, porque la lógica "amigo-enemigo" que dominó el juego epistolar reflejó de manera más o menos aproximada la red de solidaridades y rechazos que estructuraba el campo político de los años 60.

En la primera carta, fechada el 1° de noviembre de 1965, Emir Rodríguez Monegal le anunciaba a Roberto Fernández Retamar su decisión de dirigir una "revista literaria en París para América Latina" (Fernández Retamar/Rodríguez Monegal 58). Según Monegal, la revista iba a representar "una oportunidad para todos los que creemos en una cultura latinoamericana viva y de hoy" (58) y, a renglón seguido, confesaba haber aceptado la dirección de la misma "porque el grupo que me la ofrece (vinculado

con el Congreso por la Libertad de la Cultura pero no dependiente de él) me asegura toda la libertad de elección y orientación" (58).

La sola referencia al Congreso por la Libertad de la Cultura (disimulada por sutilezas semánticas que no lograron distraer la atención de Fernández Retamar) dio origen al debate que se prolongó hasta principios de abril de 1966. La filiación institucional de *Mundo Nuevo*, por un lado, y las deudas políticas que trababa el parentesco económico de la revista con el Congreso por la Libertad de la Cultura, por otro, fueron los dos temas que enfrentaron a Rodríguez Monegal y Fernández Retamar; y los puntos sobre los que gira la respuesta del director de *Casa de las Américas*:

... el Congreso de marras es una organización creada para algo, que es, precisamente, lo contrario de lo que nuestros países requieren. Financiado como está por los Estados Unidos, tiene como única misión la defensa no de "libertad de la cultura", sino de los intereses imperialistas norteamericanos, agenciándose para ello, la colaboración de intelectuales de diversos matices, algunos de los cuales no son hostiles a nuestras causas ... Si crees de veras que la sutil distinción semántica de estar "vinculado con el Congreso por la Libertad de la Cultura pero no dependiente de él", te permitirá "toda la libertad de elección y orientación" en el nuevo *Cuadernos* que preparas, me temo, Emir, que has sido sorprendido en tu buena fe, de la que no tengo por qué dudar. (Fernández Retamar/Rodríguez Monegal 58)

La campaña de impugnación originada en Cuba puso en guardia a gran parte de la intelectualidad latinoamericana. Rápidamente ("aún antes de haberse publicado el primer número", como se quejó muchas veces Rodríguez Monegal [1972, 27]) *Mundo Nuevo* se convirtió en objeto de estigmatización de las publicaciones más representativas de la izquierda continental. Todo este proceso, plagado de acusaciones y viciado de desconfianza recíproca, marcó a fuego el perfil interno de *Mundo Nuevo*. Cada vez que pudo, la revista habló del vacío de recepción con que la izquierda la había castigado, vacío al que, en un lenguaje típico de Guerra Fría, dio en llamar "el boicot cubano contra *Mundo Nuevo*" (Rodríguez Monegal 1972, 27). De esta forma, la polémica con Cuba se impuso por iteración en el macrodiscurso de la publicación y llegó a consolidar uno de sus loci centrales no sólo porque se trató del primer contacto que el

público estableció con *Mundo Nuevo* sino también porque el cruce de correspondencias entre Rodríguez Monegal y Fernández Retamar tuvo toda la apariencia de ser una suerte de "trauma fundacional" incrustado en la autoimagen que construyó de sí misma la revista parisina.

El Congreso por la Libertad de la Cultura: Historia retrospectiva de la gran familia liberal

La historia política y el trayecto intelectual que desde sus orígenes había proyectado el Congreso por la Libertad de la Cultura explican, en todo caso, las reservas y los ataques provenientes de la izquierda latinoamericana. Producto típico de la Guerra Fría, el Congreso por la Libertad de la Cultura fue fundado en 1950 como un frente intelectual de ideología anti-soviética, anti-neutralista y, concomitantemente, pro-USA ("Estoy profundamente convencido de que un anti-estalinista sólo tiene una salida: aceptar el liderazgo norteamericano", dijo Raymond Aron, un "liberal de primera hora" fuertemente comprometido con el aparato mitológico de la organización [Coleman 49-50]).¹

En lo que se refiere a su estructura, el Congreso por la Libertad de la Cultura contaba con un Comité Ejecutivo en París que hacía las veces de centro nervioso del sistema. Desde allí, se fiscalizaban las actividades culturales de más de treinta y cinco sedes nacionales distribuidas por todo el mundo. Michael Josselson, natural de Estonia, miembro de la diáspora europea del Mar Báltico y emigrante estadounidense desde 1936, fue el personaje clave que dominó la época dorada de la organización. Primero, como fundador y secretario administrativo, después, como secretario general y, por último, como director ejecutivo de la central parisina, Josselson era "indiscutiblemente un oficial de la CIA" mucho antes de haber iniciado esta escalada en las estructuras de poder de la inmensa maquinaria liberal (Coleman 40-43).

Gracias a su gestión, el Congreso por la Libertad de la

Cultura creció al abrigo económico de la CIA estrechando a lo largo de sus primeros diecisiete años una relación de dependencia que logró mantenerse encubierta hasta que el *New York Times* ventiló la información en abril de 1966. Incapaz de controlar las presiones externas que estas revelaciones desataron en contra del Congreso, en mayo de 1967 Josselson renunció a la dirección del Comité Ejecutivo para así poner a salvo la poca credibilidad internacional que todavía le quedaba en pie al desautorizado organismo que dirigía. Su alejamiento no logró superar sin embargo la crisis institucional que se había desencadenado y cinco meses después de esta renuncia las nuevas autoridades tuvieron que poner en práctica (aunque sin mucho éxito) nuevas estrategias de legitimación. Buscando lavar su cara pública, el Congreso consiguió financiación de la Ford Foundation, cambió de nombre y a partir de septiembre de 1967 se convirtió en la "Asociación Internacional por la Libertad de la Cultura." Así rebautizada, la otrora "gloriosa" institución liberal sobrevivió sin penas ni gloria hasta principios de 1979, momento en que se decidió al fin disolver el organismo de manera definitiva.

Por lo general, la historia política del Congreso se divide en tres etapas o períodos más o menos definidos (Coleman; Lasch): un período de consolidación (1950-1958), uno de expansión (1958-1964) y un último período de retracción (1964-1968). El primer período (que se inicia con su constitución en 1950 y se prolonga hasta 1958) sirvió para sentar los pilares de la organización en base a un modelo político que percibió al Congreso como un movimiento de ofensiva liberal a escala internacional. Durante esta etapa, el Comité Ejecutivo trató por todos los medios de contrarrestar los "mitos pro-soviéticos" que tan exitosamente habían distribuido los *fellow-travellers*, las revistas partidarias y los frentes internacionales de filiación comunista como el Cominform, el Congreso Cultural por la Paz, la Federación Mundial de Sindicatos y la Unión Internacional de Estudiantes. Thomas Wardell Braden, responsable de la fundación de la División de Organizaciones Internacionales de la CIA (célula encargada de establecer contacto con el Congreso por la Libertad de la Cultura), describió la situación de los años

50 con elocuencia: "Lo que pasaba en aquel momento en el mundo era que los rusos a través de sus frentes internacionales se habían apropiado del uso de grandes palabras como paz, justicia y libertad" (Keen 1).

El Congreso salió entonces a competir agresivamente por la propiedad de las "grandes palabras" en un terreno donde lo que en realidad se estaba disputando era la posesión simbólica de nuevos espacios políticos. Las distintas sedes nacionales, orquestadas por el Comité Ejecutivo, se vieron entonces inmersas en la tarea de organizar seminarios monográficos, promover protestas contra la censura y la represión detrás de la cortina de hierro, becar a ex-comunistas refugiados, incentivar defecciones de escritores rusos, subvencionar publicaciones y revistas, editar traducciones o hacer festivales populares (Coleman 134; 34). El carácter agresivo que definió la política cultural del organismo durante esta primera etapa no despreció foros ni actores: a los ojos proselitistas de la expansiva propaganda del Congreso no había eventos que no fueran atractivos, ni espacios que no resultaran adecuados para vaciar los universales del credo liberal.

Sin duda, éste fue el *ethos* que dio origen a la extensa red de revistas subvencionadas por el Congreso por la Libertad de la Cultura. La lista completa, sólo de aquellas publicaciones que el Congreso lanzó en la década del 50, es larga y por lo tanto fatigosa, pero merece la pena reproducirse en su totalidad porque da una idea apretada de los alcances polifónicos que tuvo la organización. Formaron parte de esta "notre grande famille", como Josselson llamó muchas veces a todas las revistas del Congreso (Coleman 101), publicaciones como: *Encounter* (Inglaterra), *Preuves* (Francia), *Cuadernos* (América Latina), *Forum* (Austria), *Tempo Presente* (Italia), *Quest* (India), *Der Monat* (Alemania) y *Quadrant* (Australia). A las que deben agregarse además *Science and Freedom*, (*Soviet*) *Survey* y *Forum Service*, tres boletines informativos emanados de los servicios de noticias dependientes también del Congreso.

A fines de los 50, casi una década después de su fundación, los balances realizados por el Comité Ejecutivo arrojaron en líneas

generales resultados positivos. El brillo de la mitología prosoviética mostraba, por ese entonces, signos visibles de estar declinando. La invasión soviética a Hungría (1956) y el “discurso secreto” de Nikita Jruschev denunciando las purgas estalinistas (1956) habían sido decisivos para provocar este vuelco en la percepción occidental y, si bien el Congreso no podía atribuirse estos avances como éxitos propios, logró sin embargo aprovecharlos con tanta eficacia simbólica que a partir de 1956 (*annus mirabilis* lo llama Coleman [128]) el discurso liberal elevó llamativamente el pico de credibilidad con el consiguiente desborde de euforia de muchos de sus miembros más conspicuos (Coleman 9).

Más allá de este impacto inmediato, el “discurso secreto” de Jruschev también señaló un cambio importante en el rumbo político de Europa. El bloque occidental interpretó el gesto del primer mandatario ruso como un avance concreto hacia el descongelamiento continental, un signo que para muchos (empezando por la gente del mismo Congreso) inició el período de *détente* que vivió Europa a partir de la década del 60. El Comité Ejecutivo trató entonces de alentar todos los cambios formales que reforzaban la idea del relajamiento virtual entre los bloques, sobre todo, teniendo en cuenta que el nuevo contexto europeo había hecho “obsoleta la retórica anticomunista de los años 50, aunque no había logrado hacer obsoleto —ni mucho menos— al mismo anticomunismo en sí” (Lasch 82). Todos estos aires de renovación política impusieron la necesidad de una redefinición de las funciones del Congreso por la Libertad de la Cultura. Y con la reestructuración que tuvo lugar a partir de 1958, el Congreso dio inicio a lo que tanto Lasch como Coleman consideran la segunda fase operativa de la institución (Lasch 77, Coleman 9).

En este segundo período (que se inicia en 1958 y se prolonga hasta 1963-64), el Congreso trató de moderar su imagen anti-comunista de los comienzos. Y para lograrlo, incursionó en el uso de un léxico no tan beligerante, mucho más *light* y probablemente tanto más efectivo, al menos en épocas de acercamiento voluntario como la que exigía la Europa del

momento. Programas que antes habían apoyado contenidos anti-neutralistas o habían salido deliberadamente a provocar confrontación y polémica ensayaron ahora una retórica de tolerancia e integración, y todo esto lo hicieron en nombre de universales ampliamente consensuados como paz, conocimiento y desarrollo. Se habló entonces de la necesidad de “coexistencia” y “convivencia civilizada” entre los intelectuales de ambos bloques; de la urgencia de un “diálogo no-ideológico” centrado en problemas de desarrollo; y de la importancia de apoyar la “liberalización” del aparato cultural detrás de la cortina de hierro (Coleman 10; Lasch 78). Según Lasch, “estaba surgiendo un nuevo estilo oficial, fielmente representado por el Congreso por Libertad de la Cultura —urbano, distante, burocrático—. A pesar de que las viejas políticas aún continuaban vigentes, los viejos *slogans* ya resultaban anticuados. Y la unión entre intelecto y poder pareció conducir engañosamente a una liberalización aparente de las actitudes oficiales o a una clara distensión del tradicional anti-comunismo norteamericano” (77-78). El mccarthismo tenía mala fama en todas partes y el Congreso quería evitar así ser identificado con lo que a primera vista surgía como una versión ultra-reaccionaria y desahuciada de los Estados Unidos. El esfuerzo merecía la pena no sólo porque esta versión anti-comunista evocaba sentidos poco populares en los años 60 sino también porque era un discurso demasiado denso y rigidizado como para que el Congreso pudiera incorporarlo a su propio repertorio discursivo sin resentir pérdidas políticas ni caer en groseras contradicciones. Poniéndose de esta manera a salvo del cantado naufragio mccarthista, el Congreso intentó renovar las bases discursivas de su programa anti-comunista, haciendo hincapié en una plataforma de tendencia liberal-progresista, mucho más ambigua, generosamente ecléctica, y retóricamente acorde con la mitología democrática y humanista a la que adhería la mayoría militante de sus miembros.

La efusión celebrativa tuvo, sin embargo, alcances mucho más vastos que los que tuvo el mismo descongelamiento. Restringido sólo a Europa —una zona, por lo demás, ya distribuida entre los bloques—, el efecto *détente* que prosperó en

los años 60 negó, por un lado, la hipótesis del “fin de la Guerra Fría” (en la que muchos quisieron creer) al tiempo que confirmó, por otro, el desplazamiento del eje de confrontación hacia otras zonas geográficas de mayor interés. De buenas a primeras, el llamado “tercer mundo” (una zona que hasta entonces sólo había desempeñado un rol marginal y remoto en el libreto occidental), pasó a ocupar el centro del mapa político convirtiéndose en una especie de “oscuro objeto del deseo” de la escena internacional. Hechos puntuales como Bahía de Cochinos (1961), la crisis de los misiles (1963) y la invasión norteamericana a República Dominicana (1965), se sumaron a procesos más complejos como la revolución cubana, la radicalización política de Latinoamérica o la guerra de Vietnam, y entre todos vinieron a probar que las tensiones no sólo no habían disminuido sino que tampoco daban signos concretos de estar en vías de hacerlo. Era obvio que a pesar de lo que decía el discurso auspicioso que se emitió desde Washington, la Guerra Fría no había terminado. A lo sumo, con la mudanza al tercer mundo había experimentado una violenta “descentralización” geográfica.

Estrechando los vínculos orgánicos que ligaban el Congreso por la Libertad de la Cultura a la posición oficial norteamericana, los medios de difusión coordinados por el Comité Ejecutivo se plegaron a la tarea de celebrar sin reservas las ventajas del descongelamiento. A través de la cadena internacional de revistas, el Congreso proyectó la ilusión-*détente* al resto del mundo al tiempo que destinó todos los recursos disponibles para saludar eufóricamente la nueva “era post-ideológica” (Coleman 121). Lo cierto es que estos dos mitos —el fin de la Guerra Fría y el mito del diálogo Este-Oeste— trabajaron juntos y sin descanso con miras a lograr la “desmilitarización” de la cultura, uno de los objetivos impostergables que se fijó el Congreso durante su segunda etapa histórica. El alto grado de politización alcanzado por la producción intelectual de las zonas bajo disputa explica, en todo caso, por qué el “desarme cultural” pasó a ser un problema prioritario en la agenda sesentista del Congreso.

Junto al nuevo tipo de demandas que trajeron los años 60, el cambio de estilo, léxico y contenidos que experimentó la política

cultural del Congreso también afectó la cara pública de las revistas que auspiciaba. Unas más temprano que otras, todas sin embargo terminaron adecuando sus registros a una moda que exigía formas más moderadas y reposadas de hacer proselitismo. Los efectos de esta suerte de bautismo modernizador a veces fueron llamativos: los mensajes que circularon en la red internacional civilizaron, entre otros rasgos, las aristas irritantes del anti-comunismo propio de los años 50, profundizaron la división formal entre arte y política, y no dejaron de exaltar las bondades prácticas del diálogo, la tolerancia, la liberalización y el profesionalismo intelectual.

Además, la “notre grande famille” tampoco dejó de crecer. A los títulos que ya estaban en circulación, se sumaron otras publicaciones, la mayoría centrada en problemas del tercer mundo o preocupada por dar sentido histórico a las relaciones Este-Oeste. Esta última remesa de revistas —las que Coleman nuclea bajo el rótulo “Magazines of the Sixties” (183)— está integrada por: *Hiwar* (Beirut), *Transition* (Uganda), *China Quarterly* (Londres), *China Report* (Nueva Dheli), *Jiyu* (Japón), *Censorship* (Londres), *Censure contre les arts et la pensée* (París), *Censura contra las artes y el pensamiento* (París), *Cadernos brasileiros* (Brasil), *Aportes* (París), *Temas* (Montevideo), *Minerva* (Londres) y *Mundo Nuevo* (París), una publicación nacida bajo la égida del Congreso para encarar “el problema cubano” y a la que muchos tienden a ver como la continuación sesentista de *Cuadernos*.

La tercera época del Congreso comienza en 1964, después del impacto que tuvo la investigación impositiva del diputado Wright Patman en donde se ventilaban los lazos financieros existentes entre la CIA y la fundación J. M. Kaplan. A partir de este sonado informe, Josselson se dio cuenta de que tarde o temprano iban a descubrirse los vínculos que el Congreso por la Libertad de la Cultura mantenía desde su fundación con la Agencia de Inteligencia. Supo también que no había razones para albergar demasiadas expectativas en cuanto a la reacción del público: “lo que parecía necesario y deseable en 1950 o 1951 resultaba poco menos que siniestro en los años 60” (Coleman 220).

Y con esta amenaza esperándolo a la vuelta de la esquina, Josselson inició una verdadera carrera contra el reloj: "Considero cambiar el nombre del Congreso. Renovó intentos para lograr que el Congreso consiguiera completa financiación de la Fundación Ford y así cortar todo vínculo económico con la CIA. Instó a las revistas a separarse del Congreso y a encontrar fuentes independientes de financiación... También intentó reorganizar las actividades del Congreso en institutos regionales, autónomos, con autoridades y estatutos propios, y financiados enteramente por fundaciones privadas" (Coleman 221). Enmarcados por el mismo clima de urgencia, este paquete de propuestas quasi-apocalípticas dieron unidad al período que va de 1964 a 1967, último ciclo histórico del Congreso por la Libertad de la Cultura. En general, debido a las amenazas que se cernían sobre la organización, ésta fue una etapa de retracción y reorganización obligadas —se cerraron muchas revistas (*Cuadernos* en 1965, *Perspektiv* en 1966, *Hiwar* en 1967), se vendieron otras (*Encounter*, *Forum* y *Quadrant*) y básicamente se trabajó con la idea de reducir al máximo casi todos los programas internacionales.

Pero, sobre todo, la tercera fue una etapa jalonada por complicados ritos defensivos —durante los últimos tres años de vida del Congreso debió enfrentar toda la ola de acusaciones que lo asociaban con la CIA— y por no menos engorrosas negociaciones con la Fundación Ford —que en septiembre de 1967 aceptó finalmente financiar la recién creada Asociación Internacional por la Libertad de la Cultura (ACCF), continuación "CIA-free" del Congreso—. La única razón que explica todos estos esfuerzos fue el deseo persistente de salvar el Congreso del naufragio final. Pero a fines de los 60 cuando, según Coleman, "todo lo que estuviera asociado con el gobierno de los EE.UU., y ciertamente cualquier cosa asociada con la CIA, gozaba de ... publicidad [difamatoria]" (10), semejante aspiración no sólo pareció una idea bastante ingenua sino que, para muchos, terminó siendo una expectativa vana.

Cuadernos por la Libertad de la Cultura: Hermano mayor de Mundo Nuevo

La revolución cubana había sorprendido al Congreso por la Libertad de la Cultura totalmente desprevenido. *Cuadernos* [por la Libertad de la Cultura], el único medio en español con el que contaba, no estaba sin duda preparado para hacer frente a un paquete de las proporciones que amenazaba alcanzar "el castrismo." La revista pertenecía a la vieja guardia liberal y no tenía público ni buena reputación en América Latina. Desde el principio, se lanzó a traducir y a reimprimir artículos de *Preuves* y estas conexiones habían provocado enorme desconfianza, "una desconfianza" —acota Coleman— "inevitable en un continente visceral y crecientemente anti-americano, sobre todo, entre sus intelectuales *marxisoides*" (85).

El primer número de *Cuadernos* es del año 1953, el mismo año en que el Congreso lanza *Encounter* y *Forum*. Es decir, un momento en el que el interés de la Guerra Fría giraba exclusivamente alrededor de Europa y que el tercer mundo no importaba a casi nadie. Por eso, tan pronto como en la década de los 60 cambió el orden de las demandas históricas, la función de la revista envejeció rápidamente y a duras penas logró sobrevivir hasta 1965 ritualizando las viejas consignas que en otros tiempos habían difundido las "horneadas" tradicionales del Congreso.

De una u otra forma, estas primeras preocupaciones se vieron reflejadas en la dirigencia y en las páginas mismas de *Cuadernos*. A nivel temático y, aún, a nivel burocrático o administrativo, España y el franquismo ocuparon un lugar privilegiado en la publicación —sobre todo, si se lo compara con el lugar francamente secundario que, en relación, la revista destinó a la cuestión latinoamericana—. Acorde con esta línea dominante, el Comité Ejecutivo del Congreso puso al frente de *Cuadernos* a Julián Gorkin, un polémico personaje valenciano que, además de su marcada peninsularidad, poseía méritos sobrados para desempeñar un cargo que llegó a ocupar durante casi diez años. En efecto, antes de trabajar para el Congreso, Gorkin (seudónimo de Gómez) había sido fundador del partido

comunista valenciano, representante del Comintern ante países de lengua hispana, militante del POUM durante la Guerra Civil española y activo defensor del movimiento socialista por los Estados Unidos Europeos (Coleman 84-85). Semejante *curriculum* lo convertía casi automáticamente en esa clase de *rara avis* (tan atractiva al gusto oficial del Congreso) tras la cual Lasch reconoce la figura del anticomunista típico de los años 50: "el ex-comunista desilusionado, obsesionado por la corrupción que ha embargado la política y la cultura Occidental bajo la influencia nefasta del estalinismo, y llamado a actuar en presencia de lo demoníaco para expiar así un pasado personal lleno de culpas" (Lasch 82).

Lo cierto es que la hispanofilia que *Cuadernos* había cultivado con celo en los años 50 se transformó en verdadero lastre durante los años 60. Autoridades como "los Madariagas, los Romeros y los Reyeses" —la ocurrencia es de Adlai Stevenson— gravaron sin misericordia las páginas de la revista de Gorkin y cuando no inscribieron sus contenidos en la típica erudición filológica, terminaron enrolándolos (no menos fatalmente) en las filas del "grandilocuente humanismo hispánico" (Coleman 192). Arrastrando este tipo de estigmas tras sí, *Cuadernos* siempre fué considerada por los latinoamericanos como "una revista para viejos emigrados españoles" (Coleman 194). Sin embargo, hasta que no se produjo la revolución cubana, el asunto no pareció molestar ni desvelar de manera excesiva al Congreso por la Libertad de la Cultura.

La reorganización del campo intelectual y político que tuvo lugar en América Latina después de la irrupción del proceso revolucionario obligó al Congreso a revisar, por un lado, su vieja política editorial para con el nuevo continente, y a querer reparar, por otro, la penosa imagen imantada por *Cuadernos*. Muchos intelectuales congresistas consideraron que el tema de la revitalización era, de entrada, una causa perdida. Entre ellos, Gorkin fue el primer escéptico: "La única manera de producir una revista intelectual 'confiable' —solía decir— sería atacando constantemente a los Estados Unidos y cantando loas interminables a Sartre o a Pablo Neruda" (Citado en Coleman 85).

A pesar de enfrentar todo tipo de resistencias internas, Josselson no abandonó la idea de revivir la imagen de *Cuadernos* y, para lograrlo, puso en marcha varias estrategias (aunque todas demostraron ser —a la postre— intentos fallidos o medidas más o menos inútiles). Primero, incrementó la periodicidad de la revista: a partir de 1961 *Cuadernos*, en lugar de publicarse bimestralmente, comenzó a salir todos los meses. Dos años más tarde, el Congreso procedió a cambiar la nacionalidad del editor: después de diez años al frente de la revista, Julián Gorkin cedió en 1963 la dirección de *Cuadernos* a Germán Arciniegas, viejo escritor colombiano, "liberal de primera hora" y uno de los pocos intelectuales latinoamericanos que participaron en la fundación del Congreso. Por último, en 1965, cuando en el *Columbianum* circuló la idea de apoyar a Cuba a través de la creación de una Comunidad Latinoamericana de Escritores y del lanzamiento de una revista dirigida por Miguel Ángel Asturias, Josselson se dio cuenta de que no había más tiempo que perder: la única opción que le quedaba al Congreso era renunciar a *Cuadernos*, clausurar la revista (que dejó de aparecer después del número 100 [junio 1965]) y lanzar en su lugar otra publicación más dinámica pero, sobre todo, menos sospechosa a los ojos siempre desconfiados de los intelectuales latinoamericanos.

Este fue el inicio de *Mundo Nuevo*. La posibilidad de que *la gauche divine* fundara su propia revista puso de manifiesto el esclerosamiento en el que languidecía *Cuadernos* y preparó las circunstancias para el surgimiento del nuevo órgano editorial del Congreso. Poco más o menos, puede decirse entonces que *Mundo Nuevo* nació con la obligación de ser una revista abierta a la búsqueda de lenguajes propios, dispuesta a producir códigos más ágiles, más modernos y más "ingenuos" que *Cuadernos*; una revista, en suma, voluntariosamente *nueva* que debía tratar por todos los medios de aligerar su carga histórica despojándose de todos aquellos pasados y antepasados que pudieran comprometerla o condenarla de antemano.

Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales (ILARI): Hermano gemelo de *Mundo Nuevo*

Gracias a la información que ventiló la polémica entre Roberto Fernández Retamar y Emir Rodríguez Monegal, el nombre de *Mundo Nuevo* quedó asociado para siempre a la historia del Congreso por la Libertad de la Cultura y de *Cuadernos*. Sistemática y metódicamente, *Mundo Nuevo* eludió en sus páginas toda referencia a estos antepasados y salió a resistir los ataques de la izquierda latinoamericana atrincherada tras engorrosos discursos de autolegitimación que no siempre lograron borrar o disimular el malestar provocado por este mal nacimiento.

Uno de los tantos ritos persuasivos que *Mundo Nuevo* puso en práctica consistió en ofrecerse al público como verdadero artículo de fe capaz de legitimarse por sí solo. En realidad, esta fue sin duda una simple petición de principios —petición tras la cual disimulaba una salida del tipo “borrón y cuenta nueva”— en la que la revista insistió para que el lector creyera en la virginidad de su proyecto, olvidara convenientemente todo pasado vergonzante y dejara de asociarla con la historia fallida de *Cuadernos*. Muchos de los primeros esfuerzos estuvieron encaminados en esta dirección, pero aún así, el fantasma de *Cuadernos* no fue el único obstáculo (ni fue el obstáculo más grave) que amenazó el proyecto desde sus comienzos. Con una insistencia igualmente amenazante, la sombra del Congreso por la Libertad de la Cultura también acechaba los esfuerzos que *Mundo Nuevo* hacía por parecer un producto immaculado.

Después de establecerse en la década del 50, las distintas sucursales del Congreso situadas en Argentina, Chile, México, Perú, Uruguay, Colombia y Brasil habían generado fundada desconfianza en el público latinoamericano (Coleman 153-55). Pensadas originalmente como células de propaganda liberal, muchas de estas sedes nacionales se convirtieron con el tiempo en verdaderos feudos, otras derechizaron o dogmatizaron sus consignas anticomunistas y, al cabo de diez años de actividad, podría decirse que la mayoría de ellas no había logrado siquiera

penetrar en las generaciones más jóvenes. Por el contrario, en lugar de generar adhesión al credo liberal, la sola mención del Congreso provocaba fuerte rechazo en la opinión media latinoamericana (Coleman 154). Esta resistencia fue extensamente documentada por los enviados especiales de París para quienes no había duda de que la gestión del Congreso en América Latina había sido un fracaso estrepitoso. “Esta situación es desmoralizadora, no abre ninguna perspectiva y no debería continuar así”, concluyó François Bondy en un reporte de 1960 después de detallar los desafueros cometidos por la delegación peruana durante una visita de rutina (Coleman 155).

Pero, como había sucedido con *Cuadernos*, todas estas irregularidades no parecieron tener mayor importancia antes de que el tema cubano irrumpiera en escena y obligara a encarar cambios urgentes en la estructura de las delegaciones. La etapa de revitalización comenzó en 1962 con el nombramiento de Keith Botsford y Luis Mercier Vega como “representantes itinerantes permanentes del Congreso” en América Latina (Coleman 155) y culminó a principios de 1966 cuando Josselson fundó el Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales (ILARI). Con la creación del ILARI como órgano legalmente independiente, el Comité Ejecutivo lograba así reemplazar al desacreditado Departamento Latinoamericano del Congreso por la Libertad de la Cultura sin necesidad de renunciar a sus aspiraciones sobre la región. Dirigido desde París por Luis Mercier Vega, el ILARI heredó las sedes y los equipos de colaboradores que el Congreso ya tenía instalados en Argentina, Brasil, Chile, Perú y Uruguay, abrió nuevos centros regionales en Paraguay y Bolivia y clausuró los comités del Congreso que había en México y Colombia. Según la breve noticia que publicaba regularmente *Aportes*, órgano trimestral del ILARI, el Instituto decía haber nacido para desempeñar la siguiente “misión”:

En todo el continente americano el Instituto suscita o sostiene los esfuerzos de toma de conciencia y de creación intelectual; en las demás partes del mundo, el Instituto contribuye a hacer conocer la producción intelectual latinoamericana...

El trabajo del Instituto es posible merced a la ayuda que le prestan

fundaciones no-gubernamentales, en función de programas de actividad y de estudios definidos cada año en la asamblea de los representantes de todos los centros de América Latina. (*Aportes* 1 [1966]:2)

Reflejando preocupaciones familiares al Congreso, el ILARI se interesó por la formación de las élites liberales en América Latina y manifestó especial inclinación hacia las ciencias políticas y sociales. Esta línea especulativa atrajo la atención de abogados, historiadores y sociólogos, un sector profesional de alto poder reproductivo en cuyas filas el Instituto reclutó no sólo a clientes sino también a muchos de sus colaboradores más cercanos.

Este énfasis en lo sociológico no impidió sin embargo que el ILARI apareciera respaldando públicamente proyectos editoriales como *Mundo Nuevo*, una “revista literaria” que aparentemente no tenía nada que ver con el centro de gravedad que el Instituto imantaba como organización. Creados casi simultáneamente (aunque en el seno del Congreso la idea de lanzar una nueva revista que reemplazara a *Cuadernos* antecedió a la idea de reemplazar el Departamento Latinoamericano [Coleman 155]), el ILARI figuró desde el primer número como “organismo asociado” a *Mundo Nuevo*; es decir que fue —de entrada— la “cara pública” y la fachada financiera de la revista que dirigía Emir Rodríguez Monegal.

Montados para amortiguar y mediatizar la desconfianza que desencadenaba la sola mención de *Cuadernos* y del Congreso por la Libertad de la Cultura en América Latina, *Mundo Nuevo* y el ILARI crecieron, uno a la sombra del otro, como dos órganos-espejo o dos proyectos gemelos. No sólo ocuparon la misma oficina en la rue de la Pépinière —oficina que a su vez habían heredado de *Cuadernos*—, sino que se dieron a difundir los mismos ideogramas o las mismas unidades ideológico-formales. En pocas palabras, los mitos del ILARI eran los mismos mitos de *Mundo Nuevo*. Desde distintos modelos discursivos, los dos frentes desgajados del Congreso defendieron, por ejemplo, “el diálogo” y “la independencia intelectual”; mostraron igual repulsión hacia los nacionalismos y los populismos latinoamericanos (empezando por el fidelismo revolucionario, siguiendo con el peronismo y terminando con los proteccionismos

estatalistas al estilo mexicano); y propagaron, por último, la “doctrina de la izquierda no comunista” (una idea impulsada mucho antes por el mismo Congreso [Coleman 231]). Con esta artillería simbólica, los frentes trabajaron conjuntamente para atraer la atención de la élite intelectual latinoamericana asistidos por un discurso liberal-progresista adaptado al gusto específico de la región.

A pesar de que la geminación discursiva entre *Mundo Nuevo* y el ILARI es obvia a primera vista —en realidad, esta relación de ecos y préstamos mutuos se llamó en el código interno del Congreso “fertilización cruzada” de frentes—, la revista trató muchas veces de reducir su parentesco con el Instituto a lo estrictamente funcional. A veces el recurso se usó de manera abusiva, especialmente bajo la tutela de Emir Rodríguez Monegal, cuando fue tal la insistencia de *Mundo Nuevo* en desvincularse de todo lazo institucional que llegó incluso a generar en el público la ilusión de ser un producto personal de su director o una versión del tipo *one man show*.

En este sentido, el editorial “Al lector” del número 11 (Mayo 1967) es un texto antológico no sólo porque ilustra el rol centrífugo y monopolítico que irradió la figura de Emir Rodríguez Monegal durante la primera época de la revista sino también porque es la única declaración autodefensiva que produjo *Mundo Nuevo* cuando decidió dar cuenta —después de guardar silencio durante más de un año— de todos los cargos que circulaban en su contra:

Mundo Nuevo no es órgano de ningún Gobierno o partido, de ningún grupo o capilla, de ninguna confesión religiosa o política alguna, sino que es una revista que se edita bajo la orientación exclusiva de su director, único responsable de la selección de todo material que publica. La vinculación de *Mundo Nuevo* con el ILARI es meramente funcional: a través de dicho Instituto, la revista recibe fondos de la Fundación Ford pero sólo de ella: acá no se imponen ni a lectores ni a colaboradores consignas nacionales o internacionales: no se acatan dogmas de color alguno; no se formulan directivas para otros. Esta es una revista de diálogo. (“Al lector.” *Mundo Nuevo* 11 [1967]: 4)

La salida del tipo “borrón y cuenta nueva” que puso en marcha *Mundo Nuevo* no fue, por cierto, una salida inesperada

en una época que acostumbró legitimar o deslegitimar los proyectos culturales teniendo en cuenta cuáles eran las fuentes de financiación de los mismos. Programas como la Alianza para el Progreso o experiencias como el plan Camelot, Job 430 o Simpático, habían susceptibilizado de tal manera el campo intelectual de los años 60 que frente a cualquier empresa cultural la pregunta por el origen de los fondos se convirtió en una referencia obligatoria. Por eso, a medida que las incógnitas sobre las conexiones con la CIA se fueron despejando, empezaron a surgir otras incógnitas, empezaron a hacerse otras preguntas, muchas de ellas vinculadas con algunas cuestiones todavía pendientes: ¿cómo la CIA “invertía” dinero en cultura? Y, sobre todo, ¿para qué?

La CIA: El padre secreto de la gran familia liberal

En 1966, el *New York Times* reveló —en una serie de cinco artículos— las conexiones que ligaban la CIA con el Congreso por la Libertad de la Cultura. Estos artículos, que son la primera noticia autorizada o “seria” sobre el sonado *affaire* CIA, coronan un largo proceso de investigaciones periodísticas y de negociaciones políticas que se inició mucho antes de que el asunto tomara estado público.

Coleman, por ejemplo, remite verosímelmente los comienzos de la historia a 1964 (10, 219-22). Ese año, una investigación impositiva llevada a cabo por el diputado Wright Patman demostró que desde 1959 la fundación J. M. Kaplan de Nueva York recibía encubiertamente fondos de la CIA. La entrega del dinero se canalizaba a través de otras fundaciones privadas —i.e., Gouthan Foundation, Michigan Fund, Andrew Hamilton Fund, Bordon Fund, Price Fund, Edsel Fund, Beacon Fund y Kentfield Fund—, algunas de las cuales eran simplemente *spin-offs*, máscaras o frentes creados *ex-profeso* por la CIA para aceitar los mecanismos de la entrega (“Foundations as ‘Fronts’” 102). El 4 de septiembre de 1964 la sección editorial del *New York Times* atacó violentamente los métodos que adoptaba el

estado en sus prácticas de espionaje cultural. Bajo el título “Misusing CIA Money”, el periódico dejó entrever la posibilidad de que otras fundaciones se encontraban en la misma situación de Kaplan Fund:

Esta práctica debe cesar. Su prolongación permite a los comunistas y a los cínicos de todas partes asumir que los académicos, los científicos y los escritores norteamericanos que viajan al extranjero con becas de fundaciones son agentes encubiertos o espías de la CIA. ... Los fondos gubernamentales destinados a operaciones de inteligencia usados para subsidiar instituciones, organizaciones, revistas y periódicos en el extranjero distorsiona la misión real de la CIA que consiste en recolectar y evaluar información. Significa operar enmascaradamente con el fin de introducir líneas de acción gubernamental en esferas culturales y científicas donde no debería operar la agencia —por lo menos no en una democracia como la nuestra. (28)

Casi de inmediato, las revelaciones del informe Patman, y las posibles derivaciones que había avisado el *New York Times*, cayeron en el más oportuno de los olvidos. “Por un momento la cortina secreta se elevó dejando a la vista un aspecto significativo de las operaciones de la CIA, pero al día siguiente la misma cortina volvió rápidamente a cubrirlo otra vez”, escribió *The Nation* en su sección editorial el 14 de septiembre. Con este texto —titulado “Foundations as ‘Fronts’”— el semanario salió a conjurar el silencio. Pero no sólo aspiró a esto. En el fondo el editorial buscó también poner en crisis el concepto de legitimidad que otros medios de prensa habían manipulado como argumento de base para defender la clandestinidad de las operaciones de la CIA:

...algunos periódicos dicen que ni la prensa ni el público debe interferir en las operaciones “legítimamente secretas” de la CIA. Pero la dificultad radica precisamente en determinar qué proyectos de la CIA son “legítimamente secretos” o, para decirlo más groseramente, qué es legítimo para la CIA. Por ejemplo, ¿debería permitirse que la CIA canalice fondos a revistas en Londres —y Nueva York— que aparecen como ‘revistas de opinión’ y que están compitiendo con otras revistas independientes? ¿Debería permitirse que la CIA ofrezca grandes cantidades de dinero a poetas rusos y a escritores de Europa del Este instigándolos a desertar —lo que, en otro contexto, ¿sería interpretado llanamente como soborno? ¿Es una operación ‘legítima’ de la CIA financiar indirectamente congresos, convenciones, asambleas y conferencias consagrados a la ‘libertad de la cultura’ y a tópicos semejantes? ... ¿Es legítimo

que famosas universidades norteamericanas hagan pasar como investigaciones académicas, trabajos que en realidad están subvencionados por la CIA y que deberían clasificarse más bien como propaganda? La cortina secreta no debería plegarse sobre materias como éstas, básicamente porque suscitan interrogantes legítimos que merecen respuestas legítimas.(102-3)

Después del informe Patman, el tema CIA se archivó pero no se olvidó por completo. Al año siguiente, cuando la guerra de Vietnam había caldeado suficientemente los ánimos internos, el *New York Times* destinó un equipo completo de periodistas a investigar por varios meses (y, esta vez, sin concesiones) las operaciones secretas de la CIA.

Después de siete meses de trabajo, el equipo produjo un extenso informe cuyos resultados finales se publicaron a partir del 25 de abril de 1966 en una serie de cinco artículos. Según Harrison Salisbury, editor del *New York Times* por ese entonces, la investigación —que afectó a más de veinte corresponsales internacionales, que llegó a realizar aproximadamente cincuenta entrevistas a agentes y a funcionarios de rango y que arrojó una versión final de alrededor de 20,000 palabras— fue la primera y, por mucho tiempo, la única investigación periodística que existió acerca de la CIA (“CIA: Maker of Policy, or Tool?” 1).²

Pero, más allá de este cúmulo de datos técnicos, la investigación del *New York Times* fue un proyecto que desde el principio estuvo rodeado de innegables visos heroicos. En primer lugar, porque a mediados de los años 60 nadie sabía nada de la CIA: para la gran mayoría (prensa y público incluidos) la CIA era tábula rasa o, a lo sumo, era una sigla más en “la sopa de letras del New Deal” (Salisbury 522). En segundo lugar, porque el proyecto no tardó en investirse de ese aura típica que siempre corona los actos de resistencia pública. Para llevar adelante un proyecto de esta naturaleza, el *New York Times* tuvo que resistir un aluvión de presiones provenientes de todos aquellos sectores interesados en que se olvidaran los resultados de la investigación. Personajes como James Angleton, jefe de contrainteligencia de la CIA, o Charles Bohlen, embajador de los Estados Unidos en Francia, trataron de frenar la publicación y, para lograrlo, apelaron a los mismos argumentos que usó, por ejemplo, el

Secretario de Estado Dean Rusk: “El material del *Times*” —dijo Rusk en una conversación que mantuvo con el editor responsable del proyecto— “puede dañar las operaciones globales de inteligencia norteamericana, puede exponer agentes, alarmar a los aliados, favorecer a los enemigos, perjudicar el interés nacional y socavar la seguridad nacional” (Salisbury 519). Este fue también el tipo de retórica que usó Stanley Grogan, intermediario entre la CIA y los medios de comunicación, en un memo fechado el 1 de octubre de 1965 cuyo encabezado apocalípticamente afirmaba: “*New York Times* Threat to Safety of the Nation” (Salisbury 519).

En los artículos de la serie, el *New York Times* detallaba las actividades secretas de la CIA, aludía a las dimensiones desproporcionadas que había adquirido la Agencia de Inteligencia, y terminaba concluyendo que la Central se había vuelto una dependencia ingobernable o, como dijo el primero de los artículos de la serie, se había convertido en “un ‘gobierno invisible’ más poderoso que el Presidente” (“CIA: Maker of Policy, or Tool?” 1). Estrictamente hablando, la investigación no decía nada que no hubiera circulado antes como rumor o que no estuviera publicado ya en otro lugar. En cambio, lo que sí hacía era darle un marco distinto a toda esta información. La diferencia era básicamente una diferencia de grado: sin duda no era lo mismo que los datos aparecieran en el *New York Times* a que aparecieran en otros espacios menos acreditados (blanco fácil de la desautorización). Cuando el *New York Times* recolectó estos datos y los puso en circulación, las versiones dispersas se oficializaron, los rumores se categorizaron y toda la información alcanzó estatus de verdad histórica. De ahí la sobreexcitación que embargó a todo el mundo: “cuando algo sale publicado en *The New York Times* es como si el Departamento de Estado emitiera un documento oficial” dijo con razón John A. McCone, director de la CIA durante la administración Kennedy (Salisbury 522).

Por otra parte, el hecho de ocupar un lugar prestigioso en el flujo de emisión sumó una presión más a la densa red de presiones externas que ya había desatado la investigación: en

esta coyuntura —recuerda Salisbury— el *New York Times* no podía darse el lujo de cometer errores factuales porque en nombre de uno solo de esos errores podía impugnarse la serie completa (521). A fin de evitar cualquier inexactitud de este tipo, los editores del *Times* acordaron entregar los artículos a la CIA antes de que salieran publicados (Salisbury 522-23). Esta fue al menos la justificación pública que ofreció Salisbury, sin embargo la razón de peso que alentó la decisión de entregar el material inédito a McCone parece haber sido otra —ésta, de índole estrictamente política: veladamente o no, los editores del *Times* aceptaron el “arbitraje” externo de la CIA porque sabían que un gesto de complicidad como éste podía servir para cubrirle las espaldas al periódico (Salisbury 522).³

El proceso de negociaciones entre McCone y los editores del *Times* duró más de dos meses (el primer manuscrito del informe estuvo listo en febrero y la versión final salió publicada a fines de abril [Salisbury 520]). Entre todos los cambios y enmiendas propuestas al original, la CIA sugirió (infallible) borrar la referencia que hablaba de las conexiones entre la Agencia y el Congreso por la Libertad de la Cultura. Pero, según parece, el *New York Times* no obedeció el consejo de McCone (Salisbury 524), imprimió la sección sin introducir cambios al manuscrito y en la edición del 27 de abril de 1966 salió publicado lo que sigue:

En 1964 una investigación del congreso en torno a la exención de impuestos a fundaciones demostró que la fundación J.M. Kaplan, Inc., entre otras, había canalizado por lo menos \$400.000 de la C.I.A. a un instituto de investigación en solo un año. Este instituto, a su vez, había financiado otros centros de investigación en América Latina que a su vez habían recibido apoyo de la Agencia para el Desarrollo Internacional (agencia estadounidense de ayuda al extranjero), de la Fundación Ford y de universidades tales como Harvard y Brandeis...

A través de cauces similares, la C.I.A. había apoyado a grupos de exiliados cubanos y refugiados comunistas en Europa, y a organizaciones de intelectuales anti-comunistas pero liberales como el Congreso por la Libertad de la Cultura, y a algunas de sus publicaciones y revistas.

La revista *Encounter*, una conocida publicación mensual anti-comunista en inglés, con ediciones en español y alemán, fue por mucho tiempo —aunque

no lo es ahora— uno de los beneficiarios indirectos de los fondos de la C.I.A. (“CIA Spies From 100 Miles Up; Satellites Probe Secrets of Soviets” 28)

En América Latina, la serie sobre la CIA tuvo fuerte repercusión. El 6 de mayo de 1966, pocos días después de que terminó de aparecer en el *New York Times*, *Marcha* empezó a publicar la traducción completa del material.⁴ Acompañando estas notas, Ángel Rama publicó en la sección cultural del semanario cuatro artículos complementarios donde se explayaba sobre las relaciones CIA-Congreso por la Libertad de la Cultura-ILARI-*Mundo Nuevo*.⁵ A pesar de que esta batería de artículos no reprimía los ataques directos a la revista parisina, Emir Rodríguez Monegal no respondió a *Marcha*, ignoró las denuncias que hacía Rama y evitó así embarcarse en una polémica pública con el semanario en el que había colaborado durante quince años (desde 1944 hasta 1959).

Lejos de intentar defender la imagen de la revista, la cara de “yo no fui” que puso *Mundo Nuevo* pareció ceñirse puntualmente al estilo evasivo y átono que el Congreso aconsejó seguir a otros frentes después del destape del *Times*. Estratégicamente, la idea del Congreso era “no hacer olas”, esperar a que los ánimos se aquietaran y tratar (tan pronto como fuera posible) de arrojar un manto de olvido sobre toda la controversia. En otras palabras, la situación aconsejaba optar por una salida *cooling off*. La otra salida, la que adoptaron aquellos que quedaron directamente comprometidos por las denuncias del periódico neoyorquino (entre ellos, el secretario general del Congreso, Nicolas Nabokov, y los tres editores de *Encounter*, Melvin Lasky, Irving Kristol y Stephen Spender), consistió en desmentir rotundamente las acusaciones del *New York Times* poniendo en práctica lo que en el código interno de la CIA se conoce como *plausible denial* (Rositzke 153).⁶

A través de ritos profundamente barrocos, el Congreso evadió y negó los cargos para sobrevivir a la crisis pero, sobre todo, para ganar tiempo y poder así avanzar en las negociaciones (no menos barrocas) que había iniciado con la Fundación Ford poco después de que se descubrieran sus relaciones con la CIA.

La Fundación Ford: La madre adoptiva de la familia liberal

En 1966 la Ford parecía la única Fundación capaz de auxiliar al Congreso por la Libertad de la Cultura. Según McCarthy, no era ésta la primera vez que la Fundación Ford salía a salvar un proyecto amenazado con derrumbarse por sus tratos con la CIA, “como organismo no gubernamental, la Fundación Ford parecía estar en inmejorable posición para actuar rápidamente en este terreno políticamente delicado” (104).

Luego de analizar el informe preparado en agosto de 1966 por James A. Perkins, presidente de la Universidad de Cornell y jefe del Comité General del Programa Estadounidense de Asistencia Extranjera durante la administración Johnson, la Fundación Ford decidió financiar el Congreso por la Libertad de la Cultura bajo ciertas condiciones (Coleman 224). El plan de trabajo proponía la reorganización total del Congreso en base al cumplimiento de un *pool* de cambios importantes: la Fundación Ford propuso un cambio de nombre, de liderazgo y de agenda; además de impulsar la descentralización de la organización y de alentar, por último, el autofinanciamiento de los distintos programas internacionales.

En principio el subsidio total se estipuló en \$4,650,000 a distribuirse a lo largo de cinco años de la siguiente manera: \$1,300,000 para el año fiscal 1968; \$1,100,000 para 1969; \$900,000 para 1970; \$750,000 para 1971 y \$600,000 para 1972 (Coleman 225). La suma iba reduciéndose progresivamente atendiendo a la urgencia de encontrar fuentes alternativas de financiación. En caso de que este último objetivo no llegara a cumplirse, la Fundación confiaba entonces que el estrangulamiento creciente de fondos sería un método expeditivo para condenar los proyectos improductivos a la desaparición virtual.

Tanto el plan de financiación como los programas de reorganización entrarían en vigencia a partir del año fiscal 1968. Sin embargo, este fue un detalle que tendió a escamotearse en la ronda de festejos que siguieron al anuncio. En octubre de 1966, tan pronto como la Fundación Ford decidió aceptar “la

apuesta” (como la había caracterizado el mismo Perkins), Josselson vociferó la buena nueva a todos los miembros y representaciones del Congreso. “[E]n vista de las aseveraciones publicadas en el *New York Times*”, decía la carta que envió a varias partes del mundo, el apoyo de la Fundación Ford significa “un sólido voto de confianza no sólo a nuestra integridad pasada sino también al futuro mismo del Congreso” (Citado en Coleman 225). El 2 de noviembre el *New York Times* se hizo eco del subsidio de la Ford pero en la breve nota donde Richard Shepard lo anunciaba tampoco se mencionaba la fecha a partir de la cual iba a realizarse la entrega efectiva de los fondos.

Mientras tanto, un Consejo de Directores presidido por Raymond Aron reemplazó al Comité Ejecutivo que dirigía Josselson e inició los movimientos necesarios para acelerar los pasos de una etapa de transición que estaba prevista culminar en septiembre de 1967 con el reemplazo del Congreso por la Asociación Internacional por la Libertad de la Cultura, una operación de maquillaje total que, a juzgar por los resultados, nunca llegó a ser más que un simple reciclado de nombres.

El 20 de mayo de 1967, cuando ya estaban en marcha los procesos de transición y todavía no había pasado el efecto de las revelaciones del *New York Times*, Sol Stern publicó en *Ramparts* un largo artículo denunciando la infiltración de la CIA en los programas nacionales e internacionales de la Asociación Nacional de Estudiantes Norteamericanos (“Esta vez salieron a matarnos en serio” escribió alarmado Josselson a Dwight Macdonald [Coleman 226]). Sin embargo, la gota que rebasó el vaso no fue este artículo de *Ramparts* sino el testimonio de Thomas W. Braden, ex-miembro de la OSS y fundador responsable de la División de Organizaciones Internacionales de la CIA. Publicado en el *Saturday Evening Post*, el artículo de Braden confirmaba las versiones que habían aparecido en el *New York Times* y defendía provocativamente las operaciones internacionales de la Agencia Central de Inteligencia:

Habíamos instalado un agente en una organización de intelectuales con sede en Europa llamada Congreso por la Libertad de la Cultura. Otro agente llegó a ser editor de *Encounter*. Nuestros agentes no sólo podían proponer

programas anti-comunistas a las autoridades oficiales de las organizaciones sino podían sugerir también formas y medios para resolver los inevitables problemas presupuestarios. ¿Por qué no encargarse de averiguar —por ejemplo— si el dinero necesario podría obtenerse de “fundaciones americanas”? Como nuestros agentes bien sabían, las fundaciones financiadas por la CIA eran bastante generosas cuando se trataba de defender el interés nacional. (12; 14)

Como reconoció Coleman, “el efecto [del artículo de Braden] fue explosivo” (229). En Uganda, el editor de *Transition* fue arrestado. En Japón, bombardearon la casa del editor de *Jiyu / Freedom*. En India, el gobierno solicitó una investigación rigurosa de las actividades de la CIA y del Congreso en el área (Coleman 229). Internamente, el efecto del artículo en Estados Unidos no fue menos explosivo que en otras partes del mundo. Por mucho tiempo —era la época del *credibility gap*— la CIA y el Congreso estuvieron en medio de un fuego cruzado que tenía su origen tanto en sectores liberales (en *Newsweek* se dijo que “habían actuado como si la Mafia hubiera sido sorprendida comprando tropas novatas de Boy Scouts”), como en sectores conservadores que se mostraron igualmente irritados “porque se había gastado demasiado dinero en operaciones relacionadas con la izquierda liberal” (“House of Glass” 23; 31). Proliferaron también los manifiestos y seminarios, pero lo que más prosperó fue sin duda la retórica propia del agravio: una gimnasia especialmente inyectiva en el uso excéntrico de la metáfora. Norman Mailer, por ejemplo, llamó “cockroaches in a slum sink” a los intelectuales del Congreso, y otros, como William Phillips, no ahorraron adjetivos a la hora de calificarlos de “breezy, rootless, freewheeling, cynically anti-Communist orgmen” (Citado en Coleman 230).

En América Latina, Cuba condenó los operativos en la Declaración del Comité de la Revista *Casa de las Américas* (enero 1967) y en la “Resolución sobre la penetración cultural e ideológica del imperialismo norteamericano en América Latina” que adoptó la Conferencia de la OLAS (julio 1967). En Uruguay, *Marcha* tradujo el artículo de *Ramparts* (M 1344 [1967]), publicó un artículo de Vargas Llosa titulado “Epitafio para un imperio cultural” (M 1354 [1967]) y aprovechó también para recordar los

por menores de la tradicional guerra intelectual que mantenían desde siempre Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal (“Historia de una ‘calumnia’”). Además, tampoco estuvo ausente la violencia. En Chile, por ejemplo, durante una reunión del ILARI en Santiago el poeta Waldo Rojas atacó a golpes al director de *Mundo Nuevo* (1967) y rápidamente el incidente fermentó en toda la prensa latinoamericana (“Manifiesto contra la infiltración imperialista”).

Era obvio que semejante atmósfera de irritación ya no admitía salidas del tipo *cooling off* o *plausible denial*. Todo indicaba más bien que en 1967 los dirigentes del Congreso debían ser bastante cautelosos y, como alguien dijo en ese momento, debían tratar por todos los medios de evitar arrojar el agua sucia del baño con el niño adentro. Josselson ofició entonces de chivo expiatorio, confirmó los vínculos con la CIA en su carta de renuncia y la presentó ante la Asamblea General del Congreso que se reunió en París el 13 de mayo de 1967. El texto de Josselson, recogido luego en la Declaración de la Asamblea General, admitía públicamente la pasada vinculación del Congreso con la CIA, responsabilizaba enteramente a su Director de ser el único puente entre las dos partes y terminaba afirmando que la Fundación Ford era la nueva fuente de ingresos del Congreso. Ante el giro radical que habían tomado las cosas, los asistentes a la Asamblea experimentaron intensas contradicciones y, según comentó después el editor de *Quadrant*, hubo quienes se sintieron penosamente divididos entre:

(1) apoyar a Mike [Josselson] en amistad —y en honestidad porque ninguno de nosotros [los congresistas] se sintió *realmente* defraudado o engañado— y (2) asumir una posición pública de indignada inocencia (Coleman 232).

Precisamente García Márquez, en una carta pública que dirigió el 24 de mayo de 1967 a Rodríguez Monegal (un texto donde —entre paréntesis— no sólo se arrepiente de haber participado en *Mundo Nuevo* sino que promete no volver a “pecar” en el futuro), se ríe sarcásticamente de la misma inocencia sobreactuada a la que aludiera el editor de *Quadrant*:

La revelación es sorprendente, no en cuanto se refiere a las relaciones ocultas del Congreso para la Libertad de la Cultura (*sic*) con la Agencia Central de Inteligencia, sino en cuanto al candor seráfico con que la Asamblea General declara haberlas ignorado hasta la fecha, usurpando en esa forma los privilegios de candidez y descubrimiento tardío que son privativos de los maridos engañados, pero que en un organismo cultural de tanta alcurnia no son sino síntomas muy graves de una idiotez superior ...

En síntesis, yo creía que en esta inefable historia de espionaje todos sabíamos honradamente cuál era el juego que estábamos jugando. Pero ahora resulta que el Congreso para la Libertad de la Cultura (*sic*) no sabía cuál era el suyo, es algo que escandalosamente sobrepasa los límites del humorismo, e invade los terrenos resbaladizos e imprevisibles de la literatura fantástica. En estas condiciones, señor Director, no me sorprendería que usted fuera el primero en entender que no vuelva a colaborar en *Mundo Nuevo*, mientras esa revista mantenga cualquier vínculo con un organismo que nos ha colocado a usted y a mí, y a tantos amigos, en esta abrumadora situación de cornudos. (García Márquez 1967)⁷

***Mundo Nuevo*: En legítima defensa...**

Recién en el número 11 (mayo 1967), cuando el *affaire* estaba desgastado y a punto de resolverse, *Mundo Nuevo* cambió estrategias, abandonó el mutismo y habló por primera vez de las denuncias y los ataques, tópicos que habían sido uno de los grandes temas tabú de la revista. El editorial "Al lector", escrito eminentemente en registro defensivo, evita nombrar al Congreso por la Libertad de la Cultura, traza una genealogía que sólo incluye al ILARI y a la Fundación Ford y recorre una vez más a los mismos lugares comunes que habían transitado otras revistas del Congreso también caídas en desgracia.

En este texto, único autodescarga que la revista emitió de manera oficial, *Mundo Nuevo* se define como una publicación ideológica, intelectual y financieramente independiente. Dice ser, por ejemplo, una "revista de opinión independiente" y como prueba de esto último menciona el tratamiento que merecieron en sus páginas temas como la "ocupación yankee de Santo Domingo", el plan Camelot, la guerra de Vietnam o el golpe militar en la Argentina (4). Pero, más allá de lo que dicen probar, estos ejemplos sólo parecen confirmar que la revista no quiere proyectar una imagen pro-USA. *Mundo Nuevo* trata así de

desafilarse del "partido norteamericano" con la velada esperanza de poder lavar de su prontuario uno de los cargos que más insistentemente minaron la credibilidad de las revistas subvencionadas por el Congreso ("los editores de *Encounter* y sus colaboradores" —escribía Lasch en 1967— "siempre han demostrado una fe inquebrantable en las buenas intenciones del gobierno norteamericano" [73]).

Hay que reconocer también que el editorial, como pieza retórica, realiza un trabajo impecable con el sobreentendido y la decepción: el texto no sólo elude adscribirse al género al que en verdad pertenece (es un desmentido que no quiere aparecer como tal), sino que elude además nombrar a sus adversarios políticos (aunque haga alusiones concretas y reconocibles a *Marcha*, *Casa de las Américas* o Ángel Rama, la revista evita "completar" los datos negando de esta forma el estatus de sujeto a su enemigo ideológico). Sin embargo, el trabajo más estricto de borrado que practica la escritura se realiza en torno a los cargos que culpabilizan a *Mundo Nuevo*. (Por lo general, el *ethos* paranoico que domina el género autodefensivo tiende a reprimir los rastros del delito ejerciendo una censura puntual sobre estas zonas sensibles del discurso.) De ahí que todo el trabajo del editorial consista en hablar de lo que la revista no quiere nombrar.

Básicamente *Mundo Nuevo* define y posiciona su propia moral a partir de una cadena de referentes perdidos: a) cuando declara ser una "revista de opinión independiente" lo dice precisamente porque se la acusa de apoyar la política estadounidense; b) cuando dice que sus autores son escritores "responsables e independientes" se defiende de quienes afirman que en sus páginas colaboran intelectuales "a sueldo" ocupados en cumplir agendas que fijan otros; c) cuando afirma ser una revista financiada por el ILARI y por la Fundación Ford queda claro que lo hace porque se sospechan sus vínculos con el Congreso y, a través del Congreso, se la acusa de mantener "relaciones extraconyugales" con la CIA (García Márquez 1967). Es decir, la serie de referentes borrados no desaparece por completo del editorial sino que trabaja más bien como un

complejo entramado subterráneo de sobreentendidos. Y a pesar de que esta tendencia al borrado lleva a la escritura a límites extremos, no puede decirse sin embargo que esta sea la zona más reactiva del texto. En todo caso, lo más irritante del editorial radica en la dosis de estafa o demagogia que el lector es capaz de percibir tras esta apoteosis de lo no dicho: una dosis, por otra parte, fácilmente reconocible en fórmulas del tipo “a buen entendedor pocas palabras...”

El editorial circuló como pliego suelto por toda América Latina, entre colaboradores, representantes del ILARI y medios periodísticos. Esto es al menos lo que confirma desde Chile Cristián Huneus, asiduo colaborador de *Mundo Nuevo*, en una carta dirigida a Emir Rodríguez Monegal: “[la hoja ‘Al lector’] ha sido bastante difundida a través de la prensa oral. Y también de la escrita. *El Mercurio* del 8 de junio la publicó como ‘solicitada’ y *El Siglo* del 14 de junio la comentó sin publicarla. Yo la envié a *La Nación*” (Huneus). Sin embargo, lejos de barrer con las dudas pendientes, la extensa difusión no favoreció la causa de la revista ni ayudó a la comprensión global del *affaire*, las expectativas del público eran demasiado altas como para quedar saldadas con un texto que resultó insuficiente y poco explicativo. (El mismo Huneus reconoció la extrema ambigüedad que destilaba el comunicado: “ningún lector p[uede] quedar satisfecho” —se quejó— con un enunciado que deja tantas preguntas sin contestar.)

Lo cierto es que, si las explicaciones públicas que dio *Mundo Nuevo* no pudieron persuadir a sus colaboradores más cercanos, menos aún lograron convencer a un público reticente que no sólo había leído a Braden sino que, gracias al artículo del *Saturday Evening Post*, conocía muy bien cuáles eran los métodos que aplicaba la División de Organizaciones Internacionales de la CIA:

... la primera regla de nuestro plan operativo: “Limitar el dinero a cantidades que organizaciones privadas puedan otorgar de manera razonable y creíble.” Las otras reglas eran igualmente obvias: “Usar organizaciones legítimas y existentes; disfrazar la magnitud del interés norteamericano; proteger la integridad de la organización al no exigirle que apoye todos y cada uno de los aspectos de la política oficial norteamericana.” (Braden 14)

Además del editorial del número 11, *Mundo Nuevo* trató el *affaire* CIA-Congreso por la Libertad de la Cultura en otro editorial (el del número 13) y en un extenso artículo de Emir Rodríguez Monegal también titulado, como el texto anterior, “La CIA y los intelectuales” (MN 14 [1967c]). A diferencia de las estrategias que usó en la autodefensa, *Mundo Nuevo* evitó en estos textos recurrir a códigos de elisión, buscó distanciarse cuanto pudo de la CIA y, para lograrlo, trató de narrar los pormenores de la controversia sin involucrarse directamente con el Congreso, silenciando una vez más los (sin duda incómodos) lazos parentales que ligaban la revista a la gran familia liberal. Compensatoriamente, la imagen del “escritor independiente” resultó sublimada a tal grado que terminó convirtiéndose en una suerte de escudo, amortiguador o pararrayos capaz de refractar todos los ataques y las responsabilidades asociadas con el tema. Para el entonces director de la revista, el intelectual era un “francotirador” que debía aceptar, como fatídicas reglas del juego, “ser atacado por todos los bandos o —lo que es sin duda peor— ser invitado a colaborar en todos los extremos” (Rodríguez Monegal 1967c, 20). Parecía no haber escapatoria: según los axiomas de Emir Rodríguez Monegal, éste era el “destino” o “la fatalidad necesaria” que acompañaba a todo “escritor independiente” (1967c, 20). Así configurada, la imagen del escritor-representante-de-sí-mismo vuelve a repetirse a lo largo de todo el *corpus* *Mundo Nuevo* consolidando —ya se verá más adelante— un mito fuerte que proyecta cierta homogeneidad sobre el mega-discurso de la publicación.

Otro mito omnipresente que también trabaja sobre la mitología específica de estos textos es el topos del “fin de la Guerra Fría.” Extensión o versión modernizada de otro mito del Congreso —aquel que en los años 50 celebró “la muerte de las ideologías” (Coleman 54-55)—, la idea de que la Guerra Fría era cosa del pasado consolidó un lugar común relativamente fuerte en la ideología liberal de la revista. En “La CIA y los intelectuales”, por ejemplo, todo el *affaire* —vaciado de peso histórico y vistosamente trivializado— sólo parece servir para apuntalar las bases empíricas del ideograma preferido de *Mundo Nuevo*:

“La declaración de la Asamblea del Congreso cierra un largo episodio que, hasta cierto punto, también sirve para concluir una era reciente: ese tiempo de la guerra fría en que dos superimperios de ideologías opuestas y aparentemente monolíticas se dividían encarnizadamente el mundo” (Rodríguez Monegal 1967c, 19).

Lo cierto es que, una vez revelada la conexión, los distintos operadores dejaron de interrogarse acerca de *cómo* y *a quién* la CIA había canalizado fondos y pasaron a interesarse en el *por qué* y en el *para qué* la Central había invertido tanto capital en las artes y en la cultura. El artículo de Emir Rodríguez Monegal también refleja los rastros de este debate. La tesis que propone, subsidiaria de la teoría del *complot*, es sofisticada pero escasamente verosímil. Poco más o menos sostiene que la CIA, a través de las declaraciones de Braden, trató de atacar a los “escritores independientes” con el fin de desautorizar sus críticas a la política exterior norteamericana en Vietnam y América Latina. Según esta “versión libre” del *affaire*, la CIA orquestó todos los hilos (incluidas las declaraciones de Braden) para que en el centro de la escena pudiera brillar, pródigo, solitario y omnipotente, el “escritor independiente”, único héroe de la historia de Monegal. Mezcla de anarquista y cruzado medieval o de James Bond y Robin Hood, la imagen del intelectual que presenta Rodríguez Monegal no sólo resalta inverosímilmente mitificada por la retórica de este texto, sino también aparece mistificada por los excesos propios de la moral individualista que destila la ideología del mismo.

Frente a la tesis del *complot* que propuso *Mundo Nuevo* (y en clara oposición con ésta) se ubicaron quienes defendieron la hipótesis de la propaganda. Más creíble y consensuada que la tesis anterior, esta última sostenía que la CIA había invertido una parte importante de su presupuesto en cultura con el único propósito de instrumentar y codificar sus propias necesidades propagandísticas. La Guerra Fría era —ya lo había dicho Braden— una guerra que se peleaba con ideas y no con bombas (14), por eso a los ojos de la CIA los intelectuales tuvieron en este

punto mayor valor estratégico que todos los príncipes juntos (Lasch 77).

Parafraseando a Chomsky, puede decirse que la industria de la democracia, como cualquier otra industria, también necesita vender sus productos en el mercado. En efecto, “fabricar consenso” en torno al credo liberal formó (aunque no sólo en la Guerra Fría) parte de una vasta maquinaria publicitaria capaz, entre otras funciones, de fijar agendas públicas y privadas, de inventar crisis, de desandar la historia o de imaginar estampas prometedoras para el futuro de la humanidad. En todo juego simbólico y económico rigen ciertas reglas de oro. Una de ellas —primordial en la compra y venta de ideas— enseña que la sutileza de la buena propaganda radica en el hecho de que nadie la tome por tal, es decir, que nadie se dé cuenta de que está frente a un producto cuya función principal es vender ideas (Chomsky 8). En plena Guerra Fría —obvio es decirlo— el éxito de gran parte de las actividades de la CIA dependía del buen funcionamiento de su enorme engranaje publicitario. De ahí que para poder cumplir con las premisas que exigía la “buena propaganda” (i.e., producción industrial de consenso, puesta en circulación de discursos desviados y venta-consumo de ideas y personas como mercancías),⁸ la CIA necesitó de “la cooperación de escritores, maestros, y artistas no como propagandistas a sueldo o como servidores temporarios del estado norteamericano sino como intelectuales ‘libres’ capaces de velar por sus propios ideales y de reflejar estándares aceptables en sus respectivas áreas profesionales” (Lasch 94). Empresas como el Congreso por la Libertad de la Cultura y su gran familia de proyectos internacionales cumplieron sobradamente con esta triple función de reclutamiento, difusión y propaganda política. De ahí, el reconocimiento explícito de la CIA que mantuvo por mucho tiempo al Congreso en un lugar de privilegio en las listas del reparto global de subsidios.

Breve ficha técnica de *Mundo Nuevo*

Graficamente *Mundo Nuevo* siguió el formato y la diagramación de *Cuadernos* (10 1/8" x 7").⁹ El diseño y la distribución de la revista se realizó en Londres y estuvo a cargo de Colin Banks y Roger Barnett, agentes responsables de otras publicaciones del Congreso. La revista alcanzó un tiraje de 6,000 ejemplares y durante los cinco años que duró mantuvo una regularidad promedio de diez números por año. La suscripción anual en América Latina costaba \$6, en Estados Unidos \$8, en Francia Fs.35 y en otros países de Europa ascendía a los Fs.40.

En un principio, se iba a llamar *Diálogos* pero, cuando Ramón Xirau reclamó propiedad sobre el título que llevaba la publicación que dirigía en México, se optó entonces por bautizarla *Mundo Nuevo*. (El nombre fue idea de Salvador Madariaga, intelectual español vinculado anteriormente a *Cuadernos* y comprometido por mucho tiempo con la doctrina y los ideales liberales del Congreso por la Libertad de la Cultura.)

Tradicionalmente los 58 números de la colección se han dividido en dos épocas claramente diferenciadas. La primera época, en la que *Mundo Nuevo* se presenta como una "revista de autores", incluye los primeros 25 números que se publicaron en París bajo la dirección de Emir Rodríguez Monegal y los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura (números 1 [1966] - 25 [1968]). En esta etapa, Tomás Segovia trabajó como asistente de dirección hasta el número 7, y a partir de marzo de 1967, el cargo pasó a manos de César Fernández Moreno. La segunda época—la época en que la revista recibe subsidios de la Fundación Ford—abarca los últimos 33 números que estuvieron a cargo de un "equipo continental" coordinado desde Buenos Aires por Horacio Daniel Rodríguez (números 26-27 [1968] - 57-58 [1971]). El grupo que secundó la gestión estaba formado por cinco representantes regionales: Ana María Portugal (Zona andina), José Pubén (Bogotá), Iván Restrepo Fernández (México), Afranio Coutinho (Brasil) y Carlos Begue (Río de la Plata). Con este grupo compacto de delegados regionales la segunda época intentó

corregir las debilidades obvias que todos conocían al sistema de corresponsalías montado por Emir Rodríguez Monegal.

Tiempo antes del lanzamiento oficial de la revista, el primer director de *Mundo Nuevo* había establecido una extensa red de corresponsales en toda América Latina.¹⁰ En principio, este entramado había sido pensado para proveer *in-put* a la sección "Sextante" de la revista. Por medio de cartas mensuales los corresponsales debían mantener informada a la central parisina sobre las actividades y cambios que se iban produciendo en los respectivos campos nacionales. Aunque buena en teoría, en la práctica la idea nunca llegó a concretarse debidamente. El tiempo que llevaba la impresión y la distribución (la revista tardaba un promedio de seis semanas en llegar por vía marítima a América Latina) obligaba a cerrar los números por lo menos tres meses antes de la fecha que aparecía en portada. Todos estos factores, la morosidad de los plazos y lo engorroso de los procedimientos, decididamente conspiraron contra la "actualidad" de la información canalizada a través de las corresponsalías: poco y nada se podía hacer, en verdad, para evitar que las noticias que llegaban a París no terminaran perdiendo vigencia en algún punto indeterminado de esta cadena de fatigosas mediaciones.

Pero si el sistema de corresponsales fracasó estrepitosamente como productor de información actualizada, puede decirse que fue sin embargo relativamente exitoso en el impacto reproductor que tuvo como grupo. Gracias a las corresponsalías, *Mundo Nuevo* supo despertar adhesión en una minoría letrada que actuó—conscientemente o no— como caja de resonancia a gran escala. Muchos corresponsales colaboraban en publicaciones de circulación más restringida (Alberto Cellario colaboraba en *Life en español* [EE.UU.], Baica Dávalos en *Zona Franca* [Venezuela], Hans Ehrman en *Ercilla* [Chile], Benito Milla en *Temas* [Uruguay], Héctor A. Murena en *Sur* [Argentina], José Pubén en *Eco* [Colombia], Nélica Piñón en *Cadernos Brasileiros* [Brasil]), de ahí que no resulte difícil explicar por qué este grupo difusor tuvo un fuerte impacto—dominó a escala continental. Por

medio de este dispositivo, conocido en la jerga periodística como “teoría de la mancha de aceite”, la revista buscó sensibilizar los centros de decisión intelectual porque eran éstos, en última instancia, los encargados de proyectar sobre el resto de la sociedad determinados códigos, determinados lenguajes y, también, determinadas ideologías (Martínez 61). En todo caso, el éxito que los corresponsales de *Mundo Nuevo* tuvieron en las tareas de promoción y adhesión compensó con creces los déficits que el sistema demostró como productor de actualidad. Estos réditos no fueron despreciables, sobre todo, si se los compara con lo poco que costaba mantener la red económicamente: según los documentos y las cartas consultadas, cada corresponsal recibía mensualmente sólo \$20.¹¹

Las fuentes de financiación de la revista fueron dos. El Congreso por la Libertad de la Cultura la subvencionó desde sus inicios nonatos, a fines de 1965, hasta el 30 de septiembre de 1967. Y, partir del año fiscal 1968, pasó a depender económicamente de la Fundación Ford que la siguió financiando hasta su último número, el 57-58 de marzo de 1971. La relación entre fondos aprobados y gastos anuales se distribuye de la siguiente manera:

Tabla 1: “Gastos y fuentes de financiación de *Mundo Nuevo*”

Año fiscal	Fuente de financiación	Fondos Ap.	Gastos
1966	CLC***		80,000*
1967	CLC		98,000
1968	Fundación Ford	225,000	60,000**
1969	Fundación Ford		108,750**
1970	Fundación Ford		42,500**
1971	Fundación Ford		13,750**

Fuentes: *Coleman 275/ ** *The Ford Foundation Annuals Reports* 1968-1971

***Congreso por la Libertad de la Cultura

Cada una de las instituciones patrocinadoras significó un desafío diferente para la revista. Durante los años en que recibió subsidios del Congreso por la Libertad de la Cultura (1966-1968), *Mundo Nuevo* debió trabajar tiempo completo para desvanecer la amenaza permanente que representaba el hecho de quedar públicamente vinculada con la CIA. Como Rodríguez Monegal se encargó de señalar, el dossier sobre la guerra de

Vietnam que apareció en el segundo número inauguró una larga lista de concesiones que la revista estuvo obligada a hacer para ganar algo de la mucha credibilidad perdida a causa de la ola de acusaciones que siguieron al destape del *New York Times*. (“Los comentarios políticos sobre Vietnam, para ser completamente franco con usted, reflejan una actitud necesariamente crítica en una revista que ha sido acusada de mantener conexiones con la CIA” reconoció Rodríguez Monegal ante H. Weinstock [Rodríguez Monegal 1966b].) Las deserciones intelectuales fueron también otro efecto de lo mismo. Hubo quienes se negaron a participar de entrada (Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa, entre los más obvios), pero también hubo escritores que fueron desertando con el tiempo, contribuyendo de esta forma a debilitar la imagen pública de la revista y a adelgazar el impacto inicial que tuvieron las figuras consagradas en el programa global de la misma. Entre los arrepentidos de última hora, cabe mencionar a Augusto Roa Bastos, Gabriel García Márquez, Jorge Edwards, Néstor Sánchez, Carlos Monsiváis y Hans Ehrmann, colaborador chileno que renunció a la corresponsalía de *Mundo Nuevo* después de recibir el primer cheque: “la llegada de los dólares me provocó una pataleta ya que el girador era el Congreso por la Libertad de la Cultura. Puedo tener más prejuicios que juicio en la materia. Es muy posible que en Europa sean gente muy decente, pero en Chile el Congreso alberga al tipo más nefasto de anticomunistas profesionales. Es gente con la cual no quiero (ni debo, ni puedo) quedar asociado” (Ehrmann).

Todos estos déficits fueron sabiamente disimulados por la dirección efectiva de Emir Rodríguez Monegal y la égida liberal del Congreso, dos pilares sobre los que la revista supo vertebrar un programa editorial orgánico y coherente que fue lo primero que se desvaneció cuando pasó a manos de la Fundación Ford. A pesar de que todo en la publicación —desde la tipografía hasta los contenidos, pasando por la moral y la mitología literaria— delataba que se trataba de una revista del Congreso, *Mundo Nuevo* tuvo serios reparos en reconocer públicamente este parentesco. Semejante resistencia no impidió sin embargo que la “gran familia” que alguna vez soñó formar Josselson terminara

imponiendo las marcas características a su perfil definitivo. En primer término, *Mundo Nuevo* se definió a sí misma como una "revista abierta" o una "revista de diálogo" y tras estas consignas es fácil reconocer los ecos de la mitología divulgada por el Congreso durante su segunda etapa histórica o su período de *aggiornamento* ideológico.

En segundo lugar, *Mundo Nuevo* reimprimió artículos de otras publicaciones del Congreso, al mismo tiempo que cedió derechos propios a otras revistas de "la gran familia liberal." Este tipo de comportamiento editorial fue particularmente aplaudido por la política de cruces y fertilizaciones mutuas que auspició la organización desde el Comité Ejecutivo. El Congreso sabía muy bien que para inflacionar los efectos de la agenda liberal debía unificar y estrechar las bases tópicas de la comunidad internacional y que ésto sólo era posible a través de los mecanismos de un trabado sistema de préstamos internos.

En tercer lugar, *Mundo Nuevo* también fue un foro de "protesta contra la *trahison des clercs*." Calcada sobre la tesis central de Julien Benda, la fórmula que utilizó Denis Brogan para definir el perfil político-editorial de *Encounter* (Lasch 72-73), parece igualmente adecuada para describir el programa de *Mundo Nuevo*. Esto es al menos lo que puede inferirse del modelo de intelectual puro, alejado convenientemente de los centros del poder y cercano preferentemente a los del saber, que desde el principio defendió en sus páginas. Tal como aparece en *Mundo Nuevo*, esta imagen traba fuertes lazos mitológicos con la tradición conceptual que creció a la sombra del Congreso.

Por último, *Mundo Nuevo* fue también una revista de casos. Frente a una moral editorial que reprimía sistemáticamente toda referencia política, el caso (es decir, el micro-relato seleccionado de una franja específica del presente histórico) constituyó una suerte de zona franca donde la revista tuvo oportunidad de hablar de política sin sentir culpas ni infringir ninguna regla vigente ("los escritores latinoamericanos están... contaminados de política." —afirmó Rodríguez Monegal para agregar enseguida— "Si queremos presentar un cuadro completo de lo que está ocurriendo... debemos darle espacio a los artículos

políticos. Pero este espacio será sólo una pequeña fracción de la revista" [Rodríguez Monegal 1966b]). La lista de casos cortejados por *Mundo Nuevo* es larga, sin embargo, entre aquellas microhistorias que recibieron atención especial, acaso merecen resaltarse: el *affaire* Oscar Lewis en México (1965), la reunión del P.E.N. Club Internacional en New York (1966), el caso Siniavski-Daniel (1966) y la cuestión checoslovaca (1968).

A comienzos del año fiscal 1968 (i.e., 31 de octubre de 1967) la Fundación Ford otorgó a *Mundo Nuevo* un subsidio total de \$225,000 a ser distribuido en tres años (McCarthy 105).¹² Estos fondos, como se sabe, iban acompañados de un paquete de condiciones. En respuesta a la política descentralizadora que caracterizó la etapa final del Congreso por la Libertad de la Cultura, la Fundación Ford exigió a *Mundo Nuevo* trasladar a América Latina todas sus operaciones editoriales, desde la administración hasta la impresión, pasando también por la difusión y distribución de la revista. Esta fue una de las condiciones que terminó estrangulando el proyecto total. La otra exigencia que impuso el cambio de patrocinadores fue de orden económico. La Fundación Ford emplazó a la revista a alcanzar independencia económica, objetivo que debía cumplirse una vez terminados los tres años que duraba el subsidio: si a fines de 1970, *Mundo Nuevo* no había logrado autofinanciarse, la Fundación Ford amenazaba suspender los subsidios, discontinuar la publicación, disolver el programa y olvidarse por completo de todo el asunto.

En 1967 Emir Rodríguez Monegal viajó a New York para negociar personalmente los términos de la transferencia pero, como no logró modificar las condiciones esenciales impuestas por la Fundación desde el primer momento, acordó entonces dirigir la revista hasta el número 25 (julio 1968) y renunciar después de este número a la dirección de *Mundo Nuevo*. "Según se me ha informado oficialmente", —dijo en marzo a Associated France Press (AFP)— "la Fundación cree que siendo *Mundo Nuevo* una revista de América Latina debe publicarse necesariamente en América Latina. Yo no comparto este punto de vista y por tal motivo he renunciado a la dirección" (Rodríguez

Monegal 1968b). El alejamiento de Rodríguez Monegal no sólo privó a la revista de un programa editorial orgánico, también le negó la colaboración de aquellos escritores que habían estrechado filas en torno al primer director de *Mundo Nuevo*. Como una suerte de flautista de Hamelin, Rodríguez Monegal arrastró tras sí a los pocos consagrados que aún seguían siendo fieles a su proyecto personal (Donoso, Cabrera Infante, Sarduy, Puig, Sainz) vaciando de esta forma las “marquesinas” en otros tiempos cotizadísimas de la portada mensual. A causa de este éxodo masivo, la segunda época de la revista debió definir su programa por ausencia o impotencia, y en el editorial del número 26-27 no tuvo más remedio que encarar la “nueva etapa” en los siguientes términos:

Importará ... la elección y selección de los temas antes que el nombre de los colaboradores, la calidad y eficacia de los textos ... antes que la prospección sobre la base de famas o antecedentes. En pocas palabras: Será una revista de temas más que de autores, o bien de autores en función de los temas propios de América Latina. (“Una nueva etapa” 4)

Bajo la dirección de Horacio Daniel Rodríguez, la administración de *Mundo Nuevo* se trasladó durante su segunda época a Buenos Aires. Este traslado fue, sin embargo, el único punto que llegó a concretarse del paquete total de condiciones que impuso la Fundación Ford en 1967. A fines de 1970, el balance que arrojaba la “apuesta” editorial era visiblemente desalentador: la impresión y los servicios generales de distribución seguían operando desde Europa y la revista no había logrado aumentar la base de suscriptores ni había conseguido nuevas fuentes de ingreso para llegar mínimamente a autofinanciarse. Semejantes resultados no fueron, sin embargo, producto de desidia o falta de esfuerzos. En la segunda época no hubo estrategia publicitaria que *Mundo Nuevo* no haya puesto en práctica para ganar nuevas audiencias y atraer franjas de público no tradicionales. Tratando de insertarse en otros espacios, la revista probó prácticamente todo: promovió polémicas, politizó y trivializó la crítica literaria, aligeró la producción de opiniones, bajó los estándares de erudición, liquidó colecciones sobrantes, y también recurrió a la

censura como método desesperado para potenciar sus ventas (“el nuevo editor agregó comentarios políticos a la agenda regular de la revista, sólo para lograr que una edición sobre las fuerzas armadas brasileñas fuera confiscada por las autoridades de ese país”, escribió McCarthy [105]).

Lo cierto es que al pasar a manos de la Fundación Ford *Mundo Nuevo* resintió la pérdida de centro que también reflejaron otros proyectos desgajados del tronco común del Congreso. Todo hacía pensar que a causa de la “explosión” ideológica que afectó el discurso de matriz liberal en la década del 60, hacia 1968, los ex-congresistas se habían convertido —como aseguró Martín Peretz— en un “group of intellectuals failing around for purpose” (Goodman 23).

Este clima generalizado de perplejidad política no fue, sin embargo, motivo suficiente para cambiar la decisión de la Ford. La Fundación, decepcionada por la falta de resultados de *Mundo Nuevo*, canceló a fines de 1970 los fondos destinados a la revista y se negó a extender los plazos acordados desde un principio. *Mundo Nuevo* siguió saliendo hasta que en abril de 1971 agotó los últimos \$ 13,750 del banco de fondos. Fue un final poco espectacular —un final que, en realidad, había sido anticipado mucho antes de que el número 57-58 (marzo-abril 1971) anunciara públicamente la disolución definitiva de la revista. Uno de los textos claves en este sentido es el informe-balance que William Carmichael escribió para la Fundación Ford. En este documento, el jefe de la división de América Latina y el Caribe de la Ford afirmaba: “generalmente nos hemos mostrado renuentes a subvencionar revistas, sobre todo, si no existen perspectivas claras de que alcance auto-financiamiento dentro de períodos razonablemente cortos. Como se podrá sospechar, esta reticencia ha sido plenamente confirmada por la desilusión que nos han provocado los pobres resultados obtenidos de nuestro subsidio a *Mundo Nuevo*” (McCarthy 105). A juzgar por el tono de estas afirmaciones, resulta fácil descubrir por qué el documento firmado por Carmichael actuó como “partida de defunción” de la polémica revista latinoamericana.

¹ La información y los datos de esta sección proceden en su mayoría de los archivos del Congreso por la Libertad de la Cultura (Universidad de Chicago), de los archivos de la Fundación Ford (N.Y.) y del libro de Peter Coleman, *The Liberal Conspiracy. The Congress for Cultural Freedom and the Struggle the Mind of Postwar Europe* (1989), única historia del Congreso con la que se cuenta hasta la fecha.

² En *Without Fear or Favor* Salisbury sostiene que la investigación que realizó el *New York Times* con la CIA fue la primera incursión del periódico en el "new journalism", un estilo que iba a imponer de lleno en la década siguiente. Este mismo estilo de hacer periodismo basado en el documento y en la investigación es además el que garantizó, según Salisbury, el lugar que actualmente ocupa la prensa en las estructuras de poder de Estados Unidos (513).

³ El hecho de que la CIA haya fiscalizado la publicación de los artículos (en una proporción de la cual pueden dar cuenta sólo sus editores) provocó ciertas reservas y no pocos recelos en la recepción del trabajo. Al respecto Salisbury apunta: "some were to contend that because *The Times* permitted McCone to read the draft articles, the CIA, in effect, exercised censorship over the series. Nothing was farther from the fact. McCone certainly consulted the CIA about the series; he read the articles carefully and submitted to *The Times* a list of points. Then it was up to *The Times*" (523).

⁴ En una nota a pie de página que incorpora a la primera entrega, *Marcha* aclara que algunas conclusiones y puntos de partida del ciclo que publicó el *New York Times* pueden someterse a discusión, pero lo que cabe admitir sin atenuantes es "el extraordinario valor documental de este trabajo, tanto por su procedencia como por las informaciones que contiene" (*Marcha* 1302 [6 mayo 1966]: 16-17). La serie completa salió en cuatro números consecutivos del semanario, del 1302 (6 mayo 1966) al 1305 (27 mayo 1966), y los títulos que recibieron las entregas fueron: "La CIA: ¿Cerebro político o chivo emisario?", "CIA: Los espías celestiales", "CIA: Un complot desenmascarado" y "Conclusiones: El carácter de la CIA depende de su director."

⁵ Los cuatro artículos de *Marcha* en los que, directa e indirectamente, Ángel Rama salió a polemizar con *Mundo Nuevo* y a atacar a su director, fueron: "El mecenazgo de la CIA" (*Marcha* 1302 [6 de mayo 1966], "El amo y el servidor" (*Marcha* 1304 [20 de mayo 1966]), "Los intelectuales en la época desarrollista" (*Marcha* 1305 [27 de mayo 1966]) y "Las fachadas culturales" (*Marcha* 1306 [3 junio 1966]).

⁶ El comunicado de prensa que difundió Nicolas Nabokov sostenía que desde su fundación el Congreso "ha obtenido apoyo financiero de una variedad de fuentes en los Estados Unidos y en Europa para apoyar a sus revistas, seminarios y otras actividades" (Citado en Rodríguez Monegal 1967c, 13). También agregaba que "en ningún momento en la historia del Congreso ningún donante ha intentado interferir o moldear sus actividades, su política o su programa" (Citado en Rodríguez Monegal 1967c, 13). Por su parte, en una carta que dirigieron al *New York Times*, los directores de *Encounter* también negaron tener dependencia económica alguna con la CIA; la revista, escribieron, "depende básicamente de la venta y de los avisos, y su pequeño déficit anual fue, hasta hace dos años, financiado por el Congreso por la Libertad de la Cultura. Los fondos del Congreso, a su vez, derivan de varias fundaciones reconocidas, todas las cuales desde instituciones como la Ford y la Rockefeller hasta las más pequeñas han sido declaradas públicamente, con sus funcionarios debidamente identificados, sus actividades detalladas" (Rodríguez Monegal 1967c, 12). Según cuenta Coleman, las autoridades del Congreso estudiaron la posibilidad de enjuiciar al *New York Times* pero sus abogados los desalentaron al respecto (Coleman 223). *Encounter*, por su parte, perdió el juicio que a cuenta de este asunto inició contra la revista Conor Cruise O'Brien. Para una relación completa de este último hecho puede consultarse O'Brien 1967.

⁷ A pesar de que García Márquez envió la carta para que saliera publicada en *Mundo Nuevo*, Emir Rodríguez Monegal nunca la publicó en la revista. En su lugar, apareció en *Encuentro Liberal*. El hecho incomodó visiblemente a Monegal que en una carta fechada el 20 de junio de 1967 le reclama a García Márquez lo siguiente: "Comprendo perfectamente que tú hayas necesitado aclarar tu posición, pero esa carta tuya, que a mí personalmente no me molesta para nada, puede ser sin embargo utilizada por los enemigos de *Mundo Nuevo*, y eso sí me duele. Tú sabes que mucha gente sobre cuya financiación existen serias dudas que sin embargo posan de grandes escritores y desde esa posición bombardean a todo el mundo con sus venenos" (Emir Rodríguez Monegal 1967a).

⁸ Según Chomsky, para garantizar el éxito de una propaganda hay que seguir los siguientes pasos. En primer lugar, hay que crear un *slogan* al que virtualmente nadie pueda oponerse (¿Quién podría estar en contra —se pregunta Chomsky— de un *slogan* tan general y ambiguo como "Apoye a la gente de Iowa"?). Una vez que el significado de superficie gana consenso, entonces hay que desviar la atención del público y pretender, por ejemplo, que lo que ha ganado consenso no fue la primera consigna sino el valor agregado que se adjunta después (en el ejemplo que da Chomsky: "Ud apoya nuestras políticas" [8]).

⁹ En una carta fechada el 24 de junio de 1967 que envía Herbert Weinstock, editor de Alfred A. Knopf, a Emir Rodríguez Monegal, puede leerse la siguiente crítica al primer número de *Mundo Nuevo*: "to my view (and to that of several people to whom I have shown *Mundo Nuevo*) the magazine is typographically a disaster. Nothing could be uglier or harder to read, it seems to me, than a whole periodical in sans-serif type. In fact, I would have thought that (except

for headings and perhaps captions) the usefulness of sans-serif had been exhausted by the Germans decades ago. I certainly should like to see *Mundo Nuevo* easily readable (easy on today's tired eyes) and good to look at" (Weinstock).

¹⁰Al momento de salir el primer número, el sistema de corresponsales de *Mundo Nuevo* estaba formado por los siguientes integrantes: Homero Alsina Thevenet (Argentina), Miguel Arteché (España), Alberto Cellario (EE.UU), Baica Dávalos (Venezuela), Hans Ehrman (Chile), Juan García Ponce (México), Benito Milla (Uruguay), Héctor A. Murena (Argentina), Luis Guillermo Piazza (México), Nélida Piñón (Brasil), José Pubén (Colombia) y Jorge Luis Recavarren (Perú).

¹¹De acuerdo a la imagen de escritor profesional que promovió en sus páginas, *Mundo Nuevo* siempre pagó a sus colaboradores. Cuando se trataba de adelantos de novelas, usualmente cotizaba \$10 cada hoja impresa. Cuando se trataba de artículos generalmente pagó \$50 por un ensayo de 10 hojas. En todo caso, estas cifras estaban muy lejos de igualar las sumas míticas que, según muchos opositores, *Mundo Nuevo* pagaba a sus colaboradores. Rama, por ejemplo, denunció "la función corruptora" que las tarifas de *Mundo Nuevo*, comparativamente abultadas en relación a los precios vigentes en el mercado, ejercían sobre escritores e intelectuales latinoamericanos (Torres 12).

¹²Públicamente *Mundo Nuevo* sostuvo que la Fundación Ford había financiado la revista desde sus comienzos. Esta actitud se refleja en el editorial del último número (marzo-abril 1971) donde afirma que la subvención duró "casi cinco años" (4). Los reportes anuales de la Fundación prueban sin embargo que *Mundo Nuevo* recibió fondos sólo durante tres años (desde 1968-1970; en los primeros meses de 1971 la revista liquidó el remanente del año anterior); este dato coincide por lo tanto con el que aparece en McCarthy 105.

2. Mundo nuevo y el Boom de la novela latinoamericana

"creo que no es posible discutir el boom, en su ámbito internacional, sin examinar la colección de *Mundo Nuevo*".
Emir Rodríguez Monegal. *El boom de la novela latinoamericana*.
Caracas: *Tiempo Nuevo*, 1972: 27.

"No temas por lo de *Mundo Nuevo* en mi libro *Historia Personal del Boom, Emir...* Lo único que en ese libro afirmo es que *Mundo Nuevo* fue, durante el mandato de Emir, el órgano que cohesionó y le dio forma al boom en su momento más rico y creativo. I do not scandalmongering of any kind, y te dejo como un rey".
José Donoso. "Carta a Emir Rodríguez Monegal" 11 Oct. 1972.

El "mito-boom" es uno de los ideogramas que aún hoy convoca de manera automática la sola mención de *Mundo Nuevo*. Esta asociación, si bien deja rastros en las páginas de la revista no prosperó sin embargo en el interior de la publicación, sino después, a partir de las lecturas canonizantes que hicieron a principios de los 70 Emir Rodríguez Monegal en *El Boom de la novela latinoamericana* y José Donoso en *Historia personal del Boom*. Desde entonces la crítica sigue reproduciendo, conscientemente o no, esta suerte de ícono que logró sobrevivir apuntalado por la lista de escritores-faro que colaboraron, sobre todo, en su etapa parisina. Frente a esto cabe entonces preguntar: ¿qué grado de representación y reproducción alcanzó *Mundo Nuevo* en el campo intelectual?, ¿cuál fue la responsabilidad que tuvo en la institucionalización de la imagen-tipo del boom latinoamericano?

Tempranamente identificada con la nueva novela, la revista dirigida por Emir Rodríguez Monegal logró un éxito relativo en el terreno literario debido, en parte, al estado general del mercado y, en parte también, al registro con que *Mundo Nuevo* buscó adecuarse a las demandas de un lector ávido de exhibir

—y consumir— un saber doblemente marcado por la “sofisticación” y la modernidad. Emergente de los procesos masivos de instrucción e industrialización encarados por las políticas desarrollistas, el público de clase media que conformó la nueva sociedad de consumo de los años 60 (Prieto 880-90) exhibía un perfil mitológico propio, alejado convenientemente del modelo nacionalista con el que se identificaban las culturas oficiales y de su producto inmediato, la literatura regional y realista. (“¿A quién le conmovió” —se pregunta Carlos Monsiváis— “aceptar al charro y a la china poblana como símbolos y metas permanentes?” [1487]). En su lugar, la década alentó una fascinación absoluta por lo moderno —una modernidad que, habría que agregar, no sólo pretendió ser política sino también aspiró a ser social, cultural y sexual.

Con la fuerza tiránica de este prestigio, “lo nuevo” ocupó el centro de la escena sesentista. Y en su calidad de eje indiscutido del sistema de referencias, dominó la iconografía, determinó la circulación y el intercambio de bienes culturales, influyó en la juventud, condicionó el cambio social e instigó al consumo de nuevas tecnologías. “En cines y cine-clubes, en el centro de un místico silencio”, —continúa Monsiváis— “se esparce masivamente el acercamiento reverencial a la Cultura, la deificación —y sobre todo, la autoedificación— de la idea y el papel del intelectual y el artista. En los sesenta, la cultura constituye una de las dos técnicas fundamentales para alcanzar y gozar la modernidad (la otra es el mito de la vitalidad y la eterna juventud)” (1492).

En literatura, la búsqueda de la novedad y la tecnología cristalizó en un arte de neovanguardia cuya lógica de exclusiones puso en correspondencia narcisista al autor y al lector enfrentándolos al reflejo —casi siempre adulator— de un texto que supo premiar con creces sus respectivas competencias. En política, la Revolución Cubana estimuló el proceso de mitificación típico de esta clase media desarrollista que no sólo adhirió al sueño utópico sino que además —y en el marco de un poder fuertemente polarizado por largos años de Guerra Fría—, defendió con vehemencia la no siempre estable posición

tercermundista. Finalmente, en economía, los mercados intentaron satisfacer las demandas de una sociedad de consumo centrada en la producción y en el intercambio masivo de bienes culturales. Así instalada sobre la ideología de este complejo mitológico, la amplia capa media latinoamericana se apropió de un discurso principistamente subsidiario del valor de lo nuevo —un discurso reconocible, además, por sus fuertes marcas de internacionalismo estético, utopismo tercermundista y protagonismo cultural.

Comienzo accidentado: entre pactos y condenas

Esta composición de lugar viene, en parte, a explicar la estrategia apelativa que *Mundo Nuevo* desplegó sobre ese sector específico del público latinoamericano y, en parte también, parece dar cuenta de la inserción que logró en un campo intelectual saturado por publicaciones que no pudieron competir con su eficaz representación de los mitos del nuevo sector. Desde la “Presentación” del primer número (julio 1966), la revista supo definir su relación explícita con un público al que percibió como “material humano muy original que constituye no sólo un nuevo tipo social, sino cultural” (4). En otras palabras, aspiró desde sus comienzos a llamar la atención de un lector adiestrado (y diferenciado), con el que quiso sellar un pacto de lectura basado en compromisos de actualidad y originalidad en la producción crítica de opiniones.

En la misma “Presentación” (cuya apariencia de preámbulo no alcanza sin embargo a disfrazar los alcances teóricos y prácticos del manifiesto literario), *Mundo Nuevo* desarrolla su programa editorial alrededor de una doble propuesta. A través de la primera —explícita y potenciada—, la revista enuncia su propósito institucional de “ordenar” el territorio literario y de servir de aparato de propaganda y “reputación” a la producción cultural hispanoamericana. Por medio de la segunda línea —más evasiva aunque no por ello menos visible que la primera— el discurso de *Mundo Nuevo* parece refractar las marcas profundas

de liberalismo ideológico, vanguardismo estético e internacionalismo cultural que, según se dijo, organizan el foco de sus estrategias enunciativas.¹

Los efectos de este conglomerado discursivo tienden a concentrarse en esa suerte de declaración de principios que aparece clausurando el texto de la "Presentación":

Al diálogo realmente internacional que tiene a París como centro, *Mundo Nuevo* aspira aportar un acento latinoamericano. Por eso, esta nueva revista quiere constituirse en lugar de encuentro de quienes componen, hoy, el concierto de una cultura viva y proyectada hacia el futuro, una cultura sin fronteras, libre de dogmas y fanáticas servidumbres. (4)

El enunciado superpone varios presupuestos de época o "lugares comunes intelectuales"—como los llamaría Bourdieu—que será necesario desmontar para aclarar el mapa de relaciones y solidaridades trazado desde los preliminares.

En primer lugar, la política dominante que hace que *Mundo Nuevo* prestigie los valores de novedad e integración—política, por otra parte, vigente desde el título mismo—hace también que elija representarse no ya como una "revista de literatura" (en semejante marco de deificación de sistemas totalizadores esto implicaría una reducción imperdonable) sino como una "revista de cultura". En segundo lugar, París, "centro" y árbitro universal de la cultura, aparece como garantía del modelo liberal-humanista postulado en toda su variedad de matices: como cultura independiente y neutral; como cultura internacional y cosmopolita ("Somos por primera vez en nuestra historia"—había anunciado gozosamente Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*—"contemporáneos de todos los hombres" [174]); y también como cultura vital y proyectiva (esto último, en clara oposición a toda vinculación con el pasado y la tradición propuesta por el modelo oficial-nacionalista). En tercer lugar, *Mundo Nuevo* se presenta como "lugar de encuentro", como espacio oportuno y obligado para desplegar la política del "buen vecino". En este sentido, hay que hacer hincapié en el efecto centrífugo que adquiere la palabra *diálogo* no sólo en la "Presentación" sino también en el resto del *corpus*.

Decir esto en los años 60, y defender al mismo tiempo "una cultura libre de dogmas y fanáticas servidumbres", resultaba poco menos transparente que señalar con el dedo la política editorial llevada a cabo por *Casa de las Américas*. Por alusión y contraste, *Mundo Nuevo* establece entonces su propio antimodelo en la revista dirigida por Fernández Retamar y, a partir de este momento, le declara formalmente una suerte de Guerra Fría que con altibajos constituye la causa inmediata y visible de la polarización del campo intelectual latinoamericano (Weiss 59-63; Frenk 83).

La aparición oficial de *Mundo Nuevo*, si bien ya había sido sensacionalmente anticipada con la polémica epistolar que a fines de 1965 mantuvieron Rodríguez Monegal y Fernández Retamar, no por ello dejó de producir una reacción de rechazo acalorada en los medios latinoamericanos claramente comprometidos con la Revolución Cubana. Con una retórica menos elíptica y más "de guerra caliente"—retórica que voluntariamente quiso contrastar con el tono de moderado integracionismo adoptado por la revista de Rodríguez Monegal—, tanto *Casa de las Américas* como *Marcha* aprovecharon sus espacios editoriales para denunciar los efectos políticos de lo que dieron en llamar ese "nuevo engendro literario que recorre América Latina" (Fornet 73).

La batería que se dirigió contra *Mundo Nuevo* abarcó, poco más o menos, el siguiente espectro de acusaciones: a) ser un instrumento financiado por la CIA en el marco de la política de penetración cultural iniciada por Kennedy; b) trabajar por la neutralidad de la cultura; c) camaleonizar el lenguaje de la izquierda; y d) estimular una gradual despolitización del intelectual latinoamericano.²

Ambrosio Fornet, entonces asesor literario de la Editorial Nacional de Cuba, sostuvo que el intento editorial de *Mundo Nuevo* respondía a un proyecto de enmascaramiento semántico que podía ser ubicado en el siguiente mapa de referencias:

Muchos intelectuales latinoamericanos se han encogido de hombros: hija de *Cuadernos* y del siniestro Congreso por la Libertad de la Cultura, la nueva revista no les produce más inquietud ni curiosidad que un folleto oficial de la

Embajada Norteamericana. "No podrá engañar a nadie —dicen—. Es una mezcla de *Cuadernos*, *Preuves* y *Encounter*. Es el mismo perro con el mismo collar".

Aunque la definición no puede ser más justa, esa actitud es ingenua y peligrosa. Aunque al servicio de la misma estrategia que orientaba a *Cuadernos*, la revista *Mundo Nuevo* nace en una situación radicalmente distinta: para sobrevivir tiene que usar otras máscaras.

Patrocinada por el llamado Instituto de Asuntos Sociales para América Latina (*sic*) —organismo recién fundado en París por el Congreso por la Libertad de la Cultura—, su propósito evidente, como señaló el ensayista uruguayo Ángel Rama en el periódico *Marcha* (Montevideo, Junio 3, 1966), es "capitalizar para el Congreso y en forma solapada a la nueva intelectualidad del continente". (Fornet 70)

A partir de este momento se entabló una verdadera batalla en la demarcación del terreno y el acto de persuadir a los intelectuales latinoamericanos fue uno de los objetivos codiciados en la disputa. Como muestra la cita, la línea liderada por *Casa de las Américas* y *Marcha* trató de evitar los riesgos derivados de falsos esquematismos y reconsideró el caso *Mundo Nuevo* bajo una perspectiva particular. Por un lado, el modelo liberal de marcado tono ecléctico con el que se identificó *Mundo Nuevo* desde el principio la puso al cubierto de discursos explícitamente anticomunistas como el de *Cuadernos* o el del Congreso por la Libertad de la Cultura. Por otro lado, ese mismo modelo la obligó también a formar un frente común con programas culturales de mayor base apelativa como el XXXIV Congreso del P.E.N. Club (junio de 1966), un evento que gozó, por lo demás, de inusual cobertura en los primeros números de *Mundo Nuevo*.³

El escritor latinoamericano: ese oscuro objeto del deseo

Pero más allá del vínculo directo o indirecto entre *Mundo Nuevo*, el Congreso por la Libertad de la Cultura y la estética imperialista, lo que en ese momento estaban disputando *Casa de las Américas* y *Mundo Nuevo* era la imposición de dos modelos excluyentes de intelectual latinoamericano. Frente al modelo de intelectual "comprometido" y "militante" —una mezcla de Martí y el Che, de héroe popular y maestro de juventudes— propuesto

por el discurso de la Revolución Cubana,⁴ *Mundo Nuevo* diseña un modelo construido sobre la base de las tensiones y contradicciones de la sociedad de consumo, una suerte de superestrella o una versión actualizada de *dandy* del espectáculo (Franco).

Por eso no parece arbitrario que *Mundo Nuevo* —"revista de diálogo"— inaugure el primer número con una entrevista a Carlos Fuentes y que sugestivamente Rodríguez Monegal la titule "Situación del escritor en América Latina". En el reportaje, Carlos Fuentes —representante "oficial" de la imagen espectacular que promueve la revista— aparece desplegando una congestión de lugares comunes construida a partir de la superposición del mito de la modernidad latinoamericana y el mito de la modernidad universal:

Estamos tan sometidos como cualquier gringo o francés al mundo de las competencias y los símbolos de *status* al mundo de las luces de neón y los Sears-Roebuck y las lavadoras automáticas y las películas de James Bond y los tarros de sopa Campbell. Vivimos en sociedades modernas, maltratadas, inundadas de objetos, de mitos y aspiraciones de plástico y aluminio, y tenemos que encontrar los procedimientos, las respuestas, al nivel de esa realidad: tenemos que encontrar las nuevas tensiones, los nuevos símbolos, la nueva imaginación, a partir del Chicle Wrigley's y la telenovela y el frug y el bolero... . Antes que en la cultura, el mexicano o el bonaerense o el limeño actuales *somos contemporáneos de todos los hombres en las mercancías y las modas, ¿no es cierto?* (5; el subrayado es nuestro)

La intuición solemne de *El laberinto de la soledad* —"somos por primera vez contemporáneos de todos los hombres" (Paz 1986, 174)— es trivializada en la frase final de Fuentes donde la verdad sentenciosa de los 50 se convierte en consigna de consumo de la década siguiente. Protagonista central de la cultura del *happening*, Carlos Fuentes representa, mejor que cualquier otro escritor latinoamericano, el mito de la modernidad fetichizada convirtiéndose, con ello, en uno de los productores y difusores más autorizado del discurso triunfalista que tan gozosamente festejó el campo cultural en la década del 60.

Teniendo en cuenta el rol central que le asigna *Mundo Nuevo*, se entiende entonces por qué en su *Historia personal del boom*

(1972) José Donoso hace decir a Fuentes, *Le boom c'est moi* (51). Imagen de escritor joven, moderno, exitoso, espectacular, *flamboyant*, cosmopolita, ilustradísimo, Carlos Fuentes es, según lo ilusiona Donoso, "el primero en manejar sus obras a través de agentes literarios, el primero en tener amistades con los escritores importantes de Europa y los Estados Unidos —James Jones le presta su piso en un distinguido hotel de la Isle-de-St. Louis; lo reciben en plan de intimidad Mandiargues y William Styron—, el primero en ser considerado como un novelista de primera fila por los críticos yanquis, el primero... etc." (50). Carlos Fuentes es, en una palabra, la marca registrada del boom latinoamericano, una suerte de empresario multinacional del éxito y la modernidad cuya festividad superestelar *culte de moi* se aleja definitivamente del modelo social de intelectual *don de soi* distribuido por la Revolución Cubana.⁵

Sin embargo la imagen de escritor impulsada desde *Mundo Nuevo* y fuertemente encarnada en Carlos Fuentes, debe aún completarse con algunos componentes agregados por Severo Sarduy, a quien Rodríguez Monegal dedica la entrevista del siguiente número (*MN* 2 [agosto 1966]). La marca internacionalista que Fuentes asegura al modelo a través de su relación gozosa con la cultura de masas, se superpone ahora al componente-Sarduy que incorpora, por su lado, el prestigio y el control del lenguaje codificado del grupo *Tel Quel*, foco representativo de la élite cultural más selecta de la época (Frenk 91). Mientras la obra de Fuentes era codiciada en Italia recuérdese que uno de los motivos que aparecen en la primera entrevista es el doble éxito de la traducción de *Cambio de piel* y de la versión cinematográfica de *Aura* en el mercado italiano—, con artificiosa naturalidad, Severo Sarduy exhibe su pertenencia intelectual a los círculos más competitivos de la academia francesa. Y con este reconocimiento, la alegoría del viaje del intelectual latinoamericano a Europa que, según David Viñas, comienza a principios del siglo XIX con el viaje de adquisición del intelectual ilustrado, parece terminar en los años 60 con el éxito metropolitano que ostenta el modelo boom —culminación y apoteosis del proceso seguido por una cultura periférica en su

aspiración histórica por acceder a los centros de distribución del poder cultural.⁶

Por último, la imagen-Sarduy agrega un tercer componente al cosmopolitismo que ya define la imagen de escritor aplaudida por *Mundo Nuevo*. Gracias al caso Sarduy, aparece en la superficie el tópico, de clara ascendencia romántica, del "esencial" y permanente estado de auto-exilio en que el artista está condenado a vivir a causa de su extrema sensibilidad estética. La operación discursiva que lleva a cabo *Mundo Nuevo* en relación al aprovechamiento y reformulación del tópico es doble. Por un lado, *Mundo Nuevo* sustancializa y descontextualiza el exilio histórico vaciándolo en los moldes metafóricos del lugar común. Por otro, aprovecha los efectos de la estilización para poner en sistema una densa red de oposiciones valorativas (universalismo vs. provincialismo; patria estética vs. patria política; mundo vs. isla; arte libre vs. arte comprometido; suma vs. resta)—una red donde la primera serie es la línea privilegiada por los favores de la revista.

Además, resulta interesante verificar en este punto la presencia "en bruto" del mismo modelo de escritor en *Historia personal del boom*. Cuando Donoso cuenta su experiencia de época, su testimonio tiende por lo general a reproducir retóricamente el discurso que institucionalizó *Mundo Nuevo* para hablar de la ideología-boom. *Historia personal del boom* recupera la experiencia histórica con alguna ventaja retrospectiva, pero a pesar de esto, es tal la fuerza centrífuga que ejerce el modelo *Mundo Nuevo* sobre su registro que Donoso se queda —literalmente— sin palabras alternativas. El alto poder reproductivo que alcanzó la revista se deja ver, por ejemplo, cuando el libro intenta hacer frente a la acusación de "cosmopolitismo desenraizado" que la crítica imputó tradicionalmente al boom. En este punto, Donoso asume una suerte de defensa colectiva, minimiza (generalizando) el cargo y echa mano a la referencia tranquilizadora que encuentra en el modernismo como formación socio-literaria asimilable al fenómeno de los años 60:

... las acusaciones que trae consigo este exilio —que sería otro de los rasgos que aplicado libremente configuraría al hipotético *boom*— no es más que una variante a las acusaciones de todas las épocas a los escritores latinoamericanos que casi siempre han vivido por lo menos durante largas temporadas fuera de sus países: Darío y los modernistas en París, donde fundaron la revista *Mundial*, tan paralela a otras revistas de hoy con sede en París. (56)

La alusión es clara. Donoso aparece repitiendo (y automatizando) la asimilación *boom*-modernismo ya anticipada por *Mundo Nuevo* en el número 7 dedicado a Rubén Darío (enero 1967) y vuelta a reiterar por Rodríguez Monegal años después de su experiencia editorial parisina (1972, 39-43).

Además, *Historia personal del boom* también vuelve a reforzar la variable estilizada del “exilio ventajoso”. Al comentar la extrañeza que provoca en un crítico italiano la solidaridad en la que conviven los escritores latinoamericanos de los años 60, Donoso comenta:

Este crítico no tomaba en cuenta que al salirse de la provincia, que generalmente es la capilla literaria que se forma dentro de cada país, la envidia se minimiza. ¿No sería ésta, quizá, una de las razones que determinan el hecho de que la mayoría de las novelas capitales del *boom* fueron escritas fuera del país, y que tantos y tantos novelistas hispanoamericanos siguen saliendo de sus países para acercarse en el extranjero? (58)

Repitiendo la técnica discursiva del modelo *Mundo Nuevo*, el pasaje marca semánticamente una de las series opositivas (país=provincia-capilla literaria-envidia), y aleja el destierro del sentido histórico de pérdida, transformando al exiliado, poco más o menos, en un festivo ciudadano del mundo.

En este punto, después de haber evaluado el modelo de intelectual propuesto por *Mundo Nuevo* (y canonizado por Donoso), es posible especular que, frente a otros criterios evaluativos, la imagen de escritor parece funcionar como criterio dominante en la demarcación que tradicionalmente se ha venido realizando del *boom* latinoamericano. En primer lugar, el modelo que festeja la revista —una mezcla desigual de espectáculo + técnica + exilio— aparece legitimando el mecanismo de inclusión/exclusión que delimita la imagen pública del *boom* como grupo. En otras palabras, funciona en la base del criterio de selección

que sólo acepta a Fuentes, Cortázar, García Márquez y Vargas Llosa como cabezas indiscutibles del olimpo sesentista latinoamericano. (Esto, por supuesto, sin descartar la posibilidad de que eventualmente puedan admitirse también los nombres intercambiables de Donoso, Puig, Sarduy, Cabrera Infante o Goytisolo, escritores cuyas características secundarias matizan la imagen cristalizada por el grupo de “escritores-faro”).

En segundo lugar, el carácter homogéneo del *boom* no está dado por el modelo de escritura que el *boom* postula sino por el modelo de escritor que *Mundo Nuevo* institucionaliza. Esto explica las dificultades y los fracasos a los que se ha enfrentado la crítica cada vez que trata de dar con un principio estético satisfactorio capaz de resolver las diferencias obvias entre (para dar sólo un ejemplo), la escritura de Cortázar y la de García Márquez.

En tercer lugar, el fuerte poder de identificación que logró *Mundo Nuevo* en relación al *boom* latinoamericano se debió principalmente a la eficacia con la que la revista impulsó este modelo alternativo de escritor y al éxito con el que lo reprodujo discursivamente. Esto viene en parte a explicar también su clara estrategia de inserción en un campo editorial donde el *boom* era virtual propiedad intelectual de *Casa de las Américas*. (Recuérdese que la revista cubana no sólo había dedicado su número 26 [octubre-noviembre 1964] a la “Nueva Narrativa Latinoamericana” sino que, a lo largo de su primera época y bajo la dirección de Antón Arrufat y de un Consejo de Redacción continental, había sabido atraer para su causa a un número importante de la *intelligentsia* latinoamericana.)

El P.E.N., Neruda y el principio del final

Esta imagen de escritor —*Mundo Nuevo* tiende a abandonar el uso de la palabra “intelectual” por ser una categoría fuertemente ligada al modelo propuesto por *Casa de las Américas*— viene a su vez a reforzar los efectos de un discurso de unidad e integración que, desde la misma “Presentación”, se

enuncia bajo el doble propósito de “insertar la cultura latinoamericana en un contexto que sea a la vez internacional y actual [y de entablar] un diálogo que sobrepase las conocidas limitaciones de nacionalismos, partidos políticos, capillas literarias y artísticas” (“Presentación” 4).

Póngase en correlación este programa editorial con los comentarios que hace Rodríguez Monegal del XXXIV Congreso del P.E.N. (New York, junio 1966) y se entenderá el proceso de apropiación desplegado por *Mundo Nuevo* en relación a los resultados y a los réditos simbólicos derivados de este evento cultural.⁷ De hecho, la centralidad y el espacio que *Mundo Nuevo* le dedica en los primeros números hace que el Congreso del P.E.N. pueda leerse como una suerte de “manifiesto para-literario” de la revista:

el Congreso se justificó por muchas cosas pero sobre todo por dos: a) demostró con los hechos que el diálogo es posible en la comunidad intelectual y que para lograrlo, nadie debe renunciar a sus convicciones o sus doctrinas; b) también demostró que en este momento hay una literatura latinoamericana que funciona por encima de las separaciones nacionales y que tiene, cada día más, una fuerza y una pujanza internacionales. (Rodríguez Monegal 1966a, 41)

La interpretación de Monegal no sólo destila un carácter fuertemente demostrativo sino que nace, además, en el interior de un artículo que adopta el formato de noticia. De ahí que la tensión entre *información* y *opinión* aparezca diluida por el uso atípico que el texto hace del “diario” como género.

Este tipo de operaciones discursivas constituye una práctica relativamente rutinaria en *Mundo Nuevo*. Con frecuencia, la revista parece explotar los márgenes de ambigüedad que deriva del género informativo-anecdótico reconstruyendo los acontecimientos que relata a partir del uso de formas híbridas como la nota de viaje, el testimonio, el *collage* y el comentario de citas textuales. Géneros, todos, que se caracterizan por mantener la dominante del artículo en función referencial (produciendo el consiguiente efecto de información), mientras privilegian la anécdota como único espacio autorizado para generar interpretación (adjuntando así el efecto buscado de verificación) (Indart; Verón 1969). Por medio de estos mecanismos, la opinión

no sólo desplaza a la información sino que el material altamente semantizado que pone en circulación *Mundo Nuevo* controla la participación valorativa de un lector que paradójicamente cree así satisfechas sus demandas más urgentes de protagonismo cultural. La revista tiende entonces a favorecer la producción de crónicas de congresos, eventos culturales y, en general, de noticias cargadas con una dosis importante de “chismes literarios”, ya que este tipo de textos genera en el lector la ilusión de acceder al mundo privado del escritor al tiempo que actúa abultando las exigencias de actualidad y el tono celebratorio del modelo que distribuye.

Todo este conglomerado de estrategias discursivas trabaja activamente en la serie de notas que *Mundo Nuevo* dedicó al Congreso. En el “Diario del P.E.N.”, por ejemplo, los datos incidentales del encuentro de escritores se superponen a los datos históricos, y la producción de opiniones de alto nivel simbolizante y gran efecto apodíctico diluye el espacio que separa la anécdota del acontecimiento. Vaciado en los moldes del discurso pan-dialoguista de *Mundo Nuevo*, el Congreso se transforma así en *símbolo* del fin de la Guerra Fría: “Fue la más grande de las reuniones internacionales de escritores realizadas hasta la fecha. El P.E.N. fue la primera institución en romper los límites de la guerra fría entre el mundo capitalista y el mundo socialista” (Rodríguez Monegal 1966b, 87).

La imagen triunfal de Pablo Neruda en el Congreso, versión latinoamericanizada, corregida y aumentada del “poeta en Nueva York”, sirve a su vez para reforzar la relación icónica que el texto aspira a construir entre EE.UU. y Latinoamérica. La cita que sigue, extraída de “El P.E.N. Club contra la Guerra Fría”, no sólo pone en evidencia el aprovechamiento ideológico que Rodríguez Monegal hace de Neruda en este sentido, sino también el trabajo al que somete la anécdota en estos procesos de semantización (y/o simbolización) de la información:

Cuando me preguntaron —dijo Neruda— qué influencia había tenido la literatura norteamericana sobre mi poesía, les relaté una anécdota de mi carpintero, Rafita, en Isla Negra. Me regalaron —agregó— una fotografía de Whitman de 1.50 m. de altura, que la hice colocar en una puerta. Le decía que

no me la fuera a romper al hacerlo. La terminó de colocar y me dice: —'Don Pablito, ¿le puedo preguntar? ¿Es su papá?' Yo le dije: —'Sí, Rafita, es mi papá.' Eso le contaba a los norteamericanos. (Rodríguez Monegal 1966b, 87)

En el discurso de unidad EE.UU.-Latinoamérica montado en torno al prestigio que irradia Neruda, el reconocimiento de la deuda literaria con Whitman refuerza los mismos costados sentimentales que la prensa liberal explotó en el encuentro Neruda-Arthur Miller (de quien Rodríguez Monegal dice que representa el "mejor tipo de escritor norteamericano" por "predicar el acercamiento, la concordia y el diálogo" [1966a, 50]). Además, es indudable que estas muestras de unidad Norte-Sur están donde están para amortiguar los efectos discordantes de la polémica que el poeta chileno entabló con Ignazio Silone, folklórico miembro de la sede italiana del Congreso por la Libertad de la Cultura. En la mesa redonda del último día dedicada a "El escritor como figura pública", Ignazio Silone atacó abiertamente a los intelectuales que apoyaban la Revolución Cubana y Neruda salió a polemizar con el escritor italiano, sosteniendo que semejantes intervenciones sólo servían para demostrar que, en efecto, la Guerra Fría no había terminado. Esta disputa mereció extenso espacio en la prensa internacional y fue re-contada por *Mundo Nuevo* en el "Diario del P.E.N.". En este artículo, Emir Rodríguez Monegal quiere desviar la significación original de la pelea en sí y después de referirse brevemente al incidente trata de negociar el sentido de la noticia por medio del ya aludido mecanismo de producción y simbolización de interpretaciones:

Sobre la oposición triunfó en este Congreso la concordia. Sobre los extremos de la ideología o de la política, la necesidad del diálogo. Por eso pienso que el encuentro, breve aunque magnificado por la prensa, tuvo un carácter simbólico. Fue como el último duelo entre hombres de otra era geológica a la que asistieron un poco maravillados y un poco escépticos, los hombres de una nueva era. En la noche, todo fue concordia en la inmensa cena de despedida... (50)

De esta manera, el denso entramado de información anecdotizada que pone en circulación Rodríguez Monegal convierte al Congreso y, metonímicamente al escritor

latinoamericano, en foco privilegiado de una reflexión cuya filiación liberal funciona en los límites del dogma y la parodia involuntaria. Dogma: porque el valor centrífugo asignado por la argumentación a conectores interpretativos como "diálogo", "concordia" o "independencia espiritual del escritor" terminan —por un efecto homogeneizador y abstracto— exasperando el sentido mismo del discurso. Y parodia involuntaria: porque muchas veces en el vértigo del proceso sublimador, el discurso liberal convierte el valor absoluto en fetiche (o grotesco) de sí mismo. El ejemplo más nítido: cuando en una suerte de metaforización hiperbólica del "diálogo" trascendente con los EE.UU., el "Diario del P.E.N." cuenta que la delegación latinoamericana hizo circular entre sus miembros el anillo de Henry James y, lo cuenta, como si a través de este ritual, se hubiera establecido una especie de contacto "de tercer tipo" con el escritor norteamericano ("Mientras me saco el anillo y lo devuelvo" —escribe Rodríguez Monegal— "pienso que simbólicamente ha quedado establecido ahora otro vínculo con James. El encuentro, el préstamo del anillo, las palabras constituyen una ceremonia. Carlos Fuentes se probará también el anillo y de alguna manera habrá pasado algo allí, en medio de las bromas y de las naturales exageraciones con que tratamos de asimilar lo inasimilable" [45]).

En el interior de un campo cultural hipersensibilizado por los efectos de la "Alianza para el Progreso" o los planes "Camelot" en Chile, "Simpático" en Colombia y "Job 430" en Argentina, la modalidad atípica que adoptó el XXXIV Congreso del P.E.N. Club actuó como disparador de una reacción en cadena cuyas consecuencias son aún hoy difíciles de determinar. A partir de junio de 1966 hasta mediados de 1967, la circulación vertiginosa de cartas y documentos acusatorios que desencadenó el P.E.N. puso en evidencia lo que muchos consideraron síntomas de un primer cisma intelectual latinoamericano. Enfrentamientos de este tipo normalizaron el uso de marcas personalizadas en la interpelación y tendieron a socializar la carta, un texto por definición privado. Esta modalidad persuasiva que la "disputa epistolar" Rodríguez Monegal-Fernández Retamar había puesto

de moda, vuelve ahora en 1966-1967 a hacerse notoria y lo seguirá siendo, pocos años más tarde, gracias al sonado caso Padilla.

En el número 38 (septiembre-octubre 1966), *Casa de las Américas* reprodujo una "Carta Abierta a Pablo Neruda" fechada en La Habana el 25 de julio de 1966. La carta, que había sido publicada anteriormente en el periódico *Gramma* (31 julio) y en *Marcha* (5 agosto), llevaba la firma de más de ciento veinte intelectuales entre los que figuraban Alejo Carpentier, Nicolás Guillén, Juan Marinello, José Lezama Lima y Roberto Fernández Retamar. Montada retóricamente para aleccionar y alertar antes que para polemizar, el documento evalúa, en primer lugar, los efectos políticos de la participación de Neruda en el P.E.N. En segundo lugar, enmarca históricamente la política de flexibilización norteamericana hacia Latinoamérica. Y, en tercer lugar, censura a Neruda por haber aceptado la condecoración Orden del Sol de manos del presidente peruano Fernando Belaúnde Terry. Es necesario subrayar, por último, que en la superficie de este texto —y de tantos otros que por entonces se produjeron en Cuba— Sartre aparece como modelo de conducta alternativo, como intelectual al que el texto aplaude por haber rechazado "una invitación a visitar los Estados Unidos, [y así] impedir ser utilizado, y dar además una forma concreta a su repudio a la agresión norteamericana a Viet Nam" ("Carta abierta a Pablo Neruda" 131). El peculiar entrelazamiento de categorías populistas, sartreanas y marxistas que coagula en el tono aleccionador de la carta, no alcanza a ocultar sin embargo las marcas del discurso denunciante que caracteriza la línea editorial adoptada por *Casa de las Américas* bajo la dirección de Fernández Retamar. De alguna manera, puede decirse que dicho denunciante anticipa —aunque en forma aún embrionaria— la crisis de hegemonía que afectará a Cuba a principios de la década del 70, y que precipita concretamente con el sonado caso Padilla.

La carta abierta y la proliferación de escritos y de gestos que circularon a cuenta y en contra del P.E.N., de Neruda y del culto al escritor y de su relación pública con el poder (o el "Príncipe"),

tuvieron un fuerte efecto polarizador y excluyente. En este caso (como en tantos otros), la polémica controló la producción del discurso sesentista y los textos así generados ejercieron una presión constante sobre las decisiones del público y de los intelectuales, llevando en muchos casos a estos últimos al límite de contradicciones ideológicas difíciles de sobrellevar.⁸ Sin ir más lejos, en sus memorias, el mismo Neruda recuerda el incidente de la carta abierta como una paradoja sin atenuantes:

El asunto era un ovillo, una bola de nieve o de malversaciones ideológicas que era preciso hacer crecer a toda costa. Resultaba siniestramente divertido recibir esos sobres tapizados con retratos de Franco como sellos postales, en cuyo interior se acusaba a Pablo Neruda de contrarrevolucionario.... En cuanto a mí, no he dejado de ser el mismo que escribió *Canción de gesta*. A través de él no puedo olvidar que yo fui el primer poeta que dedicó un libro entero a enaltecer la revolución cubana. (Neruda 1974, 446-47)

Acaso el análisis futuro de estos recuerdos malhumorados⁹ y de los testimonios que documentan el Congreso del P.E.N. sirva para repositionar el caso Neruda y para colocarlo en correlación y tensión simétrica respecto al caso Padilla (y con lo que este último actualmente significa en tanto momento de fractura para el discurso crítico del *boom*).

La doble crisis del modelo discursivo

Frente a la variable denunciante que encarnó *Casa de las Américas*, *Mundo Nuevo* eligió representarse en un discurso integracionista de tono moderado y ecléctico que evadió sistemáticamente la polémica verbal. Frente a la instancia colectiva —muchas veces anónima pero siempre colegiada— que definió la política del "nosotros" de *Casa de las Américas*, *Mundo Nuevo* fomentó la presencia dominante del yo; un yo que, actuando en doble representación del escritor y del lector, se constituyó en foco prestigioso, en principio individual, narcisista y reflejo de la producción calificada —vale decir, codificada— de enunciados. Frente a la crítica históricamente enmarcada de *Casa de las Américas*, *Mundo Nuevo* diferenció y especificó los

discursos secundarios, separando la crítica del acontecimiento, o la historia, de la literatura.

Resumiendo, puede decirse entonces que la primera época de *Mundo Nuevo* produjo un discurso crítico dirigido a controlar el referente por medio de una masa interpretativa, orgánica, ahistórica y autosuficiente. Trabajando en esta dirección, la revista adhirió al canon estructuralista, incorporó tecnicismos provenientes de la *nouvelle critique*, y explotó la seguridad epistemológica que encontró en el mito y en el lenguaje considerados—levistraussianamente—estructuras universales de sentido (Rowe). El afán de especialización discursiva fue, a todo nivel, una tarea consciente. Sistemáticamente alejada del tipo de crítica practicada por el *amateur* cultivado, *Mundo Nuevo* secularizó su producción, especializó el discurso crítico y tecnificó el uso de un lenguaje conscientemente codificado. Y a juzgar por los resultados no parece excesivo sostener ahora que, si históricamente el modernismo significó un paso importante hacia la profesionalización del escritor (como ya se ha señalado con insistencia), los años 60 representaron un avance paralelo en la profesionalización de la crítica latinoamericana. Al menos esto es lo que permite inferir la clara conciencia que *Mundo Nuevo* manifestó frente a todos aquellos aspectos que tendieron a favorecer la crítica como discurso autónomo y diferenciado.

Siguiendo los dictados de este afán de profesionalización, unidad y militancia en “la libertad de la cultura”, la política editorial de *Mundo Nuevo* cristalizó en una voluntad de independencia sostenida muchas veces más allá de lo creíble. Los límites de este voluntarismo no tardaron, por otra parte, en quedar rápidamente al descubierto: el destape protagonizado por el *New York Times* destruyó no sólo el mito de la libertad ideológica sino otros mitos tan valiosos, o más, como el que ligaba la revista al *boom*. La crisis fue evidente a partir del número 26 (agosto-septiembre 1968) cuando, alejado Monegal de la dirección y trasladada la administración al Buenos Aires del Onganiato, *Mundo Nuevo* comenzó a exhibir fisuras importantes en el repertorio de creencias que antes habían apuntalado el sólido aparato discursivo de su modelo pro-*boom*.

Factores de orden político contribuyeron también a acentuar la profundidad de esta brecha. A fines de la década del 60 una serie de “imprevistos” históricos—la invasión a Santo Domingo (1965), los golpes militares en Brasil (1964) y Argentina (1966), además de la matanza de Tlatelolco (1968)—contribuyeron a cambiar el humor triunfalista que dominó en Latinoamérica durante los primeros años de la década. El cambio de método que acompañó el avance de los militarismos parece haber jugado un papel decisivo en la reformulación del discurso de *Mundo Nuevo* y, en términos comparativos, se diría incluso que tuvo efectos tan perturbadores como los que provocó el alejamiento de Rodríguez Monegal de la dirección de la revista. La instalación de los gobiernos militares desvaneció el sueño de las clases medias latinoamericanas y, mientras las dictaduras escribían el epílogo del *happening* desarrollista, las clases medias purgaban su sentimiento de culpa y derrota sometiendo a revisión los presupuestos institucionales, culturales y políticos que habían alimentado la iconografía moral de la década (Monsiváis 1501-2). En esta suerte de “requiem prematuro” que clausuró el discurso celebratorio de los 60, el mito-*Mundo Nuevo* que defendía una cultura neutral, internacionalista y unificada fue uno de los primeros en sufrir los embates del descrédito.

El corte o la brecha que separa la primera época de la revista de la segunda tiende a profundizarse cuando el *boom* entra en escena. En realidad, el cambio de actitud que manifestó la revista frente a este fenómeno literario fue una divisoria de aguas nítida, tan o más transparente que la que trazó el cambio de patrocinadores de *Mundo Nuevo*. En el número 28 (octubre 1968), un artículo de Ignacio Iglesias abre el fuego y da por inaugurado el ataque frontal al discurso pro-*boom* que caracterizó la nueva tendencia adoptada por la segunda época. El texto, retóricamente construido para provocar adhesión o rechazo—gesto de ruptura por demás elocuente si se lo compara con el tono moderado y decoroso adoptado por las ediciones parisinas—, denuncia el autismo estetizante en que, según Iglesias, había degenerado la nueva novela latinoamericana, ex-niña mimada de la revista.

Junto al artículo de Iglesias, en el mismo número se publica otro artículo dedicado al tema: "Perspectivas de la actual novela hispanoamericana" de Iber H. Verdugo. De apariencia menos agresiva y más reposada que el de Iglesias, este artículo desliza, sin embargo, dos ataques directos al modelo discursivo institucionalizado durante la época parisina de *Mundo Nuevo*. En primer lugar, Verdugo censura los alcances prácticos y cuestiona la eficacia retórica del XIII Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana (y es fácil adivinar que detrás de la censura está impugnando el componente internacionalista del modelo anterior). Y, en segundo lugar, personaliza su ataque y desacredita la posición crítica liderada específicamente por Emir Rodríguez Monegal en dicho Congreso.¹⁰

La polémica iniciada por Iglesia se prolongó hasta el número 38 (agosto 1969) y fue la primera de una serie de polémicas que sirvieron para redefinir el nuevo espacio de participación que instituyó la segunda época de la revista.¹¹ Sistemáticamente el conjunto de artículos impugnadores a la estética del *boom* dirigió su batería ofensiva contra los dos pilares básicos del modelo literario sesentista: la "tecnología narrativa", por un lado, y la posición que ocupaba "la novedad" en el centro de su sistema valorativo, por otro. Los argumentos que se esgrimieron durante la polémica contra la nueva novela fueron, poco más o menos, estos dos: a) la pirotecnia verbal ahuyenta al público y sólo sirve para enmascarar el sinsentido, y b) la nueva novela ha pasado de moda y para muchos críticos, empezando por Iglesias, se trata de un juego definitivamente envejecido. En todo caso, estos ataques estridentes de la crítica hacen pensar que, si bien el neovanguardismo de los 60 había nacido del cruce exitoso entre confianza técnica y búsqueda de lo nuevo, hacia fines de la década este mismo programa parecía haber institucionalizado sus propios postulados y neutralizado (o agotado) los efectos ideológicos de su propia representación.

A pesar del "desorden afectivo" que interfirió el curso de las argumentaciones o del nivel *naïf* en que se desarrollaron muchas de las discusiones, diríase, sin embargo, que esta polémica apuntó a poner en crisis la antigua confianza en *la razón*

tecnológica. El desprecio por el valor de lo nuevo vino, por su parte, a sumar sus efectos desestabilizadores a la crisis ya existente en *la razón utópica*; y como consecuencia de este cruce, el estado de sobreexcitación con que la nueva narrativa había celebrado el "encuentro liberador" entre revolución literaria y vanguardismo utópico cedió lugar al "rito sin mitos" que caracterizó la práctica literaria de la generación inmediatamente posterior al *boom*. Lejos ya del optimismo celebratorio o de la exaltación técnica, la nueva generación puso en serio entredicho los alcances del modelo de modernidad prestigiado en la década de los 60. No sólo porque vulgarizó los espacios sacralizados por la novela experimental sino también porque supo moverse con igual facilidad entre la cultura estandarizada y la nostalgia del origen, entre el espacio del alfabetismo funcional desarrollista y el espacio político del dadaísmo de las dictaduras latinoamericanas. Fuertemente marcado por el nuevo contexto histórico, el discurso literario emergente a principios de los 70 trató de redefinir su propio estatuto de escritura, echando mano a reglas de producción que poco y nada tenían en común con las reglas vigentes durante los años 60 (Mudrovic 1993).

La nueva generación —a la que Leñero llamó "el mini-*boom*" (19)— pasó fugazmente por las páginas de *Mundo Nuevo*. Bautizados "los novísimos" por la mano paternal de Emir Rodríguez Monegal, el grupo hizo su entrada triunfal en el editorial del número 10 (abril 1967) sólo para circular, con ciertas intermitencias, durante un breve período de gracia. Alejado Monegal de la dirección de la revista, "los novísimos" fueron inmediatamente olvidados por *Mundo Nuevo* —una decisión que seguramente tuvo mucho que ver con el rechazo instintivo que la segunda época manifestó hacia todo lo valorado por la primera época.

"Los novísimos" de Rodríguez Monegal formaban un grupo selecto y vistosamente heterogéneo —i.e., Severo Sarduy, Manuel Puig, Néstor Sánchez y Gustavo Sainz— y si algo (más allá de la edad) unía a sus miembros, era el hecho de que todos habían sabido *naturalizar* la mitología predicada por sus mayores. Todos eran, por decirlo de algún modo, hijos pródigos del

internacionalismo estético, del utopismo tercermundista y del protagonismo cultural—tres marcas que, como ya se dijo en otra parte, no sólo definieron a la clase media emergente de la era desarrollista sino que también fueron referentes permanentes de la plataforma editorial de *Mundo Nuevo*.

A pesar de que la revista ejerció una suerte de “padrinazgo” inicial sobre el grupo, no puede decirse, sin embargo, que la historia del mini-boom o del *post-boom* esté contada en sus páginas. “Los novísimos” aparecen en *Mundo Nuevo* pero no están representados por ella, sencillamente porque produjeron un tipo de literatura que quedaba fuera de los alcances programáticos y normativos entrevistados por la revista. Esta incapacidad salta a la vista toda vez que *Mundo Nuevo* necesita enfrentarse a sus textos. De ahí que se pueda decir que el paso del ala púber de la nueva novela latinoamericana por *Mundo Nuevo* arroja balances casi siempre negativos: esta generación o fue excluida de las páginas de la revista (si nos atenemos a la segunda época), o no fue bien leída por ella (si pensamos en la primera época).

Y fue mal leída por la revista parisina porque Rodríguez Monegal evaluó el *post-boom* con los mismos paradigmas que había usado para medir al *boom*. Fuera de estos esquemas quedaba, sin duda, el gran trabajo con el estereotipo que llevó a cabo la nueva generación (una omisión que, desde nuestro punto de vista, parece imperdonable porque ahí radica justamente el gran “avance” del *post-boom* respecto a la estética del *boom*). Salvando las diferencias específicas, puede decirse que tanto Sainz, como Puig, como Luis Rafael Sánchez (e incluso, el mismo Sarduy), avanzan en esta misma dirección. Todos parecen “naturalizar” lo que, por definición o por práctica, el sentido común tiende a descuidar o a olvidar. Nada más difícil que apropiarse (como hizo esta generación) de los territorios del lugar común, esa especie de tierra de todos y de nadie. O de la oralidad y el flujo colectivo de los idiolectos urbanos. O de los ritmos regionalizados del cubano, el portorriqueño o la jerga de Colonia Narvarte. “Los novísimos” naturalizaron tan bien la escritura de “lo transparente” que la crítica tendió a leerlos mal

o, en el mejor de los casos, los consideró “espontáneos”. (Pienso, por ejemplo, en la reacción de Margo Glantz cuando en un texto clásico de la histórica crítica mexicana opuso “la Onda” al grupo que barthesianamente rotuló “la Escritura”, diferenciando de esta manera a “onderos” y “escritores” [1971].) Este es precisamente el error en el que reincide *Mundo Nuevo*: el criterio espontaneísta domina no sólo la mirada de Rodríguez Monegal (que en la entrevista a Gustavo Sainz [MN 22 [abril 1968] piensa que *Gazapo* se escribió con un grabador en la mano); sino también puede rastrearse en los prejuicios que salpican la percepción de Vicente Leñero en su artículo sobre la “narrativa joven de México” (MN 39-40 [1969]).

El vértigo de la modernidad, la explosión de las ortodoxias, los intensos cambios políticos y la reestructuración interna que afectó por entonces los cimientos mismos de la revista, parecen ser razones suficientes para explicar este déficit flagrante. No obstante, también se puede pensar que, más allá de las excusas coyunturales, la moral literaria de *Mundo Nuevo* no estaba preparada para sobrevivir al pasaje traumático que acompañó el cambio de décadas. Traspasado el umbral de los 70, la revista insistió en usar viejos códigos y viejos pactos de lectura, sin llegar siquiera a sospechar que “los novísimos” representaban un techo inteligible, incapaz de dar cabida a la misma receta literaria que en los 60 le había permitido acumular merecidos réditos simbólicos.

¹Hablo de discurso de matriz liberal en el mismo sentido utilizado por John King en su estudio sobre la revista argentina *Sur*: "Liberalism could best be defended by claiming it to be above or beyond politics, and reconstituting it in eternal terms and on a purely cultural level. Literature could demonstrate the superiority of art over life and set up an alternative tribunal against which events could be judged. Even in literature, however, an ideological filter worked: Marxists and fascists were excluded, as were many social and realist texts. There was no defence of these choices: standards were 'known' rather than defined" (199).

²"Al pie de la letra", la sección bibliográfica de *Casa de las Américas*, fue el espacio que la revista cubana privilegió para polemizar con *Mundo Nuevo*. A través de comentarios propios o citas extractadas de otras publicaciones latinoamericanas, la revista de Rodríguez Monegal se constituyó en objeto tópico de la sección desde el número 36-37 (mayo-agosto 1966) hasta el número 53 (marzo-abril 1969). A partir del número 45 (noviembre-diciembre 1967) las referencias a *Mundo Nuevo* perdieron continuidad, y desaparecieron por completo después del número 53 de *Casa de las Américas*. Sólo a título ilustrativo transcribo a continuación una cita directamente relacionada con la última denuncia de la lista propuesta. La misma aparece en "Al pie de la letra" del número 36-37 y evalúa la aparición de *Mundo Nuevo* en los siguientes términos: "La tarea de división y adoctrinamiento continúa y todo indica que con una creciente despolitización, se apunta hacia ese ideal de 'neutralización' que es la nueva forma de acción imperialista" (217).

³En el número 39 *Punto Final*, órgano editorial de la izquierda chilena, publicó una carta colectiva donde cuarenta y cinco intelectuales expresaban su "decidido repudio a los intentos de penetración cultural del imperialismo, expresados en sutiles tentativas de 'acercamiento' y en actividades de conciliación en el terreno cultural, que instituciones como el extinto Congreso por la Libertad de la Cultura y sus organismos dependientes y afines han efectuado y efectúan en el presente entre los intelectuales latinoamericanos. Denunci[ab]an, asimismo, las actividades de velado y eufemístico anticomunismo, de soborno y de oculta agresión cultural que escudados en el liberalismo anodino, en la desprestigiada idea de la independencia intelectual y en la supuesta imparcialidad, emprenden revistas como *Mundo Nuevo* en América Latina, *Preuves* en Francia y *Encounter* en Inglaterra. La presente

declaración atañe igualmente a los organismos que como el ILARI ... realizan, mediante depurada estrategia, actividades de infiltración cultural y de socavamiento ideológico, financiados directa o indirectamente por el Departamento de Estado, la CIA y Fundaciones imperialistas (Ford, Rockefeller, Fulbright y otras). Atañe también a las personas directamente vinculadas a estos intereses, como el crítico literario Emir Rodríguez Monegal, director de *Mundo Nuevo* y funcionario del ILARI, y a personas que colaboran, no obstante las continuas denuncias, en revistas, congresos o declaraciones organizadas y dirigidas por los organismos aludidos". (Ruiz, Sotomayor et al. 41)

⁴En una parte de su artículo, Fonet precisa: "Hoy el intelectual latinoamericano reivindica orgullosamente su responsabilidad política y social: ha pasado la época en que los modernistas volaban como águilas solitarias por encima de sus pueblos hambrientos. Nuestros intelectuales se insertan de nuevo en una tradición que desde Sarmiento hasta Martí, desde Montalvo hasta Mariátegui los señala como conciencias y vanguardias de la sociedad" (73). Queda claro que Fonet está perfilando un modelo específico de intelectual: frente al artista torre de marfil que propone *Mundo Nuevo*, prestigia el modelo de intelectual comprometido. Confróntese también Weiss y Frenk 85-88.

⁵Recojo aquí las categorías utilizadas por David Viñas para ilustrar el cambio de modelos que reconoce en la actitud pública de Cortázar (1984, 50).

⁶Confróntese con los distintos "viajes" a la metrópoli propuestos por David Viñas (1971).

⁷El XXXIV Congreso del P.E.N. Club recibió la siguiente cobertura en *Mundo Nuevo*: en el número 3 (septiembre 1966) aparece la transcripción del discurso inaugural de Saul Bellow y un extracto de *Newsweek* sobre el Congreso; en el número 4 (octubre 1966), Emir Rodríguez Monegal firma el "Diario del P.E.N. Club"; y en el número 5 (noviembre 1966) dedica su editorial al tema, transcribe la mesa redonda en la que participaron los escritores latinoamericanos bajo el título "Papel del escritor en América Latina" y publica "El P.E.N. Club contra la guerra fría", otra nota firmada por Rodríguez Monegal.

⁸Estas contradicciones se ponen de manifiesto, por ejemplo, en la carta que Augusto Roa Bastos escribió a Fernández Retamar a raíz del escándalo Neruda. En este texto, Roa Bastos alerta sobre las consecuencias negativas que puede tener un posible endurecimiento en los métodos cubanos de expansión cultural y establece las diferencias entre las literaturas producidas en el interior de estados revolucionarios y las literaturas producidas en países que están lejos de experimentar la revolución como un proceso integral. Presionado sin duda por la polarización del campo cultural, Roa Bastos se siente además en la obligación de explicar y justificar públicamente por qué colaboró en *Mundo Nuevo*: "... no estoy reclamando un bill de indemnidad o prerrogativas de tolerancia y privilegio para los que como yo, hemos incurrido sin mala fe en algunos de los descuidos o equivocaciones fustigados en la carta a Pablo; mi colaboración en *Mundo Nuevo*, por ejemplo. No voy a pretender ahora justificarla con argumentos que ya carecen de oportunidad, sólo puedo decirte, en mi descargo, que cuando Emir comprometió mi colaboración para esa revista, a su

paso por Buenos Aires, a fines del 65, no se había desencadenado aun la esclarecedora polémica que fue iniciada precisamente por ti" (136).

⁹El poema "Cuba, siempre" incluido en su *Incitación al Nixonicidio y alabanza de la revolución chilena* (1971) refleja asimismo su resentimiento hacia Fernández Retamar, responsable, según Neruda, de la idea que motivó la Carta Abierta:

Pienso también en Cuba venerada,
la que alzó su cabeza independiente
con el Che, con mi insigne camarada,
que con Fidel, el capitán valiente
y contra retamares y gusanos
levantaron la estrella del Caribe
en nuestro firmamento americano.
(Neruda 1971, 39-40)

¹⁰ Durante el Congreso, un joven venezolano interpelló al ex-director de *Mundo Nuevo*. En su artículo, Verdugo reproduce el diálogo y lo comenta en los siguientes términos: "—Yo les pido a los novelistas que me ayuden a descubrir la verdad. Yo les pido que me digan quién soy'. —Lea las novelas atentamente y verá cómo le ayudan en su problema', fue la respuesta sensata pero demasiado rápida de Rodríguez Monegal. Y la cosa pasó entre sonrisas burlonas y murmullos de desdén. Por eso nadie creyó al crítico político y por eso su palabra se perdió en el vacío" (80).

¹¹ Además de los artículos aparecidos en el número 28, el corpus de la polémica en torno a la nueva novela está constituido por los siguientes textos: el número 33 (marzo 1969) le dedica los artículos de Lora Risco, León y Ainsa; el número 34 (abril 1969), los artículos que firman Ladrón de Guevara, Guillermo de Torre y Pagés Larraya; el número 35 (mayo 1969) publica la respuesta de Ignacio Iglesias y el número 38 (agosto 1969) publica el último artículo de Vera Ocampo relacionado con la serie.

3. *Mundo Nuevo* y la revolución cubana

"You have to remember that *Mundo Nuevo* was launched at the hottest moment of the Cold War, the period immortalized in the early (and better) James Bond movies".

Emir Rodríguez Monegal. "El boom: A Retrospective". Interview by Alfred Mac Adam. Review 33 (1985): 31.

"By the time Monegal resigned in 1968 . . . it [*Mundo Nuevo*] was becoming the sort of magazine that Michael Josselson had wanted, a magazine of Fidelismo sin Fidel".

Peter Coleman. The Liberal Conspiracy. The Congress for Cultural Freedom and the Struggle for the Mind of Postwar Europe. New York: The Free Press, 1989.

¿Cuál fue el rol que *Mundo Nuevo* jugó en la Guerra Fría? ¿Cómo aparece textualizada su posición frente a Cuba? ¿Qué relaciones mantuvo con el primer exilio cubano? Son preguntas que hay que responder, sobre todo, si se piensa que en plena época de profetismos y de militancias literarias, el comportamiento de la revista fue llamativamente pudoroso: en lugar de aclarar de entrada su posición frente a la revolución, *Mundo Nuevo* prefirió eludir toda referencia política directa en un gesto que habla elocuentemente de la toma de decisión de signo negativo que definió su colocación en el campo.

La Guerra Fría fue —ya lo dijo Braden— una lucha que se peleó con ideas y no con bombas. De ahí que a veces resulta difícil deslindar el complejo paquete discursivo que se gestó al abrigo de estos años: un paquete donde la revolución cubana convivió con el boom, con sus intelectuales y donde, claro está, tampoco faltó la presencia ominosa de la CIA.

Entre los relatos que tejieron esta trama, Cuba fue, sin lugar a dudas, el centro que monopolizó la atención de la década. La eficaz política cultural que llevó a cabo la revolución terminó transformando a la isla en una especie de "Roma antillana" (la ocurrencia

es de Halperín Donghi) capaz de irradiar enorme poder de atracción, en especial, sobre aquellos sectores próximos al ala progresista de la *intelligentsia* internacional (Sigal 206-11). Una franja importante de la élite letrada (que el folklore de la época llamó *la gauche divine* [Barral 215]) estrechó filas en defensa de la revolución, y llegó a consolidar un frente unido de apoyo a Cuba (una suerte de “partido cubano” mundial, como dice Sigal [207]) que hizo las veces de fuente de legitimación y agente de propaganda externa al aplaudido proyecto revolucionario.

Eficaz hasta 1968, la cohesión del grupo empezó a resentirse después de los acontecimientos de Checoslovaquia (1968), y puede decirse que, en menos de tres años, agotó los espacios de negociación que antes le habían permitido alcanzar un acuerdo consensuado sobre Cuba. La cobertura sensacionalista que tuvo en la prensa liberal el caso Padilla (1971), por un lado, y el endurecimiento de la política cultural cubana que reflejó la *Declaración del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura* (1971), por otro, precipitaron el final de la prolongada “luna de miel” (la expresión es de Simone de Beauvoir) que el frente unificado de apoyo externo a Cuba tributó al mito revolucionario durante la mayor parte de la década.

Divididos en uno y otro bando, los intelectuales que poco antes habían sido “compañeros de ruta” participaron en un acalorado intercambio de cartas y declaraciones que ofició de epílogo a la aventura intelectual sesentista. “Policrítica en la hora de los chacales”, un poema largo de Julio Cortázar pudorosamente olvidado por la crítica, es quizás uno de los textos que mejor dramatiza el tono destemplado que erizó el momento histórico de la ruptura:

no me excuso de nada, y sobre todo
no excuso este lenguaje,
es la hora del Chacal, de los chacales y de sus obedientes:
los mando a todos a la reputa madre que los parió,
y digo lo que vivo y lo que siento y lo que sufro y lo que espero.

Dirigida a Juan Goytisolo y al resto de los colaboradores de la revista *Libre*,¹ la defensa de Cortázar a la revolución cubana debió

tener el mismo efecto arrasador que tuvo sobre la izquierda latinoamericana el discurso de Fidel Castro del 1° de mayo. En este texto de 1971, el líder cubano rompía su alianza con el frente externo de apoyo y prescindía formalmente de este órgano intelectual cuya creación había alentado en sus famosas *Palabras a los intelectuales* (1961).² Este discurso —así como diez años antes lo habían hecho sus famosas *Palabras a los intelectuales*— marcó un cambio de paradigmas en la política cultural cubana y dio por inaugurada una nueva etapa histórica que se caracterizó por el distanciamiento que impuso a la *intelligentsia* internacional (Rama 1971; Fernández Retamar 1971).

Pero en 1966 era todavía prematuro pensar en un desenlace de este tipo. A mediados de la década, el “frente único” de apoyo a Cuba —núcleo de integración y legitimación de la mayoría de los enunciados políticos de la época— formaba una trama ideológico-cultural sólida y sin fisuras, difícil de ignorar a la hora de repasar la historia intelectual de los años 60. Sus actividades incluían —según el recuento apretado de Ángel Rama— tareas de “difusión y propaganda en el exterior, robustecimiento de una línea cultural amplia en el interior, coparticipación en un frente único antimperialista y revolucionario que se aproximaba y a veces se identificaba con las tesis cubanas sobre la lucha insurreccional” (Rama 1971, 52). Desde las páginas de *Casa de las Américas*, *Marcha*, *Siempre!*, *La Rosa Blindada* o *Punto Final*, conocidos escritores latinoamericanos junto a intelectuales de la talla de Jean-Paul Sartre, Régis Debray, C. Wright Mills, Simone de Beauvoir o Marguerite Duras especularon sobre el destino sociopolítico de un continente inmerso en un contexto hipersensibilizado por la vigencia de estructuras dependientes. Con el auxilio de este prestigioso batallón discursivo, Cuba logró articular una red alternativa de opinión, capaz de competir con las agencias de prensa internacional en un momento en que ambas fuentes de información parecían haber entablado una lucha sin cuartel por apoderarse del control de la interpretación.

Hacia el interior del campo latinoamericano de los años 60, todos estos núcleos dadores de sentido —la revolución cubana, la ideología antiimperialista y el uso común del léxico marxista—

formaron una trilogía de fuerte poder de reconocimiento. El alto grado de representación y consenso que alcanzaron sirvió no sólo para unificar el campo semántico de la época sino también para hacer creer que, por primera vez en años, Latinoamérica había logrado acceder a la codiciada unificación política de su vasto espacio cultural (Sigal 210-11).

Acá, en este pico de identificación ideológico-discursiva con la causa cubana, se ubica entonces el lanzamiento de *Mundo Nuevo*. De la misma manera que, en 1971, en el otro extremo de este *continuum*, la desaparición de la revista coincide también con la estridente disolución que protagonizó el “frente único” de apoyo a la revolución.

“Notas sobre Cuba”: *Mundo Nuevo* tira la piedra y esconde la mano...

Después de las cartas que cruzaron Roberto Fernández Retamar y Emir Rodríguez Monegal en 1965, el artículo de François Fejtö sobre Cuba que apareció en el primer número de *Mundo Nuevo* debió parecer a muchos una confirmación de las denuncias originadas en *Casa de las Américas*. Para quienes supieron leerlas, las marcas presentes en “Notas sobre Cuba” (un artículo autobiográfico publicado en la sección “testimonios” [51-59]) resultaban suficientemente explícitas como para determinar la posición de resistencia y escepticismo que la revista adoptaba frente a la causa cubana.³

Los signos no podían ser más inequívocos. En medio del apoyo masivo a Cuba, *Mundo Nuevo* publicó en el número inicial un artículo que arrojaba “dudas metódicas” sobre el proceso revolucionario. Al hacerlo, la revista no sólo validaba los contenidos del “testimonio” que ponía en circulación, sino que, de la mano de Fejtö, tomaba distancia del apoyo incondicional a Cuba que profesaban los intelectuales alineados tras el “frente único” internacional.

Por eso “Notas sobre Cuba” asume de entrada el rol disruptor o, si se prefiere, el papel solapado de provocación o crispación ideológica

que la revista parece dispuesta a asignarle. En primer lugar, llama la atención los claros signos de filiación institucional que el artículo establece con el entonces desprestigiado Congreso por la Libertad por la Cultura. Fejtö es, según definición de Coleman, un “Congress writer” (194), y los libros y revistas que cita en el artículo así parecen confirmarlo: todos son, sin excepción, publicaciones editadas por el Congreso o por grupos afiliados al mismo.⁴ En la nota 4 del artículo (59), por ejemplo, remite a la lectura de *Censura contra las artes y el pensamiento*, y la sola mención de la versión española de *Censorship y Censure* (los tres órganos del Congreso por la Libertad de la Cultura [Coleman 192-93]) no parece extraña en un medio como *Mundo Nuevo*. Ignacio Iglesias, editor de *Censura* y antiguo jefe de redacción del desaparecido *Cuadernos*, también fue jefe de redacción de la primera época de *Mundo Nuevo* y, después del alejamiento de Monegal, pasó a ser secretario de redacción. Trayectorias como ésta fueron algo común dentro de la organización liberal y se diría que a través de ellas se refleja la política de préstamos y libre intercambio que rigió las relaciones de parentesco de las revistas del Congreso por la Libertad de la Cultura.

En segundo lugar, el artículo de Fejtö es profundamente disruptor porque se hace eco de las críticas que René Dumont dirigió al régimen revolucionario en *Cuba, socialisme et developpement* (1965). Siguiendo de cerca las figuras (ya tópicas) que construye este libro, “Notas sobre Cuba” no sólo resalta la diferencia entre Castro y el Che sino que también critica (junto a Dumont) los efectos de las nacionalizaciones, el centralismo, la “economía-reloj” y la cultura dirigida que atribuye a la administración cubana. Además, Fejtö insufla permanentemente autoridad a Dumont (por lo menos lo nombra diez veces a lo largo del trabajo), y justifica esta especie de devoción desbordante con las siguientes palabras:

Dumont ha logrado un conocimiento de la economía y de la sociedad cubanas que le califica para hablar de ellas con excepcional competencia. Dumont lo hace con un espíritu de amistad —¿cómo no querer a los cubanos, que a mi juicio es el pueblo más amable del mundo?—, pero también con la severidad del economista al que irrita la obstinación que los dirigentes ponen en no tomar en consideración

sus consejos ni los resultados negativos de los experimentos socialistas anteriores, los de la Unión Soviética y las democracias populares de Europa. (53)

Como se sabe, Fidel Castro consultó al agrónomo francés con cierta regularidad durante los primeros años del 60. Sin embargo, con el correr de la década, Dumont se distanció progresivamente de la revolución, primero, al exponer sus “errores técnicos” en *Cuba, socialisme et développement*, y después, en 1970, cuando atacó violentamente al régimen en *Cuba est-il Socialiste?* De colaborador, pasó a ser juez, censor, y una de las primeras defecciones internacionales que debió afrontar Cuba por entonces. En un momento histórico donde el grueso de los ataques a la revolución pasaban por la cuestión económica —eje que la década siguiente desplazaría hacia la órbita de los derechos humanos—, se entiende entonces por qué su nombre fue una carta de cambio valiosa en el tablero de la partida ideológica que se estaba disputando.⁵

Sobrecodificado hasta el límite de la reificación, Dumont fue una referencia asidua en todos los textos que se produjeron sobre Cuba. Previsiblemente aparece mencionado tanto en el *affaire Olive*, como en la autocrítica de Padilla, o en las confesiones de Jorge Edwards —tres casos que hablan claramente de la densidad que envolvió al proceso revolucionario en su conflictiva etapa de transición hacia los años setenta. Sin ir más lejos, ya en 1970, aparece jugando el papel de “agente de la CIA” en la dramatización del caso Olive que realizó la televisión cubana. Poco tiempo después, forma parte de la lista negra de personajes inculpados durante la autocrítica que protagonizó Heberto Padilla en 1971. Y, finalmente, en *Persona non grata* (1973), Jorge Edwards confiesa haber pasado los meses conflictivos de su estadía en Cuba leyendo con fruición todos sus libros (“una operación de crítica [a la revolución cubana] desde la izquierda que era la más combativa y ante los ojos oficiales, la más sospechosa” [70]).

En esta suerte de tráfico ideológico que a principios de los 70 intensificó la circulación de “Dumont” como marca registrada u objeto de lucro simbólico, resulta difícil encontrar textos que antecedan la promoción apologética que encara *Mundo Nuevo* en 1966. “Notas sobre Cuba” parece ser el punto muerto o el punto de

partida de todo el proceso, y por eso viene a ocupar un lugar pionero o vanguardista en más de un sentido. Diríase que, en la lucha estratégica por definir e imponer un sentido a Cuba, la revista parece haber jugado un rol *polarizador* de validación-invalidación —respecto a Dumont y a tantos otros casos que podrían asimilársele— que le permitió reconvertir o apropiarse de una parte importante del capital simbólico acumulado por la revolución. Porque más allá de decidir ahora si Dumont entró al flujo de *Mundo Nuevo* por haber caído en desgracia con Cuba, o si cayó en desgracia con Cuba por haber circulado en la red de validación de *Mundo Nuevo*; lo decisivo radica más bien en el hecho de que, después de la apropiación que llevó a cabo *Mundo Nuevo*, “Dumont” no pudo circular más como valor ideológicamente indiferente. Una vez que la revista exaltó su derecho técnico a poseer la verdad sobre Cuba, el mismo acto de validación derivó en la polarización inmediata de figuras y discursos. A partir de este momento, los documentos que se posicionaron a favor de la revolución no tuvieron más remedio que invalidarlo sistemáticamente al colgarle el sanbenito de “agente de la CIA”, mientras que los documentos ubicados del otro lado del espectro, aquellos que se escribieron en contra de la revolución, tendieron a validarlo (también sistemáticamente) tratándolo como “conciencia crítica, científica y autorizada”.

Además, hay que aclarar en este punto que, a pesar de lo que hace creer la superficie del artículo, el interés de *Mundo Nuevo* en Dumont no radica exclusivamente en el hecho de que el agrónomo francés fuera capaz de producir una suerte de hiper-verdad, es decir, una verdad doblemente legitimada por la moral y el saber. Para la revista, Dumont tiene valor por haber sido, antes que nada, una figura cercana a la revolución cubana. El éxito o la garantía del proceso de polarización que venimos describiendo depende, en gran medida, de la puesta en marcha de mecanismos de *expropiación* simbólica a través de los cuales *Mundo Nuevo* convierte en propios los valores de su otro-ideológico. Esto quiere decir que a la revista no le importa tanto el disenso *per se* sino explotar el plus ideológico que al acto de disentir adjunta el hecho de haber consentido antes. Dumont sería un ejemplo más o menos claro de este tipo de reconversión ideológica-discursiva. Neruda puede ser otro. Y,

como se verá más adelante, Cabrera Infante, junto a otros exiliados cubanos que se nuclearon en torno a la revista, también pasa a ser otro “trofeo” simbólico de *Mundo Nuevo*. Frente a la cuestión cubana, puede decirse entonces que la revista actuó como un caso típico de “contra-organización” copiando en este punto, aunque más no fuera “subliminalmente”, el modelo de organización utilizado por el Congreso por la Libertad de la Cultura (Coleman 47).

En tercer y último lugar, el texto de Fejtő cumple un papel disruptor porque, entre otros motivos, parece haber sido escrito con el fin específico de provocar o desencadenar polémicas. La retórica de “Notas sobre Cuba” corresponde a la retórica propia de los discursos doxológicos y, más estrictamente, al modelo de “panfleto moderno”, según la clasificación de *Trahison de Clercs* que propone Marc Angenot (49-51). Dicho de otro modo: el artículo de Fejtő no produce sus propios conceptos, adhiere más bien a una corriente interesada de opinión (o *doxa*) pero no lo dice, sino que prefiere mantener disfrazada esta afiliación detrás del lenguaje institucional que le provee la forma ensayo. El resultado es un discurso deliberadamente ambiguo, montado en base a la combinación contradictoria de datos, referencias y “ruidos” informativos que en total producen un efecto global de indecibilidad e imprecisión bastante acentuado. La potencialización de la duda que alienta el uso de esta suerte de “collage informativo” parece explicar también la preferencia que manifiesta Fejtő por una sintaxis cargada de construcciones adversativas, cláusulas hipotéticas y preguntas retóricas. Semejante “combustión” molesta definitivamente la legibilidad del texto. Y los corto-circuitos o las marchas y contramarchas que incomodan la línea argumental relativizan el sentido del texto a tal grado que, a la postre, resulta imposible atribuirle algún valor asertivo a los enunciados. Todos estos recursos aparecen exacerbados en el siguiente fragmento:

Fidel ha perdido indudablemente una parte del crédito de que disfrutaba, pero aún le queda. ¿Por mucho tiempo?... La originalidad de la revolución cubana *ha sido* y sigue en cierta medida siendo, la coexistencia del extremismo revolucionario con la ausencia de dogmatismo, con un cierto liberalismo y flexibilidad intelectual. Pero el desarrollo del centralismo burocrático en las esferas económica y social entraña el desarrollo de

actitudes totalitarias. ... *¿Conseguirá Fidel*, consciente, según se dice, del peligro, moderar el apetito del aparato? *¿Podrá frenar el desarrollo del stalinista-castrismo* la meditación sobre los fracasos del totalitarismo en la Europa oriental y los consejos de prudencia de los expertos rusos, checoslovacos y polacos? *¿O bien* las dificultades previsibles de la vida económica y la agravación del descontento, unidas a los efectos de un bloqueo constante, *reforzarán por el contrario* la tendencia a la rigidez y al sectarismo? *¿No corre Fidel el riesgo* de convertirse en una especie de Batista a contrapelo, de seguir el destino de Ben Bella, de Sukarno y de N'Krumah el Redentor? (59; los subrayados son nuestros)

Por un lado, el elevado grado de ambigüedad que destila el párrafo resulta proporcional a la gran cantidad de articuladores interfrásticos que obstruyen la linealidad del discurso y recargan el polo del desciframiento. Por otro, el uso del tiempo futuro en las cláusulas adversativas empuja (literalmente) la decisión del lector fuera del *continuum*-presente de la historia. Ambigüedad, por un lado, y proyección hipotético-sibilina del discurso, por otro, terminan al fin por converger en un punto incierto que aparece garantizando el éxito retórico de la “sugestión”, efecto con el que técnicamente lucra y se beneficia la ideología teleológica del texto.

Esta forma de textualizar “la actualidad” no es, sin embargo, privativa de Fejtő. Todas las estrategias que pone en juego el artículo de *Mundo Nuevo* (desde las técnicas de ambigüación hasta los mecanismos de ocultamiento, sugestión y persuasión) reproducen invariablemente reglas de producción de la realidad convencionalizadas a partir de los años 50 por el estilo periodístico de los “semanarios liberales” o “burgueses” (Enzensberger; Verón 1978).

Como enseñan los modelos discursivos representados por *Time*, *Der Spiegel* o *L'Express*, el discurso periodístico de *Mundo Nuevo* también enmascara el lugar de donde habla. (Por lo general la prensa liberal tiende a ubicarse más allá de toda ideología porque “lo típico del discurso de la ideología dominante es olvidar su propio lugar” [Guilhaumou 139].) Además, *Mundo Nuevo* también elabora una discursividad compleja, sintáctica y semánticamente sinuosa, que parece explotar la ambigüedad *per se* o, como escribe Enzensberger sobre *Der Spiegel*, “désorienté plutôt qu'orienté” (120). (El periodismo tradicionalmente llamado “serio” o “blanco” desprecia la formalización lineal o aspectual de la información

porque asocia este modo del relato con la prensa “amarilla” o “popular” [Steimberg, Verón 1969].) Por último, el periodismo liberal produce un discurso ambiguo porque, como fin último, aspira a satisfacer a todo el mundo. (“La construcción de un modelo ambiguo puede aparecer como el medio lingüístico para vencer la contradicción”, sentenció a propósito de esto Maldidier [Guespin 48].) Después del recuento apretado de estas reglas es posible que se tenga la impresión de que dichas condiciones generan ambigüedad no sólo a nivel de la producción sino también en el polo de la recepción. Pero no hay nada más inexacto. Lejos de provocar un efecto ambiguo, el discurso de *Mundo Nuevo* (y el de los medios periodísticos que comparten estas mismas características) “donne au lecteur l'impression qu'il est capable de réfléchir” (Verón 1978, 120).⁶

En realidad, a la sombra de estos modos específicos de producción, crecen y se reproducen las tres macro-supersticiones del periodismo escrito: la ilusión del referente (en cuya base arraiga el mito de la “información objetiva”), la ilusión de la verdad (eje del mito de la “independencia ideológica”) y la ilusión del sujeto (plataforma del mito de la “libertad de expresión”) (Altamirano/Sarlo 52-58). Por eso, si atendemos exclusivamente al *querer hacer* de los enunciados, es posible afirmar que el éxito de esta mitología liberal depende del cumplimiento de tres condiciones mínimas de recepción: 1) que el lector crea que la complejidad sintáctica propia del estilo liberal refleja o copia la complejidad de “lo real” (e imagine por lo tanto que este discurso está más cerca de representar la realidad que otros discursos); 2) que el lector crea que el discurso liberal se ubica más allá de toda ideología (e imagine por lo tanto que se trata de un discurso que habla en nombre de una verdad *a-priori*, políticamente desinteresada); y 3) que el lector confunda el espacio de ambigüedad con el espacio de decisión y transforme ese margen de participación en centro de complicidad ideológica (e ilusione por lo tanto que el discurso liberal permite la “libertad de juicio” o que le da derecho a elegir y a decidir). Cuando estas condiciones que afectan el polo del consumo se cumplen, la oferta de las revistas y semanarios burgueses logra satisfacer con sobrada eficacia las demandas simbólicas de un público que se identifica sin problemas con el

lector ávido e independiente que construye como blanco apelativo la prensa liberal.

Por lo demás, este diagnóstico no varía demasiado si, en lugar de una tipología centrada en los efectos de recepción, se aplica una tipología centrada en el *poder decir* de los discursos. Es decir, una tipología que intenta dar cuenta de *lo que pueden y deben decir* los discursos de acuerdo a la posición relativa que ocupan en determinada coyuntura histórica (Haroch y Pecheux). Teniendo en cuenta esta propuesta, no resulta difícil imaginar las presiones que debió sortear un artículo sobre Cuba para que se lo considerara “publicable” y pudiera incluirse sin demasiados riesgos en el primer número de *Mundo Nuevo*. Si la revista no quería sacrificar lectores de entrada y auto-condenarse a seguir los “pasos perdidos” de *Cuadernos*, “no podía” darse el lujo de atacar desenmascaradamente un proceso revolucionario que al momento del lanzamiento contaba con un consenso casi a prueba de contradicciones.⁷

A su vez, *Mundo Nuevo* “debía” tratar el tema en el primer número. El papel de agente polarizador que aspiraba desempeñar en el campo intelectual latinoamericano le impedía ignorar de plano el caso cubano o, en su defecto, inhibir la tendencia a apropiarse de este conflictivo paquete político. El artículo de Fejtő estaba llamado de antemano a fijar y a diferenciar posiciones desde el primer número. Por eso, más allá de cualquier práctica o técnica de simulación, “Notas sobre Cuba” ocupa el lugar típicamente disruptor que se destina a los enunciados de reconocimiento o individuación.⁸

Y de la mano efectiva de Fejtő, *Mundo Nuevo* salió sin demasiados preámbulos a embanderar la fórmula *Fidelismo sin Fidel*. Acuñada en 1961 por Michael Josselson (entonces director ejecutivo del Congreso y oficial encubierto de la CIA), la frase servía para definir el perfil político que años antes de su lanzamiento el Congreso por la Libertad de la Cultura pensaba proyectar sobre *Mundo Nuevo* (Coleman 193-94). Eran tiempos en los que Kennedy hablaba de una “revolución social pacífica” para América Latina, de modo que el *slogan* de Josselson, *Fidelismo sin Fidel* —ambiguo, tautológico y conceptualmente absurdo (como lo exige por lo general el éxito del género)— fue oportunamente traducido como “revolución sin

dictadura”, una frase subsidiaria sin duda de las demandas semánticas de los tiempos que corrían (Coleman 206).

La “civilidad liberal”, por un lado, y la conflictiva inserción de la revista, por otro, impidieron sin embargo que *Mundo Nuevo* adoptara (por lo menos durante su primera época) una posición de confrontación explícita con Cuba. Llamada a conformar estos estándares de condescendencia obligatoria, la retórica anfibológica del “manifiesto” de Fejtő fue una forma de ventilar las contradicciones entre lo que *Mundo Nuevo* “debía” decir y lo que “podía” en efecto ser dicho por la revista.

La misma contradicción subyace por otra parte en relación a la problemática afiliación “institucional” de la revista. Siendo una publicación del Congreso, *Mundo Nuevo* no puede decirlo abiertamente y debe por eso (a) parecer relacionada con el ILARI, una organización que, si bien no alcanza a borrar las marcas de este lazo fundacional, sirve sin embargo para mediatizar (e incluso hacer en muchos casos olvidar) los conflictivos vínculos ideológicos que la revista mantiene con el devaluado Congreso por la Libertad de la Cultura.

Lo cierto es que con el artículo de Fejtő ingresa desde el primer número de *Mundo Nuevo* todo el elenco mitológico del Congreso. A la trabajosa retórica de sugestión con la cual está escrito, se suma la explotación genérica que Fejtő lleva a cabo del “testimonio” (y, sobre todo, del principio empírico “el ojo cree en lo que ve”) y ambos recursos facilitan la entrada de los grandes mitos de cohesión liberal comunes a todos los frentes del Congreso. En “Notas sobre Cuba”, la posición anti-comunista coexiste con la voluntad de acercamiento a los Estados Unidos, y el principismo liberal (y sus ideologemas “censura”, “libertad” y “totalitarismo”) funciona al servicio de la imagen de un intelectual llamado a ser la conciencia crítica (y exterior) de la sociedad. Y completando este repertorio de tópicos: el artículo de *Mundo Nuevo* destina un lugar privilegiado a lo que (no sin cierta perversidad) Fejtő llama “los candidatos a la emigración” (56).⁹

La irrupción de *Mundo Nuevo* en el campo intelectual tuvo como consecuencia, entre otras cosas, la reevaluación de las pautas de reconocimiento y convivencia que hasta entonces regulaban las

relaciones entre los intelectuales latinoamericanos. Tarde o temprano, con mayores o menores trastornos institucionales, todos los agentes culturales se vieron en la obligación de reorganizar sus sistemas de referencias y tomar partido dentro del nuevo orden de jerarquías.

De acuerdo a las demandas de diferenciación que dictaba todo este proceso de polarización discursiva, *Casa de las Américas* salió nuevamente a denunciar a *Mundo Nuevo*. En el número 40 (1967), publicó un artículo firmado por Ambrosio Fornet donde trató de “des-ambiguar” las intenciones de *Mundo Nuevo* y despejar la retórica indecisa del artículo de Fejtő. En una típica operación de desenmascaramiento, *Casa de las Américas* buscó así eliminar cualquier imprecisión del enunciado contrario con el fin de evitar malentendidos en la recepción del discurso de su oponente ideológico:

A Mundo Nuevo no le gustan las revoluciones de ningún tipo —se nota incluso en el diseño de la revista, tan convencional como lo era el de *Cuadernos*— pero mucho menos las revoluciones profundas e intransigentes como la nuestra. En su primer número —una impaciencia que sabrán apreciar sus patrocinadores— *Mundo Nuevo* publica un extenso artículo del señor François Fejtő, bien conocido dentro y fuera de Hungría por su fariseísmo y su incurable nostalgia del pasado. No valdría la pena referirse a esas *Notas sobre Cuba*: son un resumen de todo el veneno que difunden por el mundo las agencias cablegráficas yanquis mezclado con los propios prejuicios e incongruencias del autor. (Fornet 71)

Con el paso del tiempo, las confusiones de primera hora tendieron a aclararse, al igual que tendieron a estandarizarse los sentidos políticos del nuevo orden interno. La ola de revelaciones periodísticas que siguió al destape del *New York Times* ayudó sin duda a despejar el confuso panorama interno. Pero lo que importa subrayar —más allá de todo esto— es que a partir de este momento el campo cultural latinoamericano experimentó un proceso gradual, aunque sostenido, de radicalización política que significó cambios ostensibles en la fisonomía de la década.

Violenta y públicamente enrolada en uno de los frentes de la Guerra Fría, *Mundo Nuevo* no tuvo más remedio que poner fin a la tibia retórica de ambigüedad que había propiciado la época de Rodríguez Monegal y durante su segunda época adhirió a una línea

anti-comunista y anti-castrista cuya decidida obviedad hizo prescindible el uso de cualquier técnica de simulación. Cuba, mientras tanto, tendió a su vez a radicalizar las líneas generales de su política externa, y después de 1968 (sobre todo, después del apoyo condicionado que Fidel Castro prestó a la invasión rusa a Checoslovaquia), buscó estrechar el horizonte de ortodoxia que dictaba la definitiva alineación cubana al frente pro-soviético.

Tan pronto como *Mundo Nuevo* definió su posición frente a Cuba y cesó de ambiguar su programa editorial (la radicalización y la alineación simétrica del campo cultural habían terminado por resolver sus contradicciones iniciales entre “deber decir” y “poder decir”), Cuba también abandonó el rol desenmascarador que a través de *Casa de las Américas* venía desempeñando con sistemática religiosidad desde mediados de los años 60. Obviamente, el reacomodamiento del campo político había producido también un desplazamiento simétrico en el tráfico de funciones discursivas y, de rebote, la nueva colocación de *Mundo Nuevo* vació de sentido la función denunciante que había estado “llenando” *Casa de las Américas* en el campo intelectual latinoamericano.¹⁰

***Mundo Nuevo*: Revista del exilio cubano**

Como sugirió la metáfora justa de Cabrera Infante, *Mundo Nuevo* fue, también, “un mar de pasiones y pensiones políticas” (1980, 90). Refugio de exiliados, la revista parisina (siguiendo en esto una vieja receta del Congreso) construyó una de las primeras (y de las pocas) imágenes orgánicas del exilio cubano que en la década del 60 había comenzado a desertar tímidamente del movimiento revolucionario. El rol cohesionador que lideró *Mundo Nuevo* en este área no pasó desapercibido para la izquierda latinoamericana. Desde *Marcha*, por ejemplo, Benedetti denunció el oportunismo histórico de la publicación y atacó violentamente las relaciones oficiales que la revista mantenía con el exilio cubano:

... conviene señalar que en algún repentino ascenso hasta la Gran Plataforma, o por lo menos en el intento de lograrlo, suelen intervenir espurios móviles políticos. Este es sin duda el caso de escritores cubanos del exilio, tales como Cabrera

Infante o Severo Sarduy, que no bien se apartaron de la Revolución Cubana encontraron fuerte apoyo en revistas directa o indirectamente vinculadas al Congreso por la Libertad de la Cultura, organismo, como se sabe, financiado en unas etapas por la CIA y en otras por la Fundación Ford. (Benedetti 30)

En manos de Fernández Retamar, la denuncia de Benedetti se transforma en verdadero libelo (la cita, si bien algo extensa, sirve no obstante para conocer la posición cubana que se ubica —redunda decirlo— en las antípodas de todo aquello que *Mundo Nuevo* valora, premia y consagra):

...Fuentes ... es una de las más destacadas figuras entre los nuevos escritores latinoamericanos que se han propuesto elaborar, en el orden cultural, una plataforma contrarrevolucionaria que en apariencia vaya más allá de las burdas simplificaciones propias del programa *Cita con Cuba*, de la Voz de los Estados Unidos de América. Esos escritores contaron ya con un órgano adecuado: la revista *Mundo Nuevo*, financiada por la CIA, cuyo basamento ideológico está resumido en el mentado librito de Fuentes de una manera que difícilmente hubieran podido realizar la pesantez profesoral de Emir Rodríguez Monegal o el mariposeo neobarthesiano de Severo Sarduy —los otros dos “críticos” de la revista. (146)

a) El caso Sarduy:

A juzgar por lo enconado del ataque, se diría que Severo Sarduy jugó un papel central en el relato del exilio, no sólo porque fue el nudo inaugural de esta trama, sino también porque fue uno de los agentes más activos de la misma. Para decirlo en pocas palabras, Sarduy fue una suerte de institución dentro de la otra institución que fue la primera época de *Mundo Nuevo*. A través de las páginas de la revista parisina, importó teorías, modeló gustos, promocionó a ciertos autores, impugnó a ciertos otros, tradujo obras, relacionó a críticos, artistas y escritores y arrasó con circuitos editoriales tradicionalmente impenetrables para otros novelistas jóvenes y extranjeros. Todo lo hizo más o menos silenciosamente, casi sin que nadie se diera cuenta, pasando desapercibido para el grueso de un público que siempre, como dice Borges, accede a la literatura como si accediera al último capítulo de una novela de la cual desconoce las páginas anteriores.

Gracias a Sarduy, *Mundo Nuevo* fue capaz de consolidar su propia “familia intelectual”. Constituida en torno al parentesco de

gustos y disposiciones que se dio entre Severo Sarduy, Octavio Paz y Juan Goytisolo, la familia nació apadrinada por la “revista de Emir Rodríguez Monegal”, aunque luego logró sobrevivirla, permaneciendo más o menos intacta a través de las páginas de *Plural*, primero, y de *Vuelta*, después de 1976. Las afinidades que unen a estas figuras y que justifican el tratamiento especial que las mismas merecen como grupo, son muchas. Los tres, sin ir más lejos, reconocen vínculos con la tradición de pensadores franceses no-conformistas de los años 30; los tres manifiestan preocupaciones erótico-teológicas parecidas; los tres consideran la intertextualidad como una forma alternativa de “intersexualidad” (o, dicho de otro modo, para ellos la escritura es la forma preferida del eros); los tres son, finalmente, seguidores-practicantes de una filosofía del cuerpo y del deseo que se remonta a la tradición teórica iniciada por *Critique* y potenciada más tarde por *Tel Quel*.

Recíprocamente, *Mundo Nuevo* jugó un rol fundamental en los procesos de constitución y consolidación autorial de Severo Sarduy. Sin exagerar es posible decir que las páginas de la revista hicieron las veces de verdadera plataforma de lanzamiento. Su firma aparece trece veces durante la primera época, un volumen de participación que sólo supera Emir Rodríguez Monegal. A lo largo de los dos años en que *Mundo Nuevo* se editó en París, Sarduy fue entrevistado una vez (*MN* 2 [1966]), publicó dos adelantos de su novela aun inédita *De dónde son los cantantes* (*MN* 5 [1966]; *MN* 16 [1967]), participó dos veces en diálogos colectivos junto a Rodríguez Monegal (en una entrevista a Ernesto Sábato y en una discusión con Tomás Segovia sobre Rubén Darío [*MN* 7 [1967]]) y dedicó el resto de sus colaboraciones a montar una suerte de *collage* crítico que le permitió recorrer un espectro cultural que va desde Góngora hasta Larry Bell, y pasa por Lezama, Marmori, el Budismo-Zen, de Chirico, Sade y Elizondo... (Todo este paquete de artículos luego fue recogido en forma de libro y, sin cambios, aunque sin dar crédito a su aparición original en *Mundo Nuevo*, constituyó *Escrito sobre un cuerpo* [1969].)

Pero, a medidados de 1966, cuando Emir Rodríguez Monegal entrevistó por primera vez a Severo Sarduy y decidió incluir este diálogo en el segundo número de *Mundo Nuevo*, el escritor cubano

era todavía futuro-absoluto, es decir, una figura-promesa casi en estado puro. Había publicado sólo unos poemas y algunas crónicas de arte en Cuba, la nouvelle *Gestos* (1962) y “Pages dans le blanc” y “Sur Góngora” en *Tel Quel*. De ahí que, a juzgar por estos datos mínimos, nada en 1966 (o muy poco) autorizaba el movimiento de inclusión y consagración que, sin embargo, lleva a cabo *Mundo Nuevo*. La entrevista hizo entonces las veces de carta de presentación, *curriculum vitae* disimulado y carta oficial (y oficiosa) de recomendación pública. En un típico juego de sustituciones simbólicas, Rodríguez Monegal intentó canjear el no-valor de este origen vacío por un lleno rebosante de sentido aunque este gesto voraz de llenado (en la entrevista Sarduy no cesa de nombrar “padres” prestigiosos: desde Lezama Lima a Cervantes, pasando por Borges, Philippe Sollers y Roland Barthes) termina, a la postre, por resultar un esfuerzo poco creíble. Porque lejos de desplazar la sensación de vacío dominante, la proliferación de credenciales que exhibe Sarduy tiende contrastantemente a poner en evidencia la doble inseguridad que proyecta su ubicación en el campo: inseguridad de méritos reales, por un lado, e inseguridad de éxitos individuales, por otro.

Pero, más allá del gesto de inclusión de *Mundo Nuevo* (inclusión que apuntaba a satisfacer la política de “descubrimiento” auspiciada por la revista), esta primera entrevista es fundacional antes que nada porque consolida y fija los perfiles propios de lo que podría considerarse “la mitología básica del autor”. Centrada en el problema del origen, del horror al vacío y de las metamorfosis, esta trilogía folklórica define de una vez y para siempre el *corpus* Sarduy (apareciendo luego insistentemente tanto en sus indagaciones pseudo-científicas sobre el cosmos, como en sus especulaciones críticas sobre el barroco o en varias de sus novelas, versiones o expansiones casi todas de un prolongado “curriculum cubense”). Por eso puede decirse que *Mundo Nuevo* “inventa” a Severo Sarduy. Es decir, apadrina la “fundación mitológica” del autor, lo inscribe dentro de cierto linaje prestigioso y permite, por último, su incorporación consagratória al flujo de las letras latinoamericanas.

Una parte importante de la entrevista que lleva a cabo Rodríguez Monegal está dedicada a *De dónde son los cantantes*, la segunda

novela de Severo Sarduy que en 1966 todavía permanecía inédita en español. El gesto de llenado al que aludíamos antes, actúa en este caso de manera proyectiva: si *Mundo Nuevo* no puede mostrar nada del Sarduy pasado, entonces no duda y trata de hacer promesas por adelantado. Lo curioso es que a partir del número 2, la revista construye en torno a esta obra particular un espacio atípico de recepción y expectativa que supera con creces la rutina promocional institucionalizada por Emir Rodríguez Monegal. Generalmente la primera época tendió a saldar sus cuotas de consagración con una entrevista al autor promocionado y el adelanto de la obra y, sólo en contados casos, dedicó un artículo analítico al texto que ponía en circulación. Este límite es, sin embargo, vistosamente superado por la artillería pesada que la revista descargó sobre *De dónde son los cantantes*. Además del extenso comentario que mereció la novela en la entrevista (*MN* 2 [1966]), *Mundo Nuevo* debió sin duda haber encendido la expectativa del público cuando salió a promover el segundo libro de Sarduy con un aparato publicitario constituido por: 1) un primer adelanto de la novela (*MN* 5 [1966]); 2) una reseña de Roland Barthes publicada antes en *La Quinzaine Littéraire* (*MN* 14 [1967]);¹¹ 3) un segundo adelanto de la novela (*MN* 16 [1967]); y, por último, 4) otra reseña de Claude Couffon que había aparecido previamente en *Les Lettres Françaises* (*MN* 22 [1968]).

En última instancia, los esfuerzos que *Mundo Nuevo* destinó a la novela superaron holgadamente los márgenes de la simple promoción editorial. Esto, al menos, sugiere Sarduy cuando, años más tarde, reconoció en una nota autobiográfica que *De dónde son los cantantes* había salido publicada en español gracias a los contactos y mediaciones de Rodríguez Monegal (Sarduy 1976, 10). La historia, poco conocida, podría resumirse de la siguiente manera: parece que después de publicar el primer libro de Sarduy, Carlos Barral se negó a editar la segunda novela bajo el sello de la editorial española (Sarduy 1976, 10). Probablemente la causa del rechazo haya sido la misma que motivó el aplauso de *Mundo Nuevo*: es imposible leer la tercera sección de la obra, “La entrada de Cristo en La Habana”, sin referir la escena a la entrada de Fidel en La Habana. Demás está decir que los resultados de esta lectura

alegórica (basada en la analogía Cristo=Castro) no dejan bien parada a la revolución—un riesgo que la editorial catalana, tempranamente identificada con la causa cubana y con el “frente único” intelectual, no estaba dispuesta a correr, por lo que se ve, si editaba la novela de Severo Sarduy. Además, se trataba de la obra de un exiliado cubano, un dato que en 1966 no podía descartarse ligeramente ya que actuaba sobre el conjunto enrareciendo todo el proceso.¹² Cuando Emir Rodríguez Monegal supo que Carlos Barral había rechazado el manuscrito y que *De dónde son los cantantes* “amenaza[ba] con hundirse para siempre en una gaveta” (Sarduy 1976, 10), intercedió activamente entre sus editores amigos y no paró de mover hilos hasta que consiguió ver la novela publicada en español. Al principio se la ofreció a Alejandro Losada pero la obra no convenció a la editorial argentina que condicionó su publicación a cambio de una serie de correcciones al manuscrito. Después, se la ofreció a Diez Canedo, director de Joaquín Mortiz, y a un viejo camarada de ruta, Benito Milla, emigrado español fundador de la Editorial Alfa, y director de la sede uruguaya del ILARI y de la revista *Temas*, otro órgano asociado a “la familia mundial de revistas” del Congreso por la Libertad de la Cultura. La decisión final —ya se sabe— favoreció a la editorial Joaquín Mortiz, sello mexicano que finalmente en octubre de 1967 sacó a luz la primera edición española de la novela. (“Emir Rodríguez Monegal invita a dos editores a tomar un trago en su casa” —recordará luego Sarduy— “se trata de una encerrona: los dos salen decididos a publicarme. *De dónde* aparece en México y antes en Francia” [1976, 10]).

b) *El caso Cabrera Infante:*

La historia de la sinuosa publicación de *De dónde son los cantantes* parece remitir a otra: a la historia de la no menos sinuosa (y simétricamente parecida) edición de *Tres tristes tigres*. Más conocida que su antecesora, el origen de esta última se remonta a 1964, momento en que la editorial Seix Barral adjudicó el premio Biblioteca Breve al manuscrito *Vista del amanecer en el trópico*. Por entonces Guillermo Cabrera Infante era diplomático de la revolución en la embajada cubana de Bruselas. La desvinculación

de Cabrera Infante se produce en 1965 aunque oficialmente la ruptura con Cuba no se formaliza sino hasta 1967: "Temprano en 1967, desde mis primeros artículos en *Mundo Nuevo*, recibí la noticia de La Habana de que mi permiso de reentrada a lo que había sido mi país no sería reconocido, aunque oficialmente no vencería hasta fines de ese año. La razón era que yo era corresponsal de *Nuevo Mundo* (antigua nomenclatura), revista reaccionaria pagada por el Imperialismo" (Cabrera Infante 1987, 41).

En 1966 Emir Rodríguez Monegal conoció (a través de Sarduy) a Cabrera Infante e inmediatamente lo nombró "corresponsal de *Mundo Nuevo* en Londres". En el número 14 de la revista, el exiliado cubano se burla desembozadamente de este título rimbombante al tiempo que señala sutilmente los rasgos de "pensión política" que tiene este trabajo disimulado tras semejante nominación:

lo más curioso de todo es que yo sea el corresponsal de *Mundo Nuevo* en Londres. ¿Por qué? Porque siendo un escritor que detesta escribir cartas, vivo en Londres y viviendo en Londres tengo que escribir cartas de Londres para poder continuar en Londres—y seguir escribiendo cartas de Londres. Un argumento *ad ovo*. *Litertim*. (1967, 45)

Antes de la publicación de *Tres tristes tigres*, en 1967, Cabrera Infante era (para usar sus propias palabras) "un verdadero exiliado pero no era un novelista" (1980, 13). Es decir, había roto con el régimen pero todavía no había publicado nada importante fuera de Cuba. A pesar de haber obtenido el premio Seix Barral, *Vista del amanecer en el trópico* no se había podido publicar en España por problemas de censura. Cabrera Infante inició entonces las enmiendas al manuscrito pero después de las primeras correcciones optó por reescribir la obra en su totalidad. La decisión se debió, en parte, a la censura pero, en parte también, a que después de 1965 había empezado a considerarla una obra "un poco sartriana" y, sobre todo, "un libro políticamente oportunista", favorable a una revolución con la que ya no comulgaba (1968a, 49, 50). *Tres tristes tigres*, libro en el que resultó la reescritura, no convenció sin embargo a Carlos Barral que no parecía dispuesto a publicar la novela debido a la nueva (y políticamente incómoda) condición de

exiliado que había ganado su autor en el *interim*. A los ojos del editor español el exilio de Cabrera Infante resultaba un obstáculo más arduo de superar que todas las interferencias impuestas por la censura franquista (Cabrera Infante 1987, 41). En 1967, cuando las negociaciones parecían haber llegado a un virtual punto muerto, fueron eficazmente destrabadas por Emir Rodríguez Monegal cuya decidida mediación ante la casa editorial catalana (tan oficiosa ahora como lo había sido en el caso de la segunda novela de Sarduy) hizo posible que la rezagada edición de *Tres tristes tigres* saliera finalmente de imprenta ese mismo año ("Su publicación española se debió en gran medida a Emir que, junto con Juan Goytisolo, persuadió al editor catalán que había premiado el libro cuando yo era diplomático y ahora que era exiliado quería olvidar el premio y el libro —y al autor naturalmente" [1987, 41]).¹³

Los dos casos, tanto el de Severo Sarduy como el de Guillermo Cabrera Infante, parecen autorizar algunas conclusiones. En primer lugar, diríase que *Mundo Nuevo* se perfila como una revista dispuesta a conceder un espacio especial al exilio cubano. (A la participación de Severo Sarduy y Guillermo Cabrera Infante, se suman las colaboraciones de otros exiliados cubanos como José Antonio Arcocha, Rolando Campins, Reinaldo Arenas, Mercedes Cortazar, José Mario [Rodríguez], Fausto Masó y Aquiles B. Iglesias Llauro.) Conscientemente o no, las pensiones políticas que otorgó la revista parisina seguían el modelo de la política de asistencia a refugiados comunistas que el Congreso por la Libertad de la Cultura había implementado a lo largo de la década de los 50. Tanto en aquella época como en los 60, la puesta en marcha de este sistema de becas políticas, de giras y de ediciones especiales tuvo al fin y al cabo una misma intención. Trató de consolidar un frente orgánico-militante capaz de darle cohesión al exilio y de prestarle legitimidad a sus reclamos políticos, evitando así los riesgos derivados de la integración, la disolución o la eventual neutralización política del exiliado (Coleman 34-35).

En segundo lugar, estos ejemplos permiten asimismo concluir que, dado el estilo de intermediación que practica Emir Rodríguez Monegal, *Mundo Nuevo* aparece institucionalizando *el favor* como economía de trabajo y método de validación y, más aún, como

recurso preferido de captación intelectual. "El favor es tan antimoderno como la esclavitud pero 'más simpático' y susceptible de unirse al liberalismo por su ingrediente de arbitrio, por el juego fluido de estima y autoestima al que somete el interés material" (García Canclini 1990, 74). En la superficie, *Mundo Nuevo* dice sobrevalorar la independencia ideológica y la cultura desinteresada y, en nombre de este mismo proyecto modernizador, promete entablar relaciones institucionales que, según nos hace creer, parecen decidirse exclusivamente en base a la correspondencia éxito-mérito, o trabajo-remuneración. Lo que *Mundo Nuevo* sin embargo no aclara (o prefiere callar) son los alcances reales o los resultados concretos que la revista debe a un método de relación y validación estrictamente ligado a la distribución del favor o del "servicio privado:" un estilo de acción cultural que no sólo está lejos de cumplir con las promesas de su proyecto modernizador sino que, por el contrario, sirve para fomentar y reproducir relaciones "antimodernas", viciadas por la dependencia, la excepción a la regla y el interés personal.

Los dobles estándares o el desfasaje entre lo que la revista promete hacer y lo que la revista en efecto hace, entre su política pública de promoción y su política *underground* de presión, entre lo que muestra y lo que oculta, no pueden sin embargo ser atribuidos sólo al discurso de *Mundo Nuevo*. En todo caso es un elemento constitutivo a todo discurso de matriz liberal porque, como bien recuerda García Canclini, "a los principios liberales no se les pide que describan la realidad, sino que den justificaciones prestigiosas para el arbitrio ejercido en los intercambios de favores y para la 'coexistencia estabilizada' que permite" (1990, 74).

Después que en 1967 Emir Rodríguez Monegal logró que Seix Barral publicara *Tres tristes tigres*, la química publicitaria que se desató en torno a Cabrera Infante transformó su imagen pública y de buenas a primeras lo convirtió a los ojos de Latinoamérica en lo que antes de la publicación del libro no había logrado ser: un "verdadero escritor" incorporado a la histeria consagratoria del boom. Sólo entonces Rodríguez Monegal entrevistó para la revista a su "corresponsal en Londres" (MN 25 [1968a]).

A diferencia del "diálogo" con Severo Sarduy, la entrevista a

Cabrera Infante trabaja a partir de una lógica estricta de glorificación. Para eso prescinde de la lectura genética (como *Mundo Nuevo* procedió con Sarduy) y apunta sólo a inflamar el costado del escritor asociado con el "éxito". El lugar de autoridad que le asigna el marco construido por Rodríguez Monegal a Cabrera Infante sirve para jerarquizar sus enunciados y hacerlos funcionar en un plano normativo que a primera vista resulta imposible descalificar. Desde esta posición de poder enunciativo, Cabrera Infante habilita una ideología estética que en líneas generales coincide con las concepciones sobre el ser y el deber ser de la literatura promovidas por *Mundo Nuevo*.

Concretamente, dice rechazar el realismo socialista, la ingerencia de la moral en la literatura, o cualquier intento que infiltre una dirección políticamente comprometida en su propuesta estética (1968a, 49). (En pocas palabras, Sartre es el foco que atrae las mayores iras de Cabrera Infante pero "la tendencia sartriana no en el sentido de *El ser y la nada* y *La náusea*, sino en el sentido de *¿Qué es la literatura?*, una literatura que quier[e] encontrar zonas de la realidad que sean ejemplares" [1968a, 49].) De acuerdo con uno de los sobreentendidos ideológicos más recurrentes de *Mundo Nuevo*, Cabrera Infante sostiene que el componente político debe ser obliterado de la producción literaria. De acuerdo con otro sobreentendido, tampoco acá Cuba aparece explícitamente como antimodelo aunque todo hace pensar que es la referencia topográfica "natural" del estándar literario que la revista rechaza.

De ahí que la línea que Cabrera Infante canoniza a través del repertorio de prescripciones resulta una línea conocida para los lectores de *Mundo Nuevo*: "Yo considero a la literatura ... como un fenómeno primeramente y últimamente literario" (1968a, 50); "la literatura debe exclusivamente tener que ver con la literatura. Cualquier otra preocupación es totalmente extra-literaria y por tanto, desde mi punto de vista actual, condenada al fracaso" (1968a, 49). A la hora que habla de ideologías literarias, Cabrera Infante promueve lo que *Mundo Nuevo* promueve y reprime lo que la revista reprime.

En todo caso resulta difícil decidir qué pertenece a Cabrera Infante y qué pertenece a *Mundo Nuevo*, sencillamente porque la

entrevista del número 25 es una “versión pública” del diálogo que Rodríguez Monegal mantuvo con Cabrera Infante en Londres. Pública, porque es una versión editada o recortada del original: en esta entrevista *Mundo Nuevo* cuenta sólo lo que la “moral” de la revista permite que pueda y deba contarse. Pública también, porque lejos de satisfacer la necesidad que tiene Cabrera Infante de hablar de sí mismo, la revista salda con sus enunciados satisfacciones de “interés general” atribuidas a la incierta figura apelativa que construye la dirección editorial (Molloy 176). “Había sido Emir” —escribe luego Cabrera Infante— “quien me aconsejó una y otra vez que atenuara mis críticas a Castro en todas partes. Cuando publicó nuestra entrevista dejó fuera muchas de mis alusiones y desilusiones” (1987, 41-42).

Las precauciones de Rodríguez Monegal no fueron, sin embargo, ni exitosas ni mucho menos duraderas. En julio de 1968, casi al mismo tiempo que sale el número de *Mundo Nuevo* donde aparece la entrevista, *Primera Plana* publicó “Las respuestas de Cabrera Infante” (1968b), un texto donde el escritor cubano hace explícitas por primera vez sus críticas a Castro y, al hacerlo, satisface sobradamente esas mismas “necesidades personales” que en vano *Mundo Nuevo* había reprimido en la versión pública de su entrevista.

De buenas a primeras, los exaltados comentarios de Cabrera Infante contra Cuba que difundió *Primera Plana* lo transformaron en el *primer escritor exiliado* de renombre que desertaba de las filas de la revolución cubana de manera pública y, si se quiere, bastante escandalosa. Salvando las distancias respectivas, la difusión que se dio a estas declaraciones convirtió a Cabrera Infante en una suerte de Trostky antillano.¹⁴ Y si bien este dato fue eludido (y elidido) durante la primera época de *Mundo Nuevo*, más tarde, en la segunda época, la revista sí se permitió tratar a Cabrera Infante como un caso explícito de expropiación simbólica. Sin necesidad de subterfugios, sin los disfracismos propios de la época de Monegal, el número 39-40 afirma lo que la revista hasta entonces sólo había dado por sobreentendido: “La defección de Caín es significativa dentro del proceso literario-revolucionario cubano ya que (exceptuando a Juan Arcocha) apunta la única deserción de un

escritor cubano de categoría que había estado previamente identificado con la Revolución Cubana” (Díaz 85).¹⁵

c) *El caso Lezama:*

Comparada con los casos Cabrera y Sarduy, la expropiación simbólica que afectó a Lezama Lima puso en juego otras técnicas y tuvo, por eso, otro perfil y otras características discursivas. En el número 2 —primera referencia a Lezama que aparece en la revista— Severo Sarduy lo presenta como contra-figura de Alejo Carpentier: “Yo creo” —dice Sarduy— “que su personalidad podría ser situada por antítesis: Lezama no es tal cosa o no es tal otra. Lezama no es Carpentier, por ejemplo. La obra de Carpentier ha disfrutado de un privilegio excepcional en Europa, y quizás inmerecido. Su obra (y creo que es lo peor que se puede decir de un escritor) merece un Premio Nobel. La obra de Lezama nunca merecerá un Premio Nobel” (Sarduy 1966, 23). La oposición entre Lezama y Carpentier —si bien aparece circunscripta al plano estrictamente literario— no puede sin embargo dejar de evocar las diferencias que caracterizaron las actitudes políticas de uno y otro escritor respecto a la revolución cubana. (Como se sabe, desde el inicio de la revolución hasta su muerte, Carpentier desempeñó distintos puestos en la cúpula castrista, a diferencia de Lezama que siempre ocupó un lugar marginal y, si se da crédito a las acusaciones recogidas en la autoconfesión de Padilla o en *Persona non grata* de Edwards, incluso, hasta podría decirse que fue una figura políticamente dudosa a los ojos de la dirigencia revolucionaria.)

A esta ubicación de por sí conflictiva deben sumarse además los efectos paradójicos que en 1966 tuvo la publicación de *Paradiso*. Según Emir Rodríguez Monegal, la obra de Lezama era “un libro maldito” para la revolución porque, como dirá más tarde, “[e]n momentos en que el Gobierno cubano había decidido la persecución de los homosexuales, su concentración en campos de trabajo y reeducación de la UMAP, Lezama Lima entrega una novela que presenta en forma directa y a la vez metafórica las actividades homosexuales de algunos de sus protagonistas” (Rodríguez Monegal 1975, 652). Tratando justamente de hacer explícita esta

contradicción, *Mundo Nuevo* leyó *Paradiso* enfatizando casi exclusivamente el componente homosexual que actúa en la base de la obra de Lezama.

El conjunto de ideologemas que la revista trató así de “metacomunicar” alcanzó muchas veces la dimensión de una verdadera cruzada literaria. Coincidiendo con las demandas anticanónicas que promovió la vanguardia sexual de los años 60, *Mundo Nuevo* habló extensamente de erotismo, machismo y travestismo, sin embargo, ninguno de estos temas despertó la misma fascinación mórbida que la revista irradió al hablar de la “filosofía homosexual” de *Paradiso*. En realidad, *Mundo Nuevo* fue uno de los primeros espacios en promover esta lectura y, a causa de ello, la entregó al público con el gesto típico de quien cree tener exclusividad sobre la verdad y se siente heroicamente solo a la hora de enunciarla. Cada vez que pudo, Emir Rodríguez Monegal se quejó de la conspiración de silencio que rodeaba a este tópico-tabú y aprovechó los números 12 y 16 para polemizar abiertamente con Mario Vargas Llosa (cercano por entonces a la causa cubana) con la excusa de que en una reseña aparecida en *Amaru* había omitido referirse “inexplicablemente” a este “aspecto central” de *Paradiso*.

Elusiva pero decididamente, con el estilo que caracteriza el mecanismo de expropiación que activa Lezama, el editorial del número de *Mundo Nuevo* dedicado al escritor cubano (MN 24 [1968]) destila la misma conciencia de soledad y el mismo heroísmo. En este texto, la revista vuelve a referirse con jactancia al “escándalo secreto” de *Paradiso* y no deja de aludir tampoco al silencio que guardan otros escritores comprometidos con la revolución debido a las asociaciones irritantes que, según sospecha, convoca el tema homosexual en relación a Cuba:

Lo que dicen esos primeros lectores no es siempre justo ni acertado. Pronto una cierta aureola de escándalo secreto se forma en torno de la obra. Es inútil que desde muy distintos ángulos, escritores como Julio Cortázar o Mario Vargas Llosa se esmeren en conjurarla. (“Un creador singular” 4)

En un gesto excepcional que por primera vez contradice la política de “diálogo” anunciada desde la “Presentación” de la revista, *Mundo Nuevo* sale explícitamente a atacar a Vargas Llosa

y Cortázar. Pero a diferencia de la publicidad que mereció su polémica con Vargas Llosa, la lucha por la “propiedad intelectual” de Lezama que la revista entabló con Cortázar tuvo un carácter mucho más elíptico, menos publicitado.

A mediados de los 60, Cortázar podía considerarse sin demasiados esfuerzos el representante virtual del escritor cubano en Latinoamérica. Cuando casi nadie conocía a Lezama fuera de Cuba, Cortázar le había dedicado la morelliana del capítulo 81 de *Rayuela*, había promovido traducciones de su obra en Europa y había asesorado de cerca la versión de *Paradiso* que en 1968 publicó Era en México. Sin embargo, el texto-promoción más exitoso que se le puede atribuir (ya que, en última instancia, fue el que consagró la novela de Lezama a los ojos del público latinoamericano) fue el extenso artículo que dedicó a *Paradiso* en *La vuelta al día en ochenta mundos* (1967), un trabajo que primero Cortázar pensó publicar en *Mundo Nuevo* pero persuadido por Fernández Retamar terminó cediendo a la revista *Unión de Cuba*.¹⁶ Es posible que el malestar de *Mundo Nuevo* con Cortázar haya tenido origen en este episodio inicial; como también es posible que haya ido creciendo con el paso del tiempo, atizado por la progresiva radicalización política del escritor argentino y su insistente negativa a colaborar en la revista.

Llamada acaso a competir con Cortázar en este terreno, la revista cedió a Severo Sarduy —otro “fanático” de Lezama— todo el espacio y el aparato necesarios para inaugurar otras lecturas posibles y estrechar así vínculos de “pertenencia” indiscutibles sobre José Lezama Lima. Por esta vía puso en marcha un proceso de apropiación que al cabo de algunos años no sólo consiguió borrar a Cortázar del mapa, sino que también logró hacer creer al mismo Sarduy que él era el protagonista central de este juego de sustituciones simbólicas: “creo que lo mismo que Bernardino Luini quedó en la historia del arte simplemente porque fue el primero en reconocer la grandeza de Leonardo Da Vinci ... yo quedaré” —llegó a decir Sarduy— “porque quizá soy uno de los primeros en haber publicado a Lezama en el exterior de Cuba y en haber reconocido su grandeza. Creo que soy un sacerdote de una religión nueva, occidental, que sería la religión Lezama” (Sarduy 1982, 19).

Conforme a las técnicas de ambigüación que desplegó la primera época de *Mundo Nuevo*, la "lectura homosexual" de *Paradiso* —ya lo dijimos— permitió a la revista dirigir la atención del lector hacia las contradicciones históricas del régimen cubano, sin afirmar o denunciar nada explícitamente. De esta forma, el "caso Lezama", legitimado por su origen literario —único espacio de enunciación públicamente autorizado por Emir Rodríguez Monegal— sirvió para desencadenar un juego de co-presencias que trajo a un primer plano de discusión las relaciones políticas entre censura y homosexualidad, entre silencio-verdad-y-escándalo.

La segunda época de *Mundo Nuevo*, en cambio, tiende a olvidar este principio de legitimación, y en sus páginas desaparece definitivamente todo rastro o prurito llamado a justificar literariamente los temas que aparecen en la revista. La militancia abiertamente anticastrista que abraza la revista a partir de 1968 exime a sus colaboradores de la doble obligación de mediatizar el referente político y enmascar discursivamente su oposición ideológica con Cuba. Sin la excusa literaria, los reclamos desviados o sutilmente alegorizados característicos de la primera época se transformaron en denuncias descubiertas durante la segunda época. Así, por ejemplo, lo prueba el testimonio de José Mario (*MN* 34 [1969]) en el cual el exiliado cubano relata el controvertido paso de Allen Ginsberg por Cuba. La conducta provocativa del invitado especial de *Casa de las Américas* en La Habana —en la breve estadía que terminó con su virtual extradición a Checoslovaquia, Ginsberg no sólo sugirió que Raúl Castro era homosexual sino que fantaseó públicamente con llevar a la cama al Che Guevara (King 120; Mario 50)— precipitó, por un lado, la renuncia de Antón Arrufat a la dirección de la revista cubana mientras justificó, por otro lado, el proyecto de radicalización política encarado por Fernández Retamar durante la nueva etapa de *Casa de las Américas*. A pesar de los profundos efectos que tuvo Ginsberg sobre el campo intelectual cubano, José Mario elude tratar el componente literario-institucional de la visita en su texto y estructura su testimonio exclusivamente como denuncia pública a la política de persecución contra los homosexuales. Enmarcando su relato "en esos días [en que] se sucedían en La Habana las depuraciones de

las Escuelas de Artes y la persecución contra los homosexuales tomaba un carácter inquisitorio y siniestro" (48), Mario atribuye al poeta norteamericano el siguiente mensaje a Castro:

Ginsberg le respondió que si él lo viera [a Castro] le diría que no continuase fusilando Que no persiguiese más a los enfermitos, pues estos representaban el caudal de sensibilidad del pueblo cubano, y permitiese la venta libre de marihuana, pues los médicos habían probado que era menos dañina que el alcohol. Y que no persiguiese a los homosexuales, porque, como le dijo su amigo el poeta Voznisenski, el comunismo era una cosa del corazón y él creía que el homosexualismo también, pues cuando dos hombres se acostaban contribuían a la paz y a la solidaridad. (49)

Como se ve, los códigos de comunicación que adopta la segunda época respecto a la cuestión cubana están lejos de repetir los presupuestos retóricos que apuntalaron el modelo ambiguo, voluntariamente apolítico y principistamente literario, que prefirió difundir Emir Rodríguez Monegal. A partir del número 26, *Mundo Nuevo* rechaza las estrategias de la receta literaria y sale a atacar a la revolución con una retórica explícita y militante.

En lugar de deslavar los núcleos de identificación y confrontación que funcionan en la superficie de sus artículos, la segunda época optó más bien por resaltar esos mismos componentes, convirtiéndolos en difusores o conductores privilegiados de ideología. El desplazamiento del polo cultural al polo político (o, del polo literario al sociológico) que acompañó el cambio de épocas impulsó también un cambio paralelo de códigos y de registros: la segunda época normalizó, por ejemplo, el uso del insulto, la denuncia y el anatema, tres registros que habían sido llamativamente desterrados de la primera época.

Al tanto del giro que quería imprimirse a *Mundo Nuevo* después de su alejamiento, Rodríguez Monegal criticó el programa de radicalización y aprovechó las mismas páginas de la revista para impugnar por adelantado los posibles alcances de este modelo. Los últimos números que dirigió le sirvieron así para atacar sin rodeos el "enfoque sociologizante" al que trató como una "vulgarización antiestética" subsidiaria de "consignas y catecismos" ajenos a las jurisdicciones que la revista había asignado a la literatura

(Rodríguez Monegal 1968a, 42). Éste fue el guiño cómplice (aunque retrasado y, si se piensa, también inocuo) que dirigió a un público culto, adiestrado en el consumo de las últimas tecnologías literarias —un público al que Rodríguez Monegal creyó de su lado y al que no dudó por eso enviar en signo de alianza este curioso *bill* de indemnidad.

Los temores por el destino de *Mundo Nuevo* que destilan las últimas entregas de Rodríguez Monegal, parecieron confirmarse cuando salió a la venta el primer número coordinado por Horacio Daniel Rodríguez (*MN* 26-27 [1968]). En una carta a Guillermo Cabrera Infante fechada el 24 de septiembre de 1968, sin inhibiciones ni falsos pudores, perdiendo la compostura que lo había caracterizado, Rodríguez Monegal comenta:

El nuevo *Mundo Nuevo* es una pifia que no leerán ni los lectores de pruebas. Qué triunfo para los Ramas, Fernández Retamar, Lisandro Oteros, Díaz Lastra y Julio (Gardel) Cortázar: que le saquen una revista incómoda de las manos sus propios enemigos y que le pongan ese supositorio tranquilizante a la conciencia siempre alerta y revolucionaria de la alerta y revolucionaria izquierda intelectual de América Latina. Lo que hice o traté de hacer en *Mundo Nuevo* era demasiado lúcido para este continente de beatas, maricas y revolucionarios. (1968b)

Obviamente esta carta, erizada de rencores y de injurias, parece indicar que ya han quedado decididamente atrás los días en que Rodríguez Monegal jugaba desde *Mundo Nuevo* a ser el representante de la “civilidad liberal” y en nombre de ella aconsejaba a otros moderación y pudor léxico.

Notas

¹“Policrítica en la hora de los chacales” apareció reproducido con algunos meses de diferencia en *Cuadernos de Marcha* 49 (mayo 1971), *Casa de las Américas* 67 (julio-agosto 1971) y *Libre* 1 (septiembre-octubre-noviembre 1971). En este texto, Cortázar rompe formalmente con los colaboradores de *Libre* debido a la activa participación que el grupo reunido en torno a la revista había tenido en la confección y promoción de las cartas públicas que circularon a propósito del caso Padilla. Como se sabe, Cortázar firmó la primera carta pero se negó a apoyar el segundo documento conocido como “la carta de los 62”. Muchos de los versos del poema enfatizan esta diferencia que funcionó, poco más o menos, como virtual divisoria de aguas entre un bando y otro: “... hoy me aparto para siempre del liberal a la violeta, de los que firman los virtuosos textos/por-que-Cu-ba-no-es-eso-que-e-xi-gen-sus-es-que-mas-de-bu-fe-te...”. Años más tarde, cuando Juan Goytisolo recuerda la aventura fallida de *Libre*, no oculta el malestar estético (y probablemente también ideológico) que después de 12 años aún le sigue causando este texto de Cortázar: “El autor sutil de *Bestiario* y *Las armas secretas*, ¿podía haber escrito aquellos versos ramplones y zafios, que merecían figurar por méritos propios en una antología ucraniana o uzbeka de los tiempos benditos del zdanovismo?” (22).

²El discurso del 1º de mayo de 1971 manifiesta la decisión oficial de replantear el lugar que hasta ese momento Cuba había ocupado en el espacio cultural internacional. En este documento de 1971, Fidel Castro rompe, por un lado, con el “frente único” intelectual mientras que, por otro, anuncia que en los setenta Cuba abandonará el rol simbólico de “Roma antillana” que había desempeñado durante la década anterior: “...a Cuba no la podrán volver a utilizar jamás ¡jamás!, ni defendiéndola. Cuando nos vayan a defender les vamos a decir: ‘No nos defiendan, compadres, por favor, no nos defiendan.’ ‘No nos conviene que nos defiendan,’ les diremos. Y desde luego, como se acordó por el Congreso, ¿concurritos aquí para venir a hacer el papel de jueces? ¡No! ¡Para hacer el papel de jueces hay que ser aquí revolucionarios de verdad, intelectuales de verdad, combatientes de verdad!” (119).

³En una carta dirigida a Rodríguez Monegal, Faustino Tejedor, lector del primer número de *Mundo Nuevo*, comenta en estos términos los efectos causados por el artículo de Fejtő: “...ese señor que escribe sobre Cuba, que disimule un poco, de lo contrario, le vamos a ver ‘la pata a la sota,’ como se dice en un famoso juego de naipes. Ciertas expresiones, como ‘castrismo,’ fueron inventadas por el llorado

Coronel Dubois, y han sido muy manoseadas por una legión de 'demócratas', como así también, ciertas ideas que exhibe el autor del mencionado artículo" (Tejedor).

⁴Peter Coleman llama a Fejtő "Congress writer" (194) no sólo porque publicó *La Tragédie Hongroise* bajo el auspicio de la organización sino también porque desde fines de la década del cincuenta, después de recibir parte de la asistencia que el Congreso por la Libertad de la Cultura destinó a intelectuales exiliados húngaros, Fejtő actuó militantemente bajo la esfera normativa de la institución (Coleman 134).

⁵Cuando en 1971 James Petras reseña el libro de Dumont, alude precisamente a este punto y llama la atención sobre los efectos irracionales que derivan de este proceso de estereotipización: "*¿Cuba es socialista?* ...ha suscitado gran polémica: la prensa burguesa presenta a Dumont como un socialista, experto en asuntos cubanos, que de simpatizante pasó a constituirse en un agudo crítico de la revolución, de sus dirigentes y del rumbo que está tomando. En la polémica reciente, cuyo eje ha sido el poeta cubano Heberto Padilla, Dumont será acusado por el mismo Padilla de agente de la CIA. Muchos piensan que éste es el criterio del gobierno cubano y que la acusación se basa en el libro de Dumont sobre Cuba. De allí que una discusión acerca de los méritos del libro, vaya más allá de meras consideraciones académicas" (Petras 28).

⁶Eliseo Verón habla de la paradoja que caracteriza a la prensa liberal en los siguientes términos: "Comment se fait-il que des règles de construction discursive comportant des ambiguïtés systématiques, des effacements de l'énonciation, et même parfois des articulations contradictoires, puissent donner lieu, au niveau de la réception, à une lecture rassurante, à une lecture qui à la fois donne le sentiment de comprendre (et même de comprendre mieux que lorsqu'on lit d'autres discours de la presse) et de ne pas être un récepteur passif?" (1978, 120).

⁷El archivo Rodríguez Monegal conserva algunas cartas que reflejan este intenso proceso de negociación previo. Entre los documentos que forman parte de la serie, llama especialmente la atención una carta de Emir Rodríguez Monegal (fecha el 21 de diciembre de 1965—momentos antes del viaje de Fejtő a Cuba). Esta carta incluye un informe sobre el estado del campo intelectual cubano que contiene una ubicación detallada de sus principales agentes: "En ce moment" —escribe Monegal— "il y a à Cuba une lutte souterraine entre les différents groupes qui représentent la littérature officielle révolutionnaire avec les deux tendances —Moscou et Pekin— et les autres groupes qui veulent donner une expression plus authentiquement révolutionnaire au sens esthétique du mot, ou qui veulent, je crois, se dédier seulement à la littérature. Je pense qu'en consultant les écrivains que je vous indique, vous verrez très clairement les différentes tendances d'aujourd'hui dans ce pays". En otra carta (fecha el 17 de marzo de 1966), Rodríguez Monegal enumera los cambios que va a efectuar al manuscrito de Fejtő, y después de comunicarle al autor la supresión de 4 páginas dedicadas al tema chino, escribe: "En bas de la page 27 de votre travail vous faites quelques considérations sur les problèmes des intellectuels cubains; je crois qu'il serait intéressant de parler de la persécution actuelle des homosexuels. Justement dans le numéro 23 de la revue *Partisan* il y a une discussion sur ce sujet". Huelga decir que Fejtő incorporó al artículo todas las sugerencias de Rodríguez Monegal.

Pero lo que interesa señalar en este punto es la temprana preocupación política que manifestó Rodríguez Monegal por el tema homosexual: la misma preocupación va a resurgir luego "excusada" o legitimada tras la pantalla literaria cuando *Mundo Nuevo* hable de Lezama Lima y de su novela *Paradiso*.

⁸El discurso de individuación o reconocimiento es aquel discurso que despliega particularidades ideológico-discursivas comunes a determinado grupo social. Este conjunto de componentes actúa como *summa* diferenciadora y garantía de cohesión permitiendo así que el enunciado en cuestión sea reconocido ideológicamente como propio por otro/s miembro/s del mismo grupo (Marcellesi y Gardin 231).

⁹Como ya se vio, el efecto de sugestión que promueve Fejtő busca proyectar el futuro histórico del castrismo fuera del continuum-presente. El resultado es más o menos previsible: Fejtő impulsa la idea de que la "normalización futura" de la revolución cubana copiará los pasos inevitables al destino stalinista. Es decir, la identificación Castro=Stalin funciona como homología estructurante y subterránea del artículo o constituye, en todo caso, un "presupuesto" evocado de manera más o menos automática por la ideología centrífuga del texto. Lo que interesa sin embargo señalar es que las admoniciones de Fejtő parecen potenciarse o maximizarse debido al efecto de co-presencia que generan los "Documentos sobre el caso Siniavski-Daniel" (90-97) ubicados sólo a unas páginas de distancia de "Notas sobre Cuba". Voluntariamente o no, las hipótesis proyectivas de Fejtő dan la impresión de refrendarse, resolverse o completarse (por asociación metonímica) con esta recopilación de documentos que registran la indignación occidental frente al caso de los dos escritores rusos que en 1966 fueron condenados por divulgar en el exterior obras literarias contrarias al régimen soviético.

¹⁰Esta lectura (que traba una relación de necesidad entre radicalización política del campo intelectual, "cese al fuego" cubano y cambio de retóricas en la primera y la segunda épocas) difiere sustancialmente de la lectura personalizada que difundió Emir Rodríguez Monegal sobre el tema. En la entrevista que Alfred Mac Adam le hizo para *Review* poco antes de su muerte en 1985, el primer director de *Mundo Nuevo* dice haber sido el blanco favorito (y único) de los ataques cubanos: "Oddly enough, the Cubans stopped attacking it [*Mundo Nuevo*] as soon as I left —I guess because they only objected to it as long as it was independent. I took that as a kind of voluntary homage to my editorship" (33). No es posible dejar de considerar el carácter "testamentario" (esto es, plena y públicamente justificatorio) que destila todo lo que dice Emir Rodríguez Monegal en esta entrevista de *Review*. A 20 años de distancia de su experiencia editorial (y a un año de su muerte), parecería que esta entrevista contiene sus "últimas palabras" sobre *Mundo Nuevo*. Dicho de otro modo, si hay algún lugar donde Emir Rodríguez Monegal difunde la versión pública que quiere ver cristalizada o canonizada sobre *Mundo Nuevo*, hay que pensar que es en esta entrevista de 1984. Frente a Mac Adam, Rodríguez Monegal se comporta como un memorialista político: se empeña en corregir la imagen que lega a la posteridad sin ocultar que detrás de este empeño protagoniza lo que atinadamente Gusdorf llama "una venganza contra la historia" (7).

¹¹En un gesto casi devoto, Severo Sarduy incluye la misma reseña de Barthes en la última edición de *De dónde son los cantantes* (1980).

¹²La historia es más o menos conocida. Después de recibir en 1960 de manos del gobierno revolucionario una beca para estudiar arte flavio en Francia, Severo Sarduy dice haberse "ido quedando" en Europa (Sarduy 1991, 36). Alrededor de 1964 sufre la suspensión del permiso cubano para residir en el extranjero y después de pasar dos años "sin papeles" termina aceptando la ciudadanía francesa.

¹³Es muy probable que la segunda edición de *Así en la paz como en la guerra* (1960) de Guillermo Cabrera Infante que lanzó Benito Milla ese mismo año en Editorial Alfa también haya contado con la mediación de Emir Rodríguez Monegal.

¹⁴El mismo Cabrera Infante parece fomentar esta asociación. Como se sabe, la muerte de Trotsky es el tema de las parodias de Bustrófedon en *Tres tristes tigres*. Además, la sola mención de Trotsky, figura especialmente revalorizada por la nueva izquierda durante los años 60, convoca la contra-figura de Stalin y ambas sirven para codificar el motivo ya clásico del traidor y del héroe, uno de los temas preferidos de "Caín".

¹⁵Poco antes de que apareciera este comentario de Díaz en *Mundo Nuevo*, *Aportes*, otra publicación del ILARI, recoge los siguientes comentarios de Juan Antonio Arcocha (que también, como Cabrera Infante, no sólo es exiliado sino también colaborador de *Mundo Nuevo*): "En esa entrevista de *Primera Plana*, Cabrera Infante arremete por primera vez contra el régimen de Castro. Hasta ese momento su vida estaba situada bajo la triple admonición joyceana 'exilio, astucia y silencio.' . . . Cabrera Infante comprendió que era necesario romper el tercer mandamiento. Yo aventuro que el contacto con otros escritores latinoamericanos que de tanto cazar arcoiris en el horizonte político, han quedado incurablemente cegados por el espectro del rojo debe haber contribuido en algo a su decisión" (65).

¹⁶En una carta a José Lezama Lima fechada el 28 de julio de 1966, Julio Cortázar dice: "quisiera publicar esta 'aproximación' a usted en alguna revista importante, pues será un camino más directo para el encuentro de muchos lectores con su obra. Le he escrito a Roberto Fernández Retamar para saber si sería posible hacerlo en *Mundo Nuevo*, revista que habíamos puesto entre paréntesis en la medida en que sus orígenes y su financiamiento nos parecían dudosos. Pero creo que las cosas se han aclarado un tanto por ese lado, y estoy esperando el parecer de Roberto para tomar una decisión; de ninguna manera quisiera colaborar (y sobre todo con un artículo referente a Usted) en una publicación que resultara dañosa para la causa de Cuba. Si no se puede contar con *Mundo Nuevo*, buscaré una revista importante en México, como *Diálogos*, o alguna de la Argentina" (Cortázar 198, 716).

4. *Mundo Nuevo* y los protagonistas del cambio social

"Sería importante que [el intelectual] fuese revolucionario (en todo sentido) pero nos conformamos con que no sea contrarrevolucionario".
Raimundo Ongaro (1973)

"Only an outsider can challenge the system".
Herbert Marcuse (1964)

"Años de calentura histórica", como los llamó Viñas (1984, 38), los 60 transcurrieron dominados por la fe en la revolución inminente. Las rebeliones estudiantiles, por un lado, y los movimientos de liberación nacional, por otro, inflamaron la onda expansiva del llamado "efecto eros" (Katsiáficas) y contribuyeron a aumentar la expectativa social en torno a proyectos de corte revolucionario —una tendencia que sólo dio muestras concretas de declinar después del golpe contraofensivo que dieron los gobiernos militares en la década del 70.

Mundo Nuevo asistió a este proceso no sin traslucir algunas contradicciones importantes en su infraestructura discursiva. Contrariamente a lo que prometía su programa inicial de adhesión y festejo a lo nuevo, la revista aplaudió las innovaciones sólo cuando afectaron el área de lo simbólico, del mismo modo que limitó el uso de palabras connotadas como "revolución" y "liberación" a la esfera exclusiva de los procesos literarios.¹ Menos flexible en lo político, a la hora de enfrentarse al problema del cambio social (uno de los temas más debatidos de la década), solo pudo hacer gala de un reformismo tibio, de aristas integracionistas, que debió parecer bastante mojigato y didáctico a los espíritus radicalizados de la época. Como respuesta a la explosividad del momento, *Mundo Nuevo* se refugió tras un mensaje de tono apaciguador que no logró sin embargo disimular el malhumor y la irritación que le causaba todo aquello que tuviera relación con el cambio.

Los dictados de este mismo exceso de cautela la hicieron abrazar el "discurso de la modernización" —un modelo de desarrollo que veía en el ejemplo norteamericano la proyección metafórica del progreso-ya-realizado y que creía que el ingreso de América Latina a la modernidad era la única salida "revolucionaria" al retraso económico de la región. Por sus coincidencias obvias con la Alianza para el Progreso, *Marcha* atacó el modelo, lo consideró "el correlato ideológico de un acelerado proceso de internalización de la dependencia" (Nun 21)² y secundó las críticas de la izquierda al informe que en 1969 Nelson A. Rockefeller escribió al presidente Nixon después de su controvertido viaje por veinte países de América Latina.³ *Mundo Nuevo* chocó muchas veces con el techo conceptual e ideológico que le impuso el mito modernizador, pero cuando la revista experimentó con más violencia los límites de sus propios esquematismos fue a la hora de definir posiciones frente a los agentes del cambio social, un tema recurrente en una época convencida de que el individuo no era objeto de la historia sino quien en verdad la iba haciendo.⁴

A fin de dar respuesta a esta preocupación —y a sus manifestaciones más explícitas: las luchas de liberación y las rebeliones juveniles—, los 60 tendieron a alejarse de la ortodoxia marxista y se abocaron a la tarea de producir interpretaciones más cercanas a "su" verdad o, por lo menos, a esa forma específica de verdad que prescribe la realidad histórica del momento. Los pensadores más influyentes de la década (piénsese en Marcuse, Fanon, Wright Mills o Althusser) negaron poder transformador al proletariado (por presentar signos inequívocos de "aburguesamiento") y, tomando debida distancia de Marx, reconocieron capacidad revolucionaria en aquellos sectores que habían sido dejados de lado por la izquierda tradicional. De esta forma, el lumpen-proletario y los estudiantes universitarios pasaron a capitanear la vanguardia política de la época y se convirtieron así en los "dueños virtuales" de la revolución sesentista.⁵

¿Cómo representó *Mundo Nuevo* a los dos "sujetos revolucionarios" de la época? Previsiblemente la revista ignoró la interpretación de la izquierda (que vio en las protestas y en las luchas

armadas el síntoma innegable de que el capitalismo había alcanzado los límites estructurales de su capacidad de desarrollo) habló de "la rebelión de las masas" y de "la rebelión de las élites" pero sólo para ensimismarse más aún en su propia ideología de la modernización. No se busque, por lo tanto, sentido social económico en el tratamiento de estos enunciados. No es éste que la revista se proponía. En su lugar, *Mundo Nuevo* aprovechó el tema de las revueltas para enarbolar el mito modernizador como si este discurso fuera el único referente de legitimidad imaginable.

El lumpen-proletario: Entre "la cultura de la pobreza" y los proyectos sobre marginalidad

Puede decirse que la imagen del lumpen-proletario que construye *Mundo Nuevo* se desarrolla en dos tiempos complementarios. En la primera época de la revista, la caracterización de este sector social gira casi exclusivamente alrededor de las ideas de Oscar Lewis y de su teoría sobre "cultura de la pobreza".⁶ En la segunda época, en cambio, la presencia de Lewis —dominante bajo la dirección de E. Rodríguez Monegal— deja de operar sobre *Mundo Nuevo* y la versión culturalista del lumpen cede lugar ante el avance de los estudios sociológicos —casi todos de tendencia estructuralista— que ahora son los encargados de arrojar luz sobre los sectores "marginados" urbanos.⁷

Este cambio de enfoques no supone, sin embargo, un corte radical entre una época y otra. Todo lo contrario: las dos lecturas se complementan no sólo porque comparten la atención por el mismo objeto de estudio, sino también porque reflejan el mismo "sentido de prevención social" frente al marginado. En tal caso, la diferencia más nítida a tener en cuenta reside en el cambio de contextos: mientras el humanismo de Lewis —determinante por otra parte en *Los hijos de Sánchez*— es inteligible en el marco de una Alianza para el Progreso aún prestigiosa,⁸ la desconfianza teórica que destilan los anál

sociológicos publicados en la segunda época reflejan, sin duda, los incómodos efectos que tuvo en América Latina el sonado Plan Camelot.

La "antropología de la pobreza" es una de las tantas interpretaciones que florecieron después de la revolución cubana para explicar los desequilibrios económicos y sociales que afectaban por entonces a América Latina. Oscar Lewis realiza una lectura predominantemente cultural de la marginalidad en la que evita, a pesar de las demandas de la época, incursionar en el terreno económico o político. Sin perder de vista la experiencia cubana, Lewis revisa las hipótesis de Marx y Franz Fanon sobre el *lumpen-proletariado*, y termina caracterizando a "los pobres" en base a criterios estrictamente culturales: "Los pobres en la cultura de la pobreza son provincianos, viven en función del contorno inmediato y poseen un menguado sentido de la historia..". (Oscar Lewis 1966, 39).⁹

Según se desprende de la cita, Lewis trabaja lo popular desde paradigmas de análisis a-críticos que terminan moralizando las diferencias sociales sin llegar a ahondar en las relaciones objetivas de clase. Muy raras veces "sus" marginados aparecen tratados como categoría económica y en estos pocos casos es para asociarlos a lo pre-moderno, es decir, a aquello que justamente la mitología de *Mundo Nuevo* rechaza y trata de abolir. De ahí que sea posible decir que "el pobre" le interesa a Lewis (y por extensión también a la revista) como espacio legitimador del macrorrelato de la modernización, pero le molesta en todo lo demás, básicamente porque ocupa el lugar de lo indeseado y de lo in-culto ("A fin de cuentas" —escribe Lewis— "la pobreza de la cultura es uno de los aspectos cruciales de la cultura de la pobreza" [1966, 41]).

El dispositivo que *Mundo Nuevo* pone en marcha para dar cuenta de lo popular funciona por omisión o descontextualización. La revista enumera las marcas de la diferencia y las cataloga, pero evita hacer referencia a la lógica que subyace en las relaciones sociales. A consecuencia de esto, la "cultura de la pobreza" aparece como "otra" cultura, totalmente opuesta a los valores simbólicos con los que Lewis se identifica y a los que

parece considerar, en un gesto universalizador típicamente liberal, códigos de identificación de alcances absolutos. Tal vez por esto, la sensibilidad frente al objeto que manifiesta Lewis no logra enmascarar del todo un gesto contenido de soberbia (y cuando uno lee sus textos tiene la sensación de leer entre líneas aquella frase que Geza Roheim solía poner en boca de los relativistas culturales: "usted es completamente diferente, pero yo lo perdono" [Citado en García Canclini 1985, 11]).

Frente a la fascinación por la antropología de Lewis que manifestó la primera época de *Mundo Nuevo*, los artículos sociológicos que aparecen en la segunda época delatan otras tutelas, denuncian otros marcos teóricos. Gino Germani —uno de los teóricos más influyentes del momento— es una presencia desbordante en todos ellos. Preocupado por el "cambio social" y tratando de dar con una fórmula eficaz para controlarlo, Germani fijó su atención en los procesos de industrialización y urbanización derivados de las políticas desarrollistas y destinó el grueso de sus trabajos a estudiar las migraciones internas, los cordones de pobreza urbanos y suburbanos y las distintas formas de marginalidad social (Verón 1974). Este modelo inspiró muchas investigaciones sociológicas sobre ese tipo particular de emplazamientos que en Uruguay se llaman "cantegriles", en Lima "barriadas", en Venezuela "ranchos", en Argentina "villas miseria", en Brasil "favelas" y en Chile "challampas". Tal fue el éxito de esta tendencia que no parece exagerado afirmar que las primeras promociones de sociólogos latinoamericanos se graduaron con una previsible tesis sobre marginalidad social.¹⁰

En relación proporcional, esta misma preocupación también se refleja en *Mundo Nuevo*. La revista dedica al tema de los cordones de pobreza tres extensos estudios sociológicos —"La favela por dentro" de Lucía Valladares (MN 29 [1968]), "El Buenos Aires de los 'villeros'" de Margot Romano de Tobar (MN 29 [1968]) y "Las migraciones de braceros bolivianos a la Argentina" de Edgar Avila Echazu (MN 30 [1968])¹¹— estudios que, de una manera o de otra, ponen de manifiesto el tremendo impacto que tuvo esta línea sociológica en la clase media universitaria. Subsidiarios del triple mito funcionalista que

creía en el “rigor científico”, en la “neutralidad política” y en el “objetivismo universal”, estos análisis tendieron a privilegiar los métodos empíricos, el muestreo de datos y las estadísticas y censos (Rivera 1987, 35). Sin embargo, el entusiasmo algo ingenuo en la “verdad” de los números no tardó en experimentar una profunda crisis de confianza. En 1965 el destape del sonado Plan Camelot —plan que dos años después fue amplia aunque atípicamente reseñado en el número 9 de *Mundo Nuevo*¹²— vino no sólo a desprestigiar la versión funcionalista de la sociología, sino que además atizó la paranoia natural del intelectual latinoamericano, impulsando a muchos sociólogos a abrazar las teorías de la dependencia por entonces en boga. Este giro inesperado transformó a la sociología en objeto codiciado de la ambigua retórica de la Guerra Fría y desató una ola de denuncias que se prolongó más allá de los años 70.¹³ En el artículo que publica *Mundo Nuevo* sobre el Plan Camelot, Nisbet alude a esta desconfianza gigantesca que minó todos los espacios imaginables de la producción sociológica (*MN* 9 [1967]:78-94); desconfianza que vuelve otra vez a reaparecer en el número 41, en un artículo de Joseph Hodara, donde el autor denuncia agriamente la “crisis de legitimidad” que afecta a la sociología y hace especial hincapié en la “explotación teórica y emocional” en la que desemboca el “parasitismo político” de la que la disciplina es objeto (*MN* 41 [1969]: 25-31).

En retrospectiva, puede decirse entonces que, bajo la tutela teórica de Oscar Lewis, la primera época de *Mundo Nuevo* dirigió sobre los sectores subalternos una mirada ahistórica, de tinte humanista y tono ciertamente moralizante. En contraste, la segunda época, acostumbrada a juzgar y a prescribir antes que a producir nuevas imágenes o a recibir en herencia imágenes ya cristalizadas, prefirió borrar los rastros de Lewis de las páginas de la revista y se lanzó a definir los grupos desplazados con un registro propio, de tono pseudo-científico, no exento de algunos matices folklóricos. A pesar de que estos cambios de paradigma pueden rastrearse en la superficie de los trabajos, la diferencia entre ambas épocas, entre ambas perspectivas, no pasó de ser, sin embargo, sólo una diferencia de grado. Tanto en

el primer período como en el segundo, los artículos que hablaron de “los pobres” procedieron más o menos de la misma manera: primero, “recortaron” (literalmente) sus objetos de estudio del contexto social, luego absolutizaron los componentes inmediatos de los casos analizados y, por último, infirieron— a partir de los rasgos anteriores —el lugar social y el destino histórico de las clases populares. En otras palabras, toda vez que *Mundo Nuevo* trató de pensar “la marginación” y quiso predicar algo acerca de ella, cayó invariablemente en una suerte de ingenuismo de orden empírico o, para decirlo con García Canclini, actuó “como si conocer fuera aglomerar hechos según su aparición ‘espontánea’ en vez de construir conceptualmente las relaciones que les dan su sentido en la lógica social” (1990, 12).

Mundo Nuevo y el discurso reformista

El espacio que *Mundo Nuevo* dedicó a los estudiantes universitarios —el otro gran protagonista histórico de la década— es llamativamente mayor en relación al lugar que la revista destinó al lumpen-proletario. El abrumador peso que las revueltas estudiantiles tuvieron en la colección (el tema aparece por primera vez en el número 2 y sigue apareciendo invariablemente en todo el *corpus* hasta el último número)¹⁴ refleja el pico de participación histórica que los estudiantes universitarios alcanzaron durante los años 60. “De la misma manera que las epidemias medievales” —llegó a escribir Octavio Paz— [la espontánea universalidad de la protesta juvenil] no respeta ni las fronteras religiosas ni las jerarquías sociales” (1968b, 229). Sin embargo, el tópico invadió la revista no sólo porque en los 60 fue un tema obligado, sino, antes que nada, porque involucró tres “nodos-base” de su iconografía discursiva: 1) la clase media desarrollista; 2) la universidad como espacio natural y ritual de autoafirmación social y política de las élites; y, articulando ambos, 3) el macro-discurso liberal que aplaude el saber como trampolín al progreso indefinido.

La pregunta que surge, entonces, es más o menos obvia:

¿Cómo narra *Mundo Nuevo* un tema en el que arriesga tanto capital simbólico sin la perspectiva de ganar demasiado?

En líneas generales, puede decirse que en los años 60 circularon en América Latina dos versiones dominantes que intentaron dar cuenta de los movimientos estudiantiles. La primera de estas líneas interpretativas vio en las rebeliones juveniles la continuación de los ideales reformistas y, en base a este vínculo, consideró la Reforma Universitaria de los años 20 como un “partido de contornos borrosos que no teniendo ficha de afiliación ni programa electoral podía, empero, contar sus partidarios e identificar a sus adversarios, nombrar a fieles y traidores” (Sigal 74). La segunda versión, en cambio, fundó su mito unificador en la Revolución Cubana, y alrededor de ella formó una suerte de “partido cubano” fuera de Cuba capaz de incorporar al “campo de la revolución [a] toda una gama de partidos que proliferaron desde 1960 y [a] intelectuales sin partido” (Sigal 207). Ante estas dos opciones, *Mundo Nuevo* elige narrar los movimientos estudiantiles desde los moldes retóricos de la primera, la versión reformista. Salvo algunas referencias marginales que resultan poco significativas, la revista excluye (sistemáticamente) la última línea interpretativa — una línea cuyos modos de representación tipifican más bien las formas propias del discurso que adoptó la nueva izquierda latinoamericana.

A pesar de la centralidad avasallante que los discursos estudiantiles y las tesis juvenilistas de Marcuse, Sartre y Wright Mills asignaron al modelo revolucionario cubano, *Mundo Nuevo* funciona por omisión, borrando llamativamente la serie cubana del mapa de sus referencias socio-políticas. En su lugar, los artículos que analizan los movimientos estudiantiles privilegian el mayo francés o eligen enmarcar el sentido histórico de las rebeliones sesentistas dentro de la tradición de la Reforma Universitaria de los años 20. De esta manera, al desplazar a Cuba como referente y empujar la interpretación hacia la salida reformista, *Mundo Nuevo* buscó destrabar la continuidad que la nueva izquierda había logrado establecer entre movimientos estudiantiles y procesos revolucionarios. Para decirlo en pocas

palabras: frente a la opción “Reforma o Revolución” —los dos polos que organizaron el sistema de exclusiones de la época— *Mundo Nuevo* desplegó una estrategia de conservación y subsistencia y ubicó su discurso decididamente del lado de la reforma.

La decisión se explica por sí misma. El movimiento reformista de los años 20, con sus preceptos básicos de co-gobierno y autonomía universitaria, y su “mesianismo optimista” de “autoafirmación generacional” (Ciria 1971, 12), constituía un referente en todo compatible con la moral pública de la revista. Aceptable desde este punto de vista, el reformismo adolecía, sin embargo, de un grave vicio de fondo: no era eficaz porque en los 60 había dejado de ser sencillamente una clave interpretativa verosímil. Al igual que el discurso de la modernización, la Reforma Universitaria atravesaba una aguda crisis terminal que la había transformado, poco más o menos, en un rito al que pocos reconocían como forma de identificación discursiva (Sigal 74-5). Además, se trataba de un discurso unificador de alcances restringidos sólo a América Latina, por lo que resultaba un referente insuficiente (pretensioso o poco creíble) para dar cuenta de los movimientos universitarios propios de los países centrales.

En *Mundo Nuevo* los límites retóricos de la fraseología reformista quedan varias veces al descubierto sobre todo porque, cuando esto sucede, se producen zonas de vacío o *credibility gaps* que exigen ser saldadas rápidamente desde la enunciación. En el número 26-27, por ejemplo, Ciria sostiene que los postulados reformistas se han “repetido en forma sorprendentemente similar en las universidades estadounidenses desde la explosión de Berkeley —1964— hasta la ocupación de la Universidad de Columbia en abril de 1968” (1968, 117). Sin embargo, inmediatamente debe reconocer que “este precedente casi resulta desconocido para los propios dirigentes estudiantiles y la comunidad académica” (Ciria 1968, 117). De manera similar en el número 34, volumen especial dedicado a los movimientos estudiantiles, Sanguinetti recurre al efecto de co-presencia para probar la “alarmante coincidencia” que guardan muchas

frases de Deodoro Roca, principal dirigente reformista argentino, con las "anotaciones murales que los estudiantes de París, sin conocerlo, inscribieron veintiséis años después de su muerte" (Sanguinetti 1969, 42). Y a sólo unas páginas de diferencia, Ana María Portugal, en otro artículo, hace alarde de una puerilidad sin límites al afirmar: "Cedemos un poco a la fantasía y nos damos el lujo de pensar que ha repercutido el grito y también el ejemplo. Nos sentimos un poco pioneros. Modestamente precursores. La rebelión estudiantil la hemos exportado nosotros, los subdesarrollados" (Portugal 23).

La universidad: Santuario vs. barricada

Pero más allá del valor histórico del antecedente y de las coincidencias voluntaristas que el modelo reformista delinea en la superficie de *Mundo Nuevo*, las condiciones de emergencia de los movimientos estudiantiles de los años 60 distan de parecerse a las condiciones que dieron origen a los movimientos reformistas de los 20. Mientras la reforma luchó por la democratización de las universidades, en los 60 el eje de discusión cuestionó, más que nada, la inserción institucional de la universidad en la estructura socio-económica general (Portantiero 16). Tradicionalmente concebida como espacio de segregación destinado a seleccionar y promover a las sucesivas generaciones de las élites nacionales, la universidad masificada de los 60 estaba lejos de ofrecer la misma imagen institucional: ni representaba un signo de *status* político, ni podía garantizar la subsecuente instancia de ascenso social. Al poner en evidencia el desajuste entre oferta y demanda de mano de obra calificada, la universidad latinoamericana de los años 60 reflejó la crisis que afectaba al sistema de estratificación económica y puso en serio entredicho su capacidad de premiar aisladamente a un letrado ahora indiferenciado de las demás estructuras sociales.

Esta puesta en jaque de la imagen promocional de la universidad (conocida en otros contextos como "proletarización del profesional") explica la disponibilidad de la masa estudiantil

para la protesta y perfila al universitario como uno de los protagonistas de la crisis sesentista —crisis que, para más datos, muchos consideraban indicadora del estado terminal en que se hallaba el liberalismo pedagógico (de ahí el visible malestar de *Mundo Nuevo* cuando trata de evaluar el problema).

En medio de procesos enrarecidos por la radicalización política y la desinstitucionalización del intelectual, la línea normativa que adoptó *Mundo Nuevo* tendió a defender la imagen (vistosamente desvalorizada) de una universidad entendida como: 1) "partera de la modernidad", 2) promotora del desarrollo tecnológico y 3) defensora del mito liberal que cree en el ascenso social del profesional independiente. "La Universidad en un país subdesarrollado no difiere sustancialmente de la que existe en cualquier país industrializado", escriben Margarita Suzán Prieto y Gabriel Careaga Mediana en el número 8:

La Universidad en una sociedad industrializada representa el principal instrumento de cultura, de investigación y de estímulo para las nuevas creaciones y los descubrimientos. El papel de la Universidad en un país en vías de desarrollo es doblemente importante ya que no sólo responde a esos intereses y necesidades, sino que es también la institución que prepara a los cuadros que habrán de dirigir a la sociedad. (Suzán Prieto y Careaga Mediana 74)

Básicamente el modelo percibe a la universidad como institución controladora de los mecanismos de distribución y apropiación del "saber" (y entiéndase que acá la palabra "saber" no se usa como equivalente de conocimiento abstracto sino aparece formando sistema con el poder o, lo que es lo mismo, articulando relaciones sociales y económicas de dominación). Y si bien en el diseño del perfil institucional que *Mundo Nuevo* propone siguen vigentes tanto el sueño tecnológico como la imagen promocional y elitista, llama la atención la insistencia con la que los autores señalan que la función de la universidad "no difiere sustancialmente" en países desarrollados y en los subdesarrollados. En este texto, el (sin duda) curioso "topos de la coincidencia" tiene una función instrumental, sirve para ubicar teóricamente el modelo propuesto por la revista. Gracias a esta marca, los autores aproximan su modelo al modelo de

universidad defendida por el funcionalismo de Seymour M. Lipset —una línea interpretativa que en los 60 compitió por dominar los centros de poder con el modelo de universidad “nacionalista” defendida mayoritariamente por la nueva izquierda continental.¹⁵

En otro nivel, digamos también que formaciones léxicas del tipo “sociedades subdesarrolladas” o “en vías de desarrollo” asocian el modelo propuesto a la teoría de la modernización, alejándolo visiblemente de posiciones subsidiarias de la teoría de la dependencia. A pesar del descrédito que rodeaba al mito modernizador después de los fracasos de las políticas desarrollistas y de experiencias fallidas como la Alianza para el Progreso, *Mundo Nuevo* insiste, acá también, en debatir el problema universitario en términos del desarrollo tecnológico y de los vínculos que la institución universitaria traba con las respectivas economías nacionales. Los esfuerzos de la revista en esta dirección son doblemente significativos, sobre todo, si tiene en cuenta que la utopía tecnológica no tenía buena prensa por entonces. Como señala Terán, los años 60 significaron un clivaje de la teoría de la modernización a la teoría de la dependencia —un cambio de modelos que recolocó “el eje del problema no en el desarrollo técnico sino en la cuestión política que demandaba la ruptura con el imperialismo y con la propia burguesía nacional que, si en la primera versión era la protagonista del cambio, se había revelado incapaz de liderarlo y ahora, abandonada su vocación nacional, debía ser reemplazada por otros actores sociales” (1991, 121). En pleno auge de la teoría de la dependencia, resalta aún más el gesto estridente de exclusión y diferenciación en el que persiste la revista.

“Literariamente la categoría de enemigo es una posición de lectura” —comenta Piglia— “Se trata de borrar un texto inútil” (37). Y el tema universitario resulta a todas luces paradigmático. Al negar las claves de interpretación dependentista, *Mundo Nuevo* no sólo desplaza la Revolución Cubana para vaciar los movimientos estudiantiles de los 60 en los moldes juvenilistas que ofrece la Reforma Universitaria de los años 20; sino también insiste en promover el triple mito funcionalista que cree en una

universidad cuna del saber neutro, “partera de la modernidad” y ghetto de futuras élites dirigentes. En el camino, queda olvidada la serie que forma la Revolución Cubana, la teoría de la dependencia y el discurso antiimperialista —una serie que, si bien se mira, se ubica exactamente en las antípodas de la trilogía que *Mundo Nuevo* defiende: Reforma Universitaria + teoría de la modernización + funcionalismo.

Definiendo al estudiante como sujeto

“Los estudiantes universitarios están situados en la última etapa de la adolescencia. Liberados de las responsabilidades del adulto, y dependiendo económicamente de los padres, la sociedad los considera en muchos sentidos adolescentes irresponsables y, por lo tanto, les permite la violación secundaria de algunas leyes” (Suzán Prieto y Carega Medina 78). Partiendo de esta cita del número 2, puede decirse que la figura del estudiante universitario representa un cono de sombra decididamente obsesionante para *Mundo Nuevo*. Tanto ideológica, como social y jurídicamente, es un signo de interrogación, un sujeto inclasificable. En el límite de todo código y fuera de toda legalidad, los distintos análisis tienden a reservar el espacio de la ambigüedad *per se* y al tiempo que la revista da forma a esta categoría no inteligible, el estudiante aparece semantizado como zona social y discursiva típica de la confusión y el riesgo.

Resulta interesante ver cómo, en muchos casos, *Mundo Nuevo* clasifica “técnicamente” al universitario y logra avanzar en este proceso de “desclasamiento” o “ambiguación” recurriendo contras-tantemente a una tecnología de orden, aislamiento o control. El uso más o menos rutinario de la forma genérica del inventario, la bibliografía comentada o los reportajes plagados de una retórica seudocientífica (lo que en otro contexto, Foucault llamaría “tecnologías del poder”) ayudan a *Mundo Nuevo* no sólo a disciplinar el fenómeno estudiantil, sino también a legitimar técnicamente su inclusión en la categoría de lo socialmente indeterminado. Casi todos los artículos que tratan de dar cuenta

del tema organizan su materia en base al conjunto de preguntas que *Mundo Nuevo* reproduce en el número especial dedicado a los movimientos estudiantiles. Propuesta por Richard J. Walter en *Student Politics in Argentina* (1968), la lista de preguntas recuerda inevitablemente los formularios sociológicos tan de moda en la época:

1) ¿Cuáles son las edades y las características socioeconómicas de los dirigentes estudiantiles?; 2) ¿Qué factores han otorgado influencia política a los estudiantes?; 3) ¿Han existido vinculaciones entre los partidos políticos nacionales y las organizaciones universitarias?; 4) ¿Qué influencia ha ejercido en el pensamiento y la acción estudiantiles los profesores, los dirigentes políticos y los intelectuales?; 5) ¿Qué porcentaje de la juventud universitaria participa en actividades políticas?; 6) ¿Ha tenido el movimiento estudiantil una tendencia política definida?; 7) ¿Cuál ha sido la relación entre el tipo y calidad de la educación y la actividad estudiantil en política referida a los problemas nacionales? (Ciria 1969, 45-6)

Un esquema similar a éste estructura los artículos de Suzán y Careaga (*MN* 8 [1967]), Bourricaud (*MN* 26-27 [1968]), Portugal (*MN* 34 [1969]) y Sergio Luján Silveira (*MN* 34 [1969]). Este procedimiento clasificatorio, junto con la ilusión seudocientífica que el mismo pone en marcha, recuerdan sin duda los modos de apropiación discursiva desplegados por *Mundo Nuevo* frente a ese otro sector de confusión y riesgo social que en los 60 representó el lumpen-proletariado urbano o, para usar la categoría de Oscar Lewis, la franja marginada de “la cultura de la pobreza”. Sin embargo, en uno u otro caso, la estridente puesta en marcha de este aparato taxonómico, lejos de despejar la zona de incertidumbre discursiva y normalizar a los sujetos sociales en cuestión, parece obrar por contraste, segregando y señalando las marcas de la “anormalidad” por medio del uso de un lenguaje cargado de tecnicismos y de jerga psicoanalítica.

Estos abruptos mecanismos de “medicalización” que controlan la producción del sentido son, por cierto, los que garantizan el efecto sensacionalista de tono seudocientífico del que tantas veces se vale la revista para calificar y/o clasificar al movimiento estudiantil.¹⁶ Una forma de sensacionalismo seudocientífico o ingenuismo tecnológico es en la que cae, por ejemplo, Sanguinetti

cuando habla de “parricidio” (1969, 43) para caracterizar el eje en torno al cual gira la contestación estudiantil. Otro ejemplo: el texto de Suzán y Careaga que después de “clasificar” a los jóvenes en “universitarios de derecha” y “universitarios de izquierda” concluye:

Una y otra manifestación ideológica crean jóvenes neuróticos, divididos entre una educación religiosa y formal, una vida personal llena de prejuicios sociales, sexuales, morales, etc., un mundo hostil lleno de trampas, una enajenación de valores anticuados y obsoleta, y un panorama teórico, rico en compensaciones intelectuales pero difíciles de llevar a la práctica. (78)

No menos “medicalizada” o “sensacionalista”, por otra parte, resulta también la interpretación que ensaya Bourricaud del movimiento estudiantil francés al que primero percibe como un “inmenso psicodrama” (13),¹⁷ y a continuación considera un caso típico de “contra-censura” (esto es, según sus propias palabras, un mecanismo por medio del cual “el yo se sustrae provisoriamente al control del super-yo [y del principio de Realidad] para abandonarse a las delicias de la regresión” [10]).¹⁸

Al adherir a un diagnóstico “patológico” de los sectores estudiantiles, *Mundo Nuevo* no sólo tiende a absolutizar el valor negativo de los extremos, también aparece estrechando cada vez más los márgenes de legalidad que define su pacto con las élites. Esto, que a simple vista parece enfrentarnos a una estrategia de exclusión más, puede considerarse sin embargo parte del efecto del complejo proceso de radicalización y desinstitucionalización que a fines de los 60 afectó a la sociedad en general y al intelectual en particular. Progresivamente, la franja letrada se alejó de los aparatos estatales unas veces, o fue expulsada otras, y pasó a engrosar núcleos cada vez más numerosos de oposición pública. Disentir se puso de moda. Todos los discursos prestigiosos, desde la dialéctica de la negación de Adorno hasta la teoría crítica de Marcuse pasando por la arqueología foucaultiana (que tan bien alegoriza el campo semántico de la época), monumentalizaron el valor moral de la contestación y se auto-representaron como discursos de resistencia. La figura del

intelectual pasó a ser sinónimo de disidencia y con esta marca controló uno de los centros locutivos simbólicamente privilegiados por la mitología de los años 60 y 70.

El estudiante: Objeto teórico del delito

A medida que avanza la marginación y la auto-exclusión del sector intelectual, la revista tiende a culpabilizar al estudiante y a convertirlo en objeto teórico del delito político. Reposicionado por el nuevo sistema discursivo de los 60, el universitario fue sistemáticamente incriminado por cierto sector de la esfera pública. El cambio no pasó desapercibido para *Mundo Nuevo* que en el número 49 comenta: "Desde [la intervención de la Universidad de Buenos Aires en 1966] los problemas pedagógicos parecieron convertirse en problemas policiales, y entraron en la órbita del Ministerio del Interior" (Sanguinetti 1969, 6).

Testigo de este desplazamiento, *Mundo Nuevo* añora al "estudiante-promesa liberal" cuya desaparición resiente como una zona exclusiva de la pérdida o la nostalgia. El que en otro tiempo fuera portador de la fe en la educación y el progreso se transforma poco a poco en foco infeccioso y víctima del mismo sistema de base mitológica-liberal que en estado de crisis elige segregarlo sin miramientos. Con esto, el campo semántico de la palabra "estudiante" sufre un desajuste pautado básicamente por la incorporación de connotaciones asociadas al orden de lo delictivo.

Este proceso de resemantización aparece profusamente registrado en *Mundo Nuevo*. Sin mayores preámbulos y apelando al lenguaje reificado de la década,¹⁹ el número 26-27, por ejemplo, caracteriza la comunidad estudiantil como una "comunidad delincuente" (9). Según Bourricaud, la categoría describe el corporativismo que los universitarios manifiestan "contra 'el Poder'" (9), (esto es, "la capacidad de los miembros del grupo de experimentar solidaridad sólo *contra* los representantes de la autoridad constituida" [9]). La estrategia discursiva es más o menos clara. Primero, el texto colectiviza al sujeto del enunciado y luego eleva el carácter anti-normativo del movimiento estudiantil al *status* jurídico del delito.

Parte del mismo proceso, el número 30 de *Mundo Nuevo* se hace eco de la retórica que el periódico *Excelsior* y la revista *US News & World Report* utilizaron para describir al movimiento estudiantil mexicano:

[*Excelsior*] procura dar una imagen de la Universidad en la que la delincuencia es habitual: los estudiantes son delincuentes que campan y rampan; que toman por asalto aulas y escuelas; que son ineptos, que prostituyen el alto valor de la Universidad y que en ésta impera la ley de la selva. La revista norteamericana, por su parte, va más allá. Califica a los estudiantes universitarios de asesinos y los acusa de realizar manifestaciones sangrientas. (Basurto 9)

Si bien en este caso *Mundo Nuevo* funciona como enunciador secundario, es decir, transmite información recurriendo a la cita, no obstante ello, actúa también como resonador indirecto de los desvíos semánticos que lexicalizan la exclusión del estudiante universitario. En la transcripción, el delito aparece colectivizado pero lejos de ser tratado explícitamente como delito político aparece disimulado o enmascarado detrás de delitos contra la propiedad y las personas. El disfracismo no parece arbitrario. En la década del 60, el énfasis en los delitos contra bienes (característica dominante de la literatura criminológica moderna) pasa a ocupar un segundo plano respecto al delito político, mientras este último recupera el cuestionable lugar de privilegio que ocupaba en los códigos y reglamentos del convulsionado siglo pasado (Terán 1986, 41).

De "estudiante-promesa liberal" a "estudiante-delincuente": la serie léxica sufre aún un último ajuste al admitir como variación extrema el par "estudiante-guerrillero". "¿Son los estudiantes del sector político de las universidades, revolucionarios *snobs*?" (28), se pregunta Ana María Portugal en una sección titulada "Guerrilleros *snobs*" que aparece en el número especial de *Mundo Nuevo*. El desplazamiento semántico refleja un nuevo reacomodamiento de la figura del estudiante en el discurso de los 60. Y habla también de los cambios políticos que reestructuraron la esfera pública latinoamericana a mediados de la década.

¿Qué efectos tiene este reacomodamiento? La nueva figura jurídica en torno a la cual se constituye el delito político autoriza, de hecho, un avance en los métodos y en los agentes de represión. De esta manera, si la relación “estudiante-delincuente” legitima la acción de cuadros policiales, la asociación “estudiante-guerrillero” sirve, por su parte, para “justificar” la intromisión del ejército en los asuntos de política interior. Este desvío semántico —resulta obvio decir— acompañó los golpes militares y fue la base de las políticas de “seguridad nacional” que por entonces los mismos pusieron en boga en Latinoamérica.

Los militarismos latinoamericanos y la metáfora de lo limpio

Según Halperín Donghi, la avanzada militar en el continente comienza aproximadamente en 1964, después de la muerte de Kennedy, cuando Thomas C. Mann, secretario adjunto de asuntos latinoamericanos de los Estados Unidos, anunció que “ya no se trataba de imponer en todos los casos la democracia representativa, sino de contar con aliados seguros” (462).²⁰ A partir de ese momento, los Estados Unidos consideraron los ejércitos nacionales articuladores eficaces en los proyectos de contención continental y los golpes de estado resultaron una salida política que fue tenida cada vez más en cuenta.

Internamente, los gobiernos militares acostumbraron validar la violación de los pactos constitucionales alegando debilidad en los regímenes civiles derrocados y con una retórica mesiánica y moralizante aparecieron como los únicos agentes capaces de reparar el orden social alterado.²¹ Demás está decir que el desorden en las universidades nacionales —suerte éstas últimas de microcélulas de la sociedad en su conjunto— fue el centro de muchos enunciados de autojustificación militar. Metaforizadas como espacios propios del mal, las universidades constituyeron una coartada simbólicamente lucrativa al servicio de la voluntad profiláctica que exhibieron los discursos militares de la época.

Teniendo en cuenta el tipo de enunciados que circuló en *Mundo Nuevo*, se puede decir que la revista endorsó los contenidos ideológicos que funcionaron como base de las políticas de seguridad nacional y, con ello, legitimó, conscientemente o no, la llegada de los regímenes militares. El número especial ofrece un buen ejemplo en este sentido: “La opinión pública, el hombre de la calle, el ama de casa, el periodista, el siquiatra, el intelectual, el sacerdote, han llegado al convencimiento de que la universidad es un reducto infame de política donde imperan el salvajismo y todas las formas posibles de la ‘caverna’” (Portugal 23).²² Como se lee en entrelíneas, la actividad política aparece como operador contaminante o causa infecciosa de esta suerte de disfunción o desnaturalización que manifiesta la universidad latinoamericana (poco más o menos el texto dice que en lugar de “civilización” la universidad politizada produce “salvajismo”). La institución de los 60 aparece por ello semantizada bajo las formas rechazantes de “la caverna” (Portugal 23) o “el antro” (Basurto 9), imágenes fuertemente ligadas al modelo discursivo oscurantista. El efecto de rechazo se logra sin duda por el contraste que el enunciado busca establecer entre estas formas amenazantes de imaginar la universidad y las representaciones luminosas del saber codificadas por la mitología iluminista.

“América Latina posee, probablemente, el cuerpo de estudiantes universitarios más activo y poderoso políticamente en el mundo” (Portugal 23). Citada en *Mundo Nuevo*, la afirmación de Fischer expresa una de las ideas más aceptadas por el sentido común sesentista. De similar poder de reconocimiento, una segunda idea (que debe leerse en relación simétrica y complementaria con la anterior) contribuyó también a potenciar el efecto multiplicador que tuvo esta misma línea discursiva: “los estudiantes son la causa de todos los trastornos sociales en América Latina [y] las universidades son campos de entrenamiento de agentes subversivos” (Basurto 10). Enunciados de este tipo permiten concluir que un sector importante de la esfera pública vació el fenómeno universitario en los moldes de un discurso neo-positivista de marcado tono mórbido. Los réditos

simbólicos de dicha “textualización” de la realidad fueron aprovechados por los estados autoritarios que dieron sentido a la coerción auxiliados precisamente por esta artillería de alegorías médicas: se trataba, poco más o menos, de “limpiar” las sociedades contagiadas por “el mal sesentista”. Apuntando justamente a desenmascarar esta política de “lo limpio” o “lo sin mácula”, los primeros versos de “México: Olimpiada de 1968” de Octavio Paz que aparecieron publicados en *Mundo Nuevo* denuncian en forma iterativa:

La limpidez
(Quizá valga la pena
escribirlo sobre la limpieza
de esta hoja)
No es límpida...

Paz hace girar el eje del poema alrededor del sentido espúreo que el discurso oficial construye en torno a “lo limpio”. Contrastantemente, intenta barbarizar el valor-limpieza, en especial, cuando el mismo aparece administrado con voluntad de ocultar o borrar las huellas del crimen del Estado:

(Los empleados
Municipales lavan la sangre
En la Plaza de los Sacrificios.)
Mira ahora,
Manchada
Antes de haber dicho algo
Que valga la pena,
La limpidez. (Paz 1968a, 17-18)

Desde encarcelar hasta matar estudiantes, desde censurar centros y publicaciones estudiantiles hasta cortar cabellos largos y prohibir minifaldas, los militarismos latinoamericanos implementaron métodos profilácticos para evitar lo que desde su retórica consideraron toda suerte de contagio y propagación mórbida del “mal social”. Sobre todo, produjeron abundante legislación con miras a extirpar quirúrgicamente cualquier forma de activismo universitario. Lo cierto es que detrás de esta obsesión por lo higiénico y lo disciplinado, las dictaduras

perseguían un objetivo doble: despolitizar los espacios universitarios e imponer la imagen del estudiante puro.

“A la universidad se va a estudiar” (Portugal 24), se lee dos veces en la misma página de *Mundo Nuevo*, y la forma *slogan* que adopta la idea habla del afán de refuncionalizar la universidad en base a paradigmas lo más alejados posible de toda actividad política. Tratando de rotular esta voluntad de disciplinamiento y cura institucional, se habló de la “norteamericanización”²³ o de la “organización” de la universidad latinoamericana (Basurto 11), en alusión a la política educativa de corte funcionalista (según los dictados del modelo estadounidense) que se aplicó en Argentina después del golpe del 66.

Bastante esquemáticamente, puede decirse que Juan Carlos Onganía basó su proyecto de orden en tres estrategias operativas más o menos explícitas: la coerción, el disciplinamiento y las privatizaciones. Si bien estas intenciones quirúrgicas se hicieron evidentes después de la intervención a las universidades que siguió al golpe del 66, el saneamiento universitario no fue concretamente legislado sino hasta la sanción del decreto N°17245. Conocido como Ley Orgánica para Universidades Nacionales, el texto fue aprobado el 21 de abril de 1967 y, según escribe Alberto Ciria en *Mundo Nuevo*, perseguía: “1) la obediencia jerárquica y b) el ‘apoliticismo’ en los claustros” (1971, 17). Expresamente, esta disposición prohibía “en los recintos universitarios toda actividad que asuma formas de militancia, agitación, propaganda, proselitismo o adoctrinamiento de carácter político” (1971, 17; Brignardello 33).²⁴ Respecto al cogobierno universitario, una reivindicación típicamente reformista, la Ley Orgánica suprimió la representación tripartita concentrando la dirección de la universidad en el claustro de profesores. La autonomía universitaria, la otra bandera reformista, también sufrió restricciones. Básicamente porque el texto no reconocía la autonomía sino “la independencia de la universidad”, lo que implicaba que el beneficio de extraterritorialidad (nominal sin lugar a dudas) caducaba tan pronto como se considerara violado “el orden e imperio de la legislación común en el ámbito universitario” (Brignardello 33).

Por último, el Poder Ejecutivo se reservaba el derecho de intervenir las universidades "por tiempo determinado": "Serán causales: Conflicto insoluble dentro de la Universidad, manifiesto incumplimiento de sus fines y alteración grave del orden público o subversión contra los poderes de la Nación" (Brignardello 33).

Junto a estas medidas represivas, la Ley Orgánica reglamentaba asimismo mecanismos disciplinantes "benéficos" basados principalmente en la promoción de actividades físicas y deportivas. Implementados por su eficacia normalizadora, los deportes jugaron un papel importante en los programas extracurriculares promovidos por los gobiernos militares. Se dijo que las actividades deportivas resultaban indispensables para ordenar pero, más que nada, para llenar el "tiempo libre" de los estudiantes y alejarlos de esta forma de la participación política. Esta confianza en la capacidad formalizadora de los deportes puede remontarse a épocas tan lejanas como al dominio legislativo del positivismo decimonónico.²⁵ Sin embargo, en los años 60 los diagnósticos funcionalistas habían reactivado la idea de que la marcada politización del estudiante latinoamericano se debía básicamente a la falta de una rutina no-académica que "absorbiera" el exceso de energías juveniles (Lipset 1964). La tendencia a reglamentar actividades deportivas tendió entonces a saldar la falta de "canales legítimos" para contener esta suerte de desperdicio energético, falta a la que el funcionalismo atribuyó el hecho de que "la militancia política resulta[ba] la mayor actividad extracurricular en las instituciones educativas latinoamericanas" (Petersen 117).

Después de legislar la censura y de reglamentar distintos métodos disciplinantes, la privatización de la educación superior pasó a ser la tercera estrategia en orden de importancia dentro del proyecto de despolitización encarado por las políticas contrarreformistas de los gobiernos militares.²⁶ En una suerte de balance de los primeros años del gobierno de Onganía, Brignardello escribe en *Mundo Nuevo*: "Las universidades parecen ir normalizándose pero el proceso es de gran lentitud" (36), y a renglón seguido subraya la tendencia gubernamental a "ir transfiriendo más y más las responsabilidades de la educación

a manos privadas, naturalmente de pago" (36). Coincidentemente, en el número 34, Marcus Faría comenta la política educativa del gobierno militar de Castelo Branco en términos más o menos parecidos ("la propuesta de Reforma Universitaria del gobierno se resumía en la transformación de las universidades en fundaciones privadas y el encuadramiento de las escuelas dentro de una política empresarial, al ejemplo de la política educacional norteamericana". [34]). Asimismo en el número 49, Paulston sostiene que "reorientar la educación privada" (13) constituyó uno de los objetivos prioritarios del gobierno de Juan Velasco Alvarado en Perú. Receta extremadamente popular entre los militarismos latinoamericanos, las privatizaciones de las universidades no sólo vinieron a reforzar la batería de medidas profilácticas dirigidas contra los movimientos estudiantiles sino que además constituyeron un medio para sellar pactos políticos entre las Fuerzas Armadas y aquellos sectores aliados que las Fuerzas Armadas intentaban favorecer económicamente.²⁷

Pero más allá de cualquier alianza política o económica, el programa de privatizaciones permitió controlar las vías de acceso al saber y encarrillar de esta forma los destinos de una clase media radicalizada que lejos de constituir el factor social de estabilidad (como había previsto Johnson) fue, en cambio, blanco predilecto de sofisticados procesos de higienización, vigilancia y castigo.

¹Mientras la segunda época de *Mundo Nuevo* prefirió usar la palabra "liberación" para dar cuenta de los cambios literarios que protagonizó la década, el término "revolución" circuló con mayor frecuencia durante la primera etapa. Los textos que forman parte de la polémica desencadenada por un artículo de Iber Verdugo titulado "Proceso de liberación mental y literatura hispanoamericana" (MN 41 [1970]) constituyen una muestra bastante representativa del aprovechamiento cruzado que recibió el léxico de connotaciones ideológicas en *Mundo Nuevo*. Además del mencionado artículo de Iber Verdugo, pueden consultarse también los artículos de Cornejo Polar, Coulthard, Cano Gaviria y Rici.

²En el mismo artículo, Nun sostenía que "bajo el manto fraudulento de esa ideología se esconde un propósito limitado de cambio tendiente a la 'puesta en condiciones' de nuestros países para una mejor operación del capital monopolista" (21).

³El informe Rockefeller (reproducido en su totalidad por *Marcha*) mereció los siguientes comentarios de Gregorio Selser: "[La] 'conclusión', contiene las archiconocidas generalidades sobre la 'dignidad humana', la 'sociedad democrática', 'pueblos libres', 'cooperación hemisférica' y otras zarandajas del mismo jaez, que el mismo Rockefeller ya se ha encargado de desvirtuar con sus recientes recomendaciones en favor de los regímenes de violencia militar" (Selser 1). Llama sin duda la atención que *Mundo Nuevo* haya preferido no hacer comentarios sobre la misión ni sobre el informe Rockefeller, un documento que, considerado desde nuestro presente histórico, pasa a tener una importancia similar a la que tuvo la Alianza para el Progreso a principios de la década.

⁴Las dificultades que presenta la teoría de la modernización ya fueron convenientemente resaltadas por Ismael Viñas al reseñar *Sociología de la modernización*, un libro de Gino Germani que puede considerarse la vulgata del pensamiento modernizador latinoamericano (Ismael Viñas 20).

⁵Según la "teoría crítica" de Marcuse, el "sistema" puede ser amenazado básicamente por dos grupos: el de los sumergidos y el de los privilegiados. En el primero, se agrupan las minorías raciales y los excluidos de los proyectos socio-económicos hegemónicos, mientras que el segundo, se alinean los intelectuales y los estudiantes auto-excluidos del "sistema". Hay que aclarar sin embargo que los grupos aludidos ocuparon la escena pública de los años 60 independientemente del lugar de privilegio que les asignó el filósofo alemán.

Teorías como la de Marcuse, o la de Wright Mills sólo vinieron a legitimar aquello que de hecho ya gozaba de suficiente presencia histórica.

⁶El *corpus* Oscar Lewis/"cultura de la pobreza" está formado por las siguientes notas y artículos: 1) "Un paso al futuro" (MN 1 [1966]:79); 2) "El escándalo de *Los hijos de Sánchez*" (MN 3 [1966]:82-83); 3) "Antes del escándalo: Diálogo con Elena Poniatowska" (MN 3 [1966]:83-87); 4) "La denuncia de la SMGE" (MN 3 [1966]:87-88); 5) "Un drama nacional" (MN 3 [1966]:88-90); 6) "Los actores hablan" (MN 3 [1966]:90-91); 7) "Opinan destacados intelectuales mexicanos" (MN 3 [1966]:91-92); 8) "Resolución del Procurador General de la República" (MN [1966]:92-95); 9) "Oscar Lewis en Francia" (MN 4 [1966]:92-93); 10) Oscar Lewis, "La cultura de la pobreza" (MN 5 [1966]:36-42); 11) "Nuevas publicaciones" (MN 7 [1967]:86-87); 12) "Oscar Lewis en Puerto Rico" (MN 8 [1967]:92); 13) "Lewis en España" (MN 8 [1967]:90); 14) Oscar Lewis, "La vida: Puerto Rico y U.S.A." (MN 10 [1967]:38-48); 15) Oscar Lewis, K.S. Karol y Carlos Fuentes, "Pobreza, burguesía y revolución" (MN 11 [1967]:5-18); 16) Oscar Lewis, "En un arrabal de Puerto Rico" (MN 25 [1968]:29-33).

⁷El *corpus* sobre marginalidad urbana está formado por las siguientes notas y artículos: 1) J. Sáenz "El aparapita de La Paz" (MN 26 [1968]:4-11); 2) L. Valladares "Una favela por dentro" (MN 29 [1968]:19-27); 3) M. Romano de Tobar "El Buenos Aires de los 'villeros'" (MN 29 [1968]:28-34); 4) E. Avila Echazú "Las migraciones de braceros bolivianos a la Argentina" (MN 30 [1968]:21-31); 5) "Defensa de los lingheras" (MN 44 [1970]:39-40); 6) L. Heredig "Villa miseria: Cara y Ceca" (MN 44 [1970]:41-45); 7) A. Maguid "Los crotos: la militancia trashumante" (MN 44 [1970]:19-30).

⁸Ubicar la obra de Lewis en el marco de la Alianza para el Progreso es una lectura que ya fue sugerida por Poniatowska ("El escándalo de *Los hijos de Sánchez*" 1966, 86).

⁹La cita que sigue refleja la posición de Lewis respecto a la cuestión cubana y a las teorías marxistas dominantes: "Tengo la impresión de que el régimen de Castro, a la inversa de Marx y Engels, no descartó al llamado *lumpen proletariat* como una fuerza intrínsecamente reaccionaria y antirrevolucionaria, sino más bien comprendió su potencial para la revolución y ha tratado de utilizarlo. Franz Fanon valora de modo similar el papel del *lumpen proletariat* sobre la base de la experiencia de la lucha de Argelia...[Sin embargo] mis estudios en barriadas urbanas de San Juan no confirman las generalizaciones de Fanon". (Oscar Lewis 1966, 40). Consúltese asimismo Lewis, Karol y Fuentes 1967.

¹⁰En efecto, llama la atención revisar la bibliografía sociológica de la época y comprobar la abigarrada proliferación de estudios sobre marginalidad urbana que se produjeron en los 60. Pero si se considera que en sólo doce años la población de los cordones de pobreza aumentó en una proporción del 1000%, resulta mucho más fácil entender por qué este tema tuvo la importancia que reflejan las cifras (Margulis 1968; Ratier 1972; Rivera 1987).

¹¹En este *corpus* se incluyen sólo aquellos artículos que analizan las distintas formas de marginalidad social. La selección sería mucho más extensa si se incluyeran los artículos teóricos o aquellos que debaten el conflictivo

lugar político que la década del 60 asignó a la sociología. En este último sentido pueden revisarse los artículos de Robert A. Nisbet "El Plan Camelot: una autopsia" y el artículo "La explotación de la sociología" de Joseph Hodara B.

¹²Según el resumen de Robert Nisbet "el plan fue concebido a fines de 1963 por algunos oficiales de la Oficina de Investigación y Desarrollo del Ejército norteamericano. El detalle del plan fue encargado a la Oficina de Investigación de Operaciones Especiales (SORO) de la American University, una organización que había sido creada hace algunos años con fondos militares con el propósito expreso de desarrollar investigaciones en ciencias sociales para el Ejército. Los objetivos del plan Camelot eran, según se declaró: 1) La identificación sistemática de los síntomas del colapso de una sociedad, y 2) la identificación de las acciones que pueden prevenir el colapso. El plan fue iniciado a fines de 1964 por SORO con un grupo especial de sociólogos "behaviorals" bajo la dirección del difunto Rex Hoppel, sociólogo interesado en América Latina" (MN 9 [1967]: 79).

¹³ Hablo de una Guerra Fría que afecta especialmente a la sociología porque el Plan Camelot desencadenó una serie de denuncias contra proyectos sociológicos subvencionados por fundaciones norteamericanas. Bajo el título "Camelot porteño" la sección "Al pie de la letra" del número 54 de *Casa de las Américas* reseña un artículo de D. Goldstein aparecido en *Marcha*. El artículo denunciaba "un plan de estudios sociológicos que pretende realizar el Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Torcuato Di Tella, de Buenos Aires, financiado por la Fundación Ford y cuyo objetivo es dar información sobre los puntos candentes de posibles focos subversivos entre las capas más explotadas de la Argentina" (*Casa de las Américas* 54 [1969]: 185). Esta fue una de las tantas denuncias a las que hacíamos referencia.

¹⁴El *corpus* sobre estudiantes universitarios y revueltas estudiantiles está formado por las siguientes notas y artículos: 1) "Tormenta sobre México" (MN 2 [1966]:67); 2) M. Suzán Prieto y G. Careaga Medina "México: La ideología del estudiante universitario" (MN 8 [1967]:74-79); 3) E. Pinilla de las Heras "De la revolución liberal a la revolución cultural" (MN 26-27 [1968]:15-24); 4) F. Bourricaud "Francia: Reforma y contestación" (MN 26-27 [1968]:9-14); 5) L. Brignardello "Argentina: Dos años de malas relaciones" (MN 26-27 [1968]:25-37); 6) I. Restrepo Fernández "México: Actividades culturales" (MN 28 [1968]:89-90); 7) I. R[estrepo]. F[ernández]. "El movimiento cultural en México" (MN 29 [1968]:91-93); 8) J. Basurto "México: El movimiento estudiantil" (MN 30 [1968]:4-11); 9) "Crisis de la universidad: dos conciencias" (MN 32 [1969]:89-90); 10) J. Estrada "Algunas reflexiones sobre la Olimpiada Cultural" (MN 33 [1969]:35-37); 11) "Reforma universitaria en claustros eclesásticos" (MN 34 [1969]:93-94); 12) S. Luján Silveira "La juventud uruguaya. (Reportaje de una rebelión)" (MN 34 [1969]:4-22); 13) "A. M. Portugal "Realidad y rebelión en el Perú" (MN 34 [1969]:23-29); 14) M. Faria "El movimiento estudiantil brasileño" (MN 34 [1969]:30-36); 15) H. Sanguinetti "El estudiante, objeto de estudio" (MN 34 [1969]:37-44); 16) I. R[estrepo]. F[ernández]. "Lo que pasa en México" (MN 36 [1969]: 87-90); 17) "Perú: Universidad y violencia" (MN 41 [1969]:92-

93); 18) "El papel de la universidad" (MN 42 [1969]:95); 19) H. Sanguinetti "Balance de un ensayo reformista universitario" (MN 49 [1970]:4-10); 20) R. Paulston "Educación y cambio social en Perú" (MN 49 [1970]:11-15); 21) "Obreros e intelectuales" (MN 42 [1969]:81-82); 22) H. Sanguinetti "Universidad: cómo nos ven en Europa" (MN 54 [1970]:85-86); 23) "El papel de la universidad" (MN 42 [1969]:95).

¹⁵*Mundo Nuevo* reproduce casi textualmente las palabras de Lipset. Confróntese, por ejemplo, la cita de Prieto y Careaga Medina con el siguiente párrafo de Lipset: "Las funciones de las universidades en los países subdesarrollados no difieren fundamentalmente de las que son propias de las universidades en las sociedades más altamente desarrolladas. Ellas deben transmitir, de un modo específico y diferenciado, la herencia cultural —la historia, el conocimiento científico, la literatura— de la sociedad que integran y del mundo cultural del cual esa sociedad es sólo una parte; deben formar futuros integrantes de las élites de sus respectivas sociedades para el ejercicio de tareas, científicas, tecnológicas, de administración y dirección" (Lipset 7). Según Silva Michelena y Sonntag, las hipótesis sociológicas de Lipset tuvieron amplia difusión en Latinoamérica durante los años 60 y sus marcas funcionalistas pueden rastrearse difusamente en diversos análisis y documentos reformistas de la época (181-83).

¹⁶Según Verón, el género sensacionalista selecciona dos series de hechos que provocan una "intersección de campos semánticos muy institucionalizados en la conciencia social (es decir, sometidos a un grado muy alto de elaboración mitológica) cuya conjunción precisamente tiene un carácter, por decirlo así, 'tensional': presta al hecho una dimensión insólita, no susceptible de comprensión" (1967, 167). En otras palabras, por esta concurrencia de campos semánticos distantes, el efecto sensacionalista anula el sentido informativo y genera un sentido mítico que se interpreta como un desvío aberrante de la función referencial.

¹⁷Curiosamente Raymond Aron, el sociólogo francés vinculado con el Congreso por la Libertad de la Cultura que enfrentó a Sartre y se convirtió en el intelectual representativo de los grupos de derecha que se opusieron a los sucesos del mayo de las barricadas, también caracteriza la revuelta estudiantil como "sicodrama revolucionario (o seudorrevolucionario)" (1971, 225). En el número 15 (Septiembre 1967), *Mundo Nuevo* reproduce una entrevista a Aron publicada en *Le Nouvel Observateur*. En esta entrevista ya se perfilan las tensiones del campo intelectual que van a hacerse explícitas pocos meses después, durante los sucesos del 68. Me refiero básicamente al antagonismo que Aron mantuvo con sus contemporáneos, Sartre, Lévi-Strauss y Althusser, mientras hizo públicas sus controvertidas adhesiones intelectuales a pensadores como Tocqueville y Comte.

¹⁸Para los marxistas ortodoxos, interpretar las rebeliones estudiantiles en términos psicológicos significaba la adscripción consecuente al campo teórico de las ciencias sociales burguesas. "The most simplistic [interpretation] flourishes in the camp of the bourgeois social sciences. Here, the decade of

protests is a mystery made clear only in terms which are without true meaning or value, such as 'youth rebellion,' 'sexual development,' or 'generation conflict'" (Rodríguez 12).

¹⁹Analizando los modos de narrar la experiencia histórica de los años 60, Jameson sostiene que "in the mid-60s, people felt it necessary to express their sense of the situation and their projected praxis in a reified political language of power, domination, authority and antiauthoritarianism, and so forth" (184).

²⁰Para Halperín Donghi también resulta significativo que la alianza entre ejércitos nacionales y Estados Unidos se remonte a mediados de la década, momento en que fracasa ante la O.E.A. la propuesta norteamericana de crear una fuerza militar panamericana en el continente (461).

²¹Con un discurso que puede considerarse modélico respecto del resto de los militarismos de América Latina, Juan Carlos Onganía embanderó el *slogan* "ley y orden" (Ciria 1971, 16) al mismo tiempo que recurrió al típico argumento del "vacío de autoridad" para legitimar políticamente el golpe autodenominado "Revolución Argentina" del que fue protagonista el 28 de junio de 1966 (King 1985, 308).

²²Los ejemplos extraídos de *Mundo Nuevo* que ilustran lo que aquí se ha llamado "universidad como metáfora del mal" son varios. Sin ir demasiado lejos, el mismo artículo de Portugal cita el texto que Leopoldo Chiappo, por entonces vicerrector de la Universidad privada "Cayetano Heredia", escribió para la revista *Caretas*: "¿Será posible que la universidad peruana no haya podido evitar y más bien ha estimulado la politización esterilizante que es semillero de discordia y holgazanería, traición a la juventud que la practica frente al reto viril de nuestra realidad geográfica y social?" (Portugal 24). Confróntese asimismo Basurto 9 y Brignardello 33.

²³En *Mundo Nuevo* tanto Faria (34) como Ciria (1968, 117) tienen en cuenta el modelo de universidad norteamericana cuando se refieren a los aspectos normalizadores de las políticas educativas impulsadas por los gobiernos militares latinoamericanos. El último, por ejemplo, habla de "norteamericanización" en relación directa a "los subsidios de origen estadounidense y a las restricciones a la militancia estudiantil" (1968, 117).

²⁴Sin duda, la prohibición de la militancia en las universidades complementaba una disposición aprobada más o menos contemporáneamente a la Ley Orgánica. Nos estamos refiriendo al decreto N° 17401 sancionado en julio de 1967 que reprimía el comunismo sin especificar claramente en qué consistía tal figura jurídica (Brignardello 33; Ciria 1971, 17).

²⁵En "Sobre instrucción popular", un texto de 1886, Sarmiento, por ejemplo, hace una apología del valor domesticador o civilizatorio que reconoce en la educación deportiva: "La escuela, la gimnástica, la fila, la hilera, el compás van disminuyendo las crispaciones; la regla, la repetición de los movimientos vienen amansando al animalito bípedo. Las escuelas salvarían doscientas vidas anualmente con la gimnástica, y el sentarse y levantarse metódicamente. La gimnástica civilizará a los Tobas, que no conocen disciplina sino cuando van a la guerra, a fin de robar y matar con éxito" (Citado en Terán 1986, 33).

²⁶Respecto a la política de privatizaciones, Petersen acota: "Faced with the struggle involving the larger institutions, some Latin American governments attempting to sponsor internal development have turned to private universities or the establishment of technical schools as a source for trained personnel outside the political atmosphere of the state universities" (40).

²⁷En este sentido, el artículo de Brignardello refleja cierto estupor al comentar la sorpresa que en 1967 produjo la transferencia de la Escuela de Doctorado en Edafología a la Universidad Católica de Santa Fe: "destacó el hecho de que se cediera a la iniciativa privada una escuela de nivel universitario como manera efectiva de llevar a la práctica 'el pensamiento oficial en la materia'" (Brignardello 36).

5. *Mundo Nuevo*, difusión, mercado y políticas culturales en la década del 60

"Mundo Nuevo se propuso organizar y difundir a escala internacional una visión crítica de la nueva literatura latinoamericana".

Emir Rodríguez Monegal (1972)

"[L]a bien conocida revista Mundo Nuevo a fin de cuentas no era más que la versión 'literaria' de la Alianza para el Progreso".

Françoise Perus (1995)

Por lo general, cada vez que la crítica intentó explicar la emergencia y el éxito de la vanguardia sesentista se escudó tras dos explicaciones más o menos rutinarias. Por un lado, la clave mercadotécnica —el *boom* es un producto típico de la expansión de mercados (Rama 1972a, 1972b, 1981; Rodríguez Monegal 1984)—; y, por otro, la culturalista —el *boom* es un fenómeno típicamente literario (Fuentes 1969, Donoso 1972)—. En realidad, se trata de dos formas excluyentes de leer y ordenar la realidad. La dominante socioeconómica alentó un tipo específico de análisis en el que el crecimiento del mercado pasó a ser el único factor coyuntural atendido. En tanto que la interpretación culturalista produjo análisis que privilegiaban el componente simbólico, reduciendo todos los cambios sociales a esta base común explicativa. A medida que avanzó la década, la distancia entre una clave y otra tendió a acentuarse, sobre todo, después que la expansión del mercado latinoamericano insistió en premiar niveles cada vez más altos de segmentación y diferenciación simbólicas. Tratando justamente de describir este comportamiento atípico del campo intelectual, García Canclini reconoció que en los 60 muchos de los que "estaban realizando la racionalidad ... renovadora del sistema cultural eran los mismos que querían democratizar la producción artística. [Y a]l tiempo que extremaban las prácticas de diferenciación simbólica

—experimentación formal, ruptura con saberes comunes— buscaban fusionarse con las masas” (1991, 83).

Sea como sea, lo cierto es que, en este caso, como en tantos otros, las tendencias del campo no hicieron más que reflejar las relaciones contradictorias que la época trabó entre modernismo cultural y modernización social, entre políticas culturales y economías de desarrollo. En este marco cabe entonces preguntar ¿cuál fue la ubicación de *Mundo Nuevo* en el mercado sesentista de bienes simbólicos?, ¿cuáles fueron las relaciones objetivas que, en su condición de *taste maker*, la revista entabló con otras instituciones-gemelas?

Agente activo del campo editorial en momentos en que el mercado latinoamericano experimentaba cambios importantes en su estructura, *Mundo Nuevo* salió agresivamente a defender un estilo determinado de hacer política cultural. Para ello, se apoyó en el valor “ejemplar” que destilaban algunos casos puntuales, aplaudió la privatización de la industria editorial latinoamericana, voceó la bancarrota de las culturas oficiales, promovió la emergencia de fundaciones privadas, y participó activamente en la validación pública del premio Rómulo Gallegos saludando al estado venezolano (“primer estado anticastrista en América Latina” según reconoció César Fernández Moreno) como un caso atípico de “estado promotor moderno”.

Así esbozado, el proyecto cultural que *Mundo Nuevo* vertebró alrededor del estudio de casos o “núcleos obsesivos” no sólo da cuenta sino también refleja la insólita transnacionalización de preocupaciones socioeconómicas que domina la época.

Después de la euforia de la posguerra, la balanza latinoamericana había vuelto a ser deficitaria y para seguir funcionando los gobiernos desarrollistas comenzaron a depender cada vez más de las soluciones inmediatas que inspiraban los créditos y la ortodoxia financiera del Fondo Monetario Internacional. La Comisión Económica para América Latina —la CEPAL, organismo creado por las Naciones Unidas—, manifestó dudas respecto a las políticas de matiz keynesiano que se estaban aplicando por entonces pero no obtuvo, por su parte, resultados apreciables cuando trató de implementar un modelo económico

alternativo de transformación integral. Los errores de las políticas desarrollistas son muchos —enumerarlos se ha vuelto un lugar común en la historia económica de América Latina—, sin embargo, el balance no siempre arroja resultados negativos. Halperín Donghi (cuya interpretación en líneas generales aquí estoy siguiendo) reconoce, por ejemplo, que “con todos sus defectos, las teorías del desarrollo significaron para América Latina un aspecto de toma de conciencia de más amplio alcance: el descubrimiento de que existe un tercer mundo y que América Latina forma parte de él” (442).

Coincidiendo con el clima de distensión y voluntarioso neutralismo que impuso en los 60 este “tercer actor”, la Guerra Fría adoptó una nueva modalidad, más amistosa, profundamente retórica y mucho más ambigua que la que había caracterizado a la década de los 50. La URSS y los EE.UU. siguieron compitiendo por los mismos espacios políticos, pero ahora lo hicieron como generosos financiadores de los procesos de modernización de las naciones en desarrollo. En el marco de esta coyuntura, John Kennedy propuso la Alianza para el Progreso, un plan de inversiones bastante menos voluminoso de lo que sin duda ambicionaron las encendidas expectativas de los presidentes latinoamericanos que, en 1959, se habían reunido en Buenos Aires para discutir el apoyo financiero de EE.UU. a la región.¹ Desde el punto de vista del presidente norteamericano, la Alianza para el Progreso debía funcionar como una suerte de “revolución social pacífica” que en el término de diez años estaba llamada a barrer con la crisis estructural de Latinoamérica. Sin embargo, en 1965, el espíritu promisorio de aquellos comienzos se había derrumbado por completo: la muerte de Kennedy, por un lado, y la radicalización de la Guerra Fría en la región, por otro, habían hecho perder a la Alianza el lugar de privilegio que el lenguaje atípicamente revolucionario que adoptó la propaganda norteamericana le había en principio asignado.

En el marco de la retórica amistosa que propició la Alianza para el Progreso, no sólo se duplicaron los créditos públicos estadounidenses con destino a Latinoamérica. También aumentó considerablemente el número de becas y proyectos conjuntos

subsidiados por fundaciones privadas, museos y universidades norteamericanas. La enorme afluencia de dólares frescos que llegó a manos de los gobiernos desarrollistas sirvió, entre otras cosas, para impulsar numerosos —aunque no siempre venturosos— proyectos de modernización socioeconómica y cultural. Entre los años 50 y los años 60 tiene lugar uno de los paquetes más importantes de cambios estructurales que se dio en Latinoamérica; cambios que afectaron las relaciones entre modernismo cultural y modernización social y que tuvieron gran impacto en los temas y en los lenguajes de *Mundo Nuevo*.

En primer lugar, hay que subrayar que en la década del 60 se produce el último despegue económico sostenido que protagonizó la región. Los indicadores son bastante elocuentes. En estos años América Latina experimenta: a) una importante expansión industrial, b) el aumento del consumo tecnológico, c) el crecimiento del número de asalariados urbanos, y d) la incorporación de dichos sectores al mercado interno. Esta suba desencadenó a su vez un proceso acelerado de urbanización que fue acompañado no sólo por la construcción de ostentosas autopistas sino también por procesos migratorios internos y fronterizos que a falta de una infraestructura habitacional adecuada debieron asentarse en las afueras de la ciudad creando alrededor de los núcleos urbanos “cordones de pobreza” en continua expansión.

En segundo lugar, fueron años signados por un aumento considerable en el consumo de bienes simbólicos provocando, como efecto inmediato, la ampliación y diversificación de las industrias culturales. El mayor grado de concentración urbana afectó también al sector educación que por aquella época experimentó una reactivación importante en todas las actividades relacionadas con su sistema formal. Semejante crecimiento aparece reflejado en los datos recogidos para este período: el analfabetismo se redujo al 10 o 15 por ciento en casi toda Latinoamérica, mientras que la población universitaria aumentó de 250.000 estudiantes en 1950 a 5.380.000 al finalizar la década de los setenta (García Canclini 1990, 82). En este punto también hay que tener en cuenta la inserción que tuvieron los *media* en

los procesos integrales de modernización. Piénsese en el cambio de hábitos culturales que significó, por ejemplo, la incorporación de la televisión en América Latina o, sin ir más lejos, lo que la misma tuvo que ver en la privatización de la vida social, tal como estos procesos aparecen descritos por Raymond Williams (1975).

En tercer lugar, el proceso masivo de modernización también se dejó sentir en las ciencias y las humanidades. Por entonces todas las tecnologías alcanzaron un rápido desarrollo pero las carreras que tuvieron mayor repercusión en la expansiva clase media latinoamericana fueron sin duda la sociología, la psicología y las ciencias de la comunicación, tres disciplinas cuyos programas habían sido recientemente creados en la mayoría de las universidades de América Latina. Van a ser precisamente estas tecnologías culturales (bajo sus formas ultra-actualizadas de behaviourismo, estructuralismo-funcionalista y psicoanálisis) las encargadas de reformular —y no sólo desde *Mundo Nuevo*— las versiones de modernidad y tradición que más éxito tuvieron en el sentido común culto de la época.

Por último, hay que decir también que el proceso integral de modernización y secularización que afectó a la cultura latinoamericana en los años 60 condujo a la pérdida paulatina del control que los Estados venían ejerciendo de manera casi monopólica sobre los mercados nacionales de bienes simbólicos. A partir de ese momento y a consecuencia de la expansión, diversificación y especialización de las industrias culturales en manos de capitales privados, los Estados latinoamericanos empezaron a ceder la posición hegemónica que antes habían ocupado en los procesos de producción, regulación y distribución de la cultura oficial. En otras palabras, la nueva división del trabajo que sobrevino con la expansión del capital privado obligó al Estado promotor a ocupar una función “residual”, básicamente centrada en la conservación y en la custodia de los patrimonios nacionales.²

De acuerdo a esta tendencia, las fundaciones y empresas privadas interesadas en invertir en cultura de punta fueron cada vez más numerosas en América Latina. La Metalúrgica Matarazzo en Brasil, el Instituto Di Tella en Argentina, General

Electric en Uruguay, Acero del Pacífico en Chile, la Esso en Colombia, apoyaron en los 60 la experimentación formal de las artes y promovieron la actualización y renovación de las mismas a través de premios, exhibiciones, subsidios y becas. Comentando las razones que explican este aspecto central del proceso de modernización en América Latina, García Canclini señala que la inversión en las industrias culturales garantizaba a las burguesías nacionales al menos dos tipos de réditos: "obtener lucro y construir a través de la cultura de punta, renovadora, una imagen 'no interesada' de su expansión económica" (1990, 86).

Diríase que a partir de los 60 la cultura deja de ser cada vez menos un servicio público para convertirse cada vez más en una empresa rentable: con una consciencia lúcida de los tiempos que corrían, el acta de fundación y el llamado a inversores que el Centro Editor de América Latina difundió en 1967 sintomáticamente rezaba: "Un buen libro es un buen negocio" ("Cambios en Eudeba" 95).

Mundo Nuevo, comprometida con la modernización socio-económica tanto como con la modernidad cultural, siguió este desarrollo con visible interés. Desde las páginas de la sección "Sextante" aplaudió el pasaje paulatino de las industrias culturales a manos privadas y prestó especial atención a la transnacionalización de la literatura latinoamericana, festejando ruidosamente esta nueva colocación en el polo de la oferta del mercado internacional del libro. Espacios antes inaccesibles a las letras del continente como el premio Nobel o el Prix Formentor, dieron otra visibilidad a la cultura latinoamericana y, junto al boom de las traducciones y al interés masivo que despertó en círculos académicos de EE.UU. y Europa, contribuyeron a acelerar la expansión de su base de consagración y consumo. *Mundo Nuevo*, testigo y árbitro privilegiado de este proceso vertiginoso de internacionalización, desplegó un discurso promocional y exitista a favor de los cambios que sacudieron al campo cultural, matizando su posición cosmopolita con un tono de crítica sostenida hacia las políticas de corte nacionalista instrumentadas por muchos estados latinoamericanos. Para

legitimar este programa cultural la revista selló alianzas con los agentes que consideró sus pares en esta etapa específica de reestructuración del mercado. A ellos les dedicó una serie de notas y artículos que, bajo la forma de micro-secuencias, tuvieron en el discurso global un valor casi independiente. Los casos de geminación que protagonizaron el Fondo de Cultura Económica y Siglo XXI en México, y EUDEBA y el Centro Editor de América Latina en Argentina sirvieron así para probar el carácter "inevitable" que la revista atribuyó a la tendencia privatizadora del mercado editorial. De la misma manera que las "micro-historias" que giraban en torno al Instituto Di Tella y al Premio Rómulo Gallegos estuvieron destinadas a ilustrar los pactos que por entonces sellaron la vanguardia estética y las fundaciones privadas, por un lado, y la literaria del boom y el estado promotor venezolano, por otro.

Primer caso: El Instituto Di Tella

En Argentina, uno de los objetivos que persiguió el sector privado al fomentar el desarrollo de las vanguardias estéticas fue desplazar el "humanismo bucólico" propiciado por la burguesía agroexportadora y reemplazarlo por una nueva imagen social agresivamente competitiva, más adecuada a la emergente burguesía industrial en plena expansión (García Canclini 1988, 107). La Fundación Di Tella de Argentina constituye una suerte de ejemplo extremo (y por lo tanto bastante gráfico) de modernización cultural entendida y planificada en base a los parámetros aludidos. *Mundo Nuevo* se ocupó de registrar los pormenores de la suerte corrida por el Di Tella no sólo por los lazos simbólicos que la unían a la institución argentina sino también por los compromisos económicos a los que estaban ligadas a través de los subsidios que ambas recibían de la Fundación Ford.³

Concebida a partir de los modelos de consorcios norteamericanos, la Fundación controlaba la mayor parte de las acciones de las Compañías Siam cuyos dividendos eran destinados a su

vez a financiar las investigaciones económicas y sociológicas del Instituto Di Tella y las exhibiciones de sus tres centros culturales (el Centro de Artes Visuales [CAV], el Centro de Experimentación Audiovisual [CEA] y el Centro Latinoamericano de Altos Estudios Musicales [CLAEM]) (King 1985; García Canclini 1988; Gramuglio). Conforme a los principios de renovación imperante, los distintos centros culturales trataron de incorporar nuevas tecnologías a la experimentación formal y compositiva de las artes visuales y dramáticas. Las técnicas de figuración se mezclaron con mensajes de distinta procedencia, y muchas obras de arte *pop* utilizaron materiales publicitarios con el objeto expreso de producir un efecto sorpresivo en el público. Los *happenings* explotaron la naturaleza participativa y mediadora de los *mass media* y los artistas se dieron a experimentar buscando lograr efectos escandalosos con cualquier medio a su alcance, la imagen, el telégrafo, la radio y la televisión. La festejada “revolución ditelliana” —como la llamó *Mundo Nuevo*— tuvo, sin embargo, vigencia sólo por una década: a fines de 1970, el Instituto alegó estar atravesando una severa crisis económica y sin demasiados preámbulos procedió al cierre definitivo de dos de los tres centros de arte. Sintomáticamente, el único centro que sobrevivió a los recortes presupuestarios fue el CLAEM dirigido por Alberto Ginastera cuya estrategia “silenciosa” lo diferenciaba llamativamente de las técnicas estridentes desplegadas por plásticos y directores de escena (“Nosotros no hemos trabajado con el escándalo” aclaró Ginastera en el momento en que se anunció el cierre [C.A.B. 91]). Ya por entonces todo el mundo sabía que, a pesar de las justificaciones dadas, el sacrificio de los centros era el precio político que Onganía había exigido pagar al grupo económico Di Tella para salvar de la quiebra a las Compañías Siam.

Mundo Nuevo, testigo asiduo de las polémicas exhibiciones y *happenings* de la “manzana loca”, nunca desmintió que esta decisión fue tomada bajo fuertes presiones políticas (“Como un halo flota sobre el ‘redimensionamiento’ del Di Tella una versión obviamente improbable: presionados por altas esferas oficiales, los directivos del Instituto habrían accedido a una

liquidación ‘por las buenas’ de los dos más urticantes centros de arte (cuya sede en Florida 935 cerró definitivamente), evitando así una clausura “por las malas” [C.A.B. 91]).

En rigor, el cierre fue el epílogo poco sorpresivo de una serie de hechos previos que *Mundo Nuevo* se ocupó de registrar prolijamente. La intensa politización de las manifestaciones culturales que siguió al golpe militar del 66 sumió en una crisis terminal las pacíficas relaciones que hasta entonces las instituciones gubernamentales habían mantenido con las vanguardias artísticas y determinó que las artes desplegaran, a partir de ese momento, una actitud militantemente “anti-institucional”. Para dar sólo un ejemplo, antes del golpe, el clima de euforia cultural promocionado por el Di Tella hizo posible que algunos creyeran en la paradójica oficialización de la vanguardia estética. Ecos de este optimismo aparece reflejado en *Mundo Nuevo*: “por primera vez en nuestra historia —se lee en el número 49— ‘las vanguardias’ se habían oficializado y todas las expectativas se dirigían hacia ellas” (Kratochwil, Slemenson, Fevre 74). Sin embargo, después del golpe militar, los espacios públicos se radicalizaron, los agentes del campo cultural estrecharon filas en torno a las propuestas militantes y si en unos casos la vanguardia estética llegó a coincidir con la vanguardia política, en otros, esta última pareció decididamente superarla: “Algunos artistas jóvenes optaron por la militancia ideológica, haciendo abandono de los objetivos artísticos que hasta entonces constituían su meta primordial. Lo llamativo de estas conductas residía en que esos cambios no eran entendidos como un viraje de actividades, sino como otra forma —la verdadera— de hacer arte” [Kratochwil, Slemenson, Fevre 75])

Clausuras, encarcelamientos, retiro de obras, rechazos de premios oficiales, producción de obras abiertamente contestatarias, desencadenaron una suerte de criticismo anti-institucionalista que alcanzó su punto culminante en 1968. Ese año, formando parte de las “Experiencias Visuales”, se exhibieron los *Baños* de Roberto Plate —falsas letrinas montadas para provocar las “descargas emocionales” del público—. La esfera oficial no tardó en reaccionar y la policía clausuró la muestra aduciendo

que muchos de los *graffitis* que la gente había escrito en las paredes de los baños simulados eran de corte antigubernamental (“Entre la seriedad y la represión” 124). Este fue el primero de una serie de actos que anunciaban la transición a otra forma de arte. Ese mismo año, Jorge Romero Brest, director del CAV, se pronunció públicamente: declaró la muerte de la pintura, desechó la ideología blanda presente en el lema “el arte se disuelve en la vida” y llamó a adherir, en su lugar, a la irrevocable consigna “la única obra de arte posible es la revolución” (C.A.B. 91). Por último, también en 1968, un grupo de ex-miembros del Di Tella eligió simbólicamente las sedes gremiales de la Central General de los Trabajadores de los Argentinos (CGTA) para realizar la exhibición *Tucumán arde*. En un gesto no sólo ostentatoriamente político sino también abiertamente opositor a la campaña de disciplinamiento y moralización encarada por el Gobierno *de facto* de Onganía,⁴ la muestra aprovechó la estructura comunicacional del gremio con el objeto de integrar los documentos de la situación socio-económica tucumana a la vida normal del sindicato (García Canclini 1988, 134).⁵ Indudablemente, todo esto no hacía más que confirmar que la curiosa mezcla de espectáculo, juego y comunicación que a principios de los 60 había actuado en la base de los *happenings* y el *pop*, iba cediendo terreno y que, en su lugar, una progresiva y notoria inclinación por la práctica política explicó la arrasante popularidad de que gozó el utopismo revolucionario en los años 70.⁶

Segundo caso: EUDEBA/CEAL

Nacida en años de expansión desarrollista y desmembrada en 1966 después de la intervención de las universidades que decretara Onganía, la Editorial Universitaria de Buenos Aires —junto al Instituto Di Tella— formó parte activa en los procesos de modernización y masificación cultural.⁷ José Boris Spivacow, primer gerente y responsable del *boom* del libro universitario en los años 60, fue el encargado de diseñar el plan de publicaciones

y la estructura de la empresa de acuerdo al modelo que Orfila Reynal, director por entonces del Fondo de Cultura Económica, había trazado para el proyecto editorial argentino.

Si bien en el Acta de constitución fechada en 1958 dice constituirse como sociedad de composición mixta, EUDEBA mantuvo desde su nacimiento una dependencia económica casi total con la Universidad de Buenos Aires. El capital inicial privado, 10.000 pesos aportados por diez docentes universitarios (aproximadamente U\$ 4 *per capita*), era ínfimo en relación a los 39.990.000 pesos aportados por la Universidad (Horacio Rodríguez 91). Lo elocuente de estas cifras no hace más que poner en evidencia la tendencia liberal de marcado tono antiestatalista que embanderó *Mundo Nuevo* al aplaudir sin rodeos “la economía mixta” de “la empresa” porque, según la revista, esto la desligaba “de las ataduras burocráticas del Estado y le confería la agilidad y libertad de iniciativa necesarias para encarar una obra de amplios y vastos alcances” (Horacio Rodríguez 91). En todo caso, ésta es una muestra más de la retórica típica de *Mundo Nuevo* para quien el estado es siempre un administrador cultural ineficaz, burocrático e ideológicamente interesado; mientras que la administración privada se reserva los modos de la eficacia, la agilidad y la independencia política.

Durante los primeros ocho años, EUDEBA puso en marcha una política editorial agresiva que tuvo como prioridad: la masificación del discurso científico y literario, la divulgación del libro argentino y su comercialización intensiva y extensiva en circuitos poco convencionales de consumo. En 1966, cuando la intervención de las universidades motivó la renuncia colectiva del equipo de Spivacow, el balance editorial era visiblemente alentador. Antes de EUDEBA, las ediciones nacionales no superaban los 3.000 ejemplares. Con EUDEBA se llegó a elevar a 20.000 los ejemplares de la tirada promedio y por primera vez en la historia editorial del país el 35% de la producción editorial (alrededor de 4.000.000 de libros) fueron distribuidos y vendidos en el mercado exterior latinoamericano. Por otra parte, el nivel de crecimiento no sólo fue acelerado, sino también sostenido: si en 1961 EUDEBA publicó 106 novedades y 25 reimpressiones,

cinco años después había aumentado a 203 los títulos nuevos y a 80 las reimpressiones. Además, sus precios fueron atípicamente accesibles y competitivos: “Durante ocho años” —subraya el texto de la renuncia colectiva que fue reproducido en *Mundo Nuevo*— “un libro costó menos que un kilo de pan, menos que un atado de cigarrillos, menos que una botella de vino común” (Horacio Rodríguez 93).⁸ Apelando a una estrategia claramente vanguardista, la editorial innovó el formato clásico y propició la incorporación de ilustraciones con el objeto de acercar la apariencia de sus libros al cuadernillo y a la revista. La necesidad de expandir mercados y de llegar a un público no especializado motivó también la instalación de más de 100 librerías ambulantes (los populares “quioscos” EUDEBA) —un sistema de distribución y comercialización que logró con éxito llevar a la calle las distintas “Colecciones” universitarias—. Rápidamente todos sus esfuerzos editoriales hicieron que el libro especializado se convirtiera en una especie de inagotable *bestseller*: “[EUDEBA] editó a Saussure”, —recuerda Sagastizábal— “lo puso en quioscos, y en menos de un mes vendió 26.000 ejemplares” (29). *La serie del siglo y medio* se ofreció en paquetes de cuatro volúmenes y llegó a vender un millón y medio de ejemplares en poco más de dos años mientras que una edición popular de 50.000 ejemplares del *Martín Fierro* se agotó en sólo 25 días (Prieto 891).

Tratando de preservar estos logros en los difíciles tiempos de Onganía, Boris Spivacow y el equipo renunciante de EUDEBA constituyeron a fines de 1966 el Centro Editor de América Latina, una empresa que encontró fuerte inspiración en la historia casi paralela de Siglo XXI. Según el número 6 de *Mundo Nuevo*, la nueva “editorial científica, técnica y literaria” que había adoptado la forma de Sociedad Anónima procedió inmediatamente después de su constitución a la convocatoria pública de accionistas (“Cambios en EUDEBA” 95).

El lanzamiento fue poco menos que espectacular —“en pleno verano el CEAL vendió, en un mes, 59.985 ejemplares de la Serie del Encuentro” (“De EUDEBA al Ceal” 69)—, sin embargo, el número 46 (1970) habla en términos apocalípticos de la retracción que afecta al Centro Editor y a las demás industrias editoriales

en Argentina y Latinoamérica. La breve nota de Suarfa comenta los efectos de reducción provocados por la “recesión económica general que sufre el país desde mediados de 1969” (70). Otro fenómeno que incidió en la reestructuración de los mercados del libro continental fue el aumento de competitividad del libro español frente al libro latinoamericano. Suarfa atribuye este fenómeno inesperado, en primer lugar, a la sed especulativa de nuestros editores,⁹ a quienes culpa también de publicar libros sin motivos de fondo, engañados por “el equívoco gestado en torno al *boom* del libro argentino, publicitado y reforzado comercialmente antes que culturalmente” [*sic*] (Suarfa 70).

Curiosamente el artículo evita mencionar las medidas económicas de Krieger Vasena, ministro de Onganía, que sin duda ayudarían a despejar los falsos (aunque a simple vista voluntarios) fundamentalismos que destila “la recesión” tal como la presenta Suarfa. No se alude, por ejemplo, a la devaluación del 40% que sufrió el peso (de 245, el dólar pasó a cotizarse 350 pesos), ni a la disminución de gravámenes a la importación, ni al aumento de los mismos para la exportación.¹⁰ Tampoco menciona la aprobación de la Ley de Censura y la incidencia obvia e inmediata que este paquete de normas tuvo en el colapso de la industria editorial local. “No hay nada más fácil que interrumpir un *boom*, decía Keynes, y nada más difícil que volver a producirlo” (Sagastizábal 29).

Sin embargo, lo que importa señalar más bien es que el artículo de Suarfa vuelve a enfrentarnos a lo que en otro lugar llamábamos “la crisis del discurso pro-*boom*”. En materia editorial, puede decirse que si, por una parte, la etapa parisina de la revista se caracteriza tanto por el tono celebratorio y triunfalista con que idolatra al editor y lo convierte en una suerte de para-creador del *boom* de la literatura latinoamericana, como por la crítica a los estados nacionalistas que siempre aparecen como obstáculos visibles de la política de transnacionalización cultural que la revista promueve¹¹; por otra parte, la segunda etapa pone en crisis este discurso y manifiesta una desconfianza instintiva hacia aquellos agentes que habían servido para mitologizar al *boom*. Llamativamente,

bajo la segunda administración, *Mundo Nuevo* empieza a hablar de “maffias”, “trenzas”, “clanes”... y el estigma corporativista que arroja sobre editores y escritores del *boom* trabaja decididamente en contra del sistema de alianzas montado y difundido durante la primera etapa.¹²

Gradualmente la unidad continental que había acompañado a la exportación masiva del libro latinoamericano tendió a desaparecer destruida por la censura, las nuevas reglas económicas que impusieron los gobiernos totalitarios y la exitosa inserción del libro español en los mercados latinoamericanos. En todo caso, la preferencia que manifestaron los gobiernos militares por el libro español —preferencia a la que aludía Suarfa— se debió, en parte, a las garantías que ofrecía la industria editorial peninsular cuyos productos llegaban a América Latina después de haber pasado por el estricto control de la censura franquista.

Tercer caso: Fondo de Cultura Económica/Siglo XXI

En la sección “Sextante” del primer número de *Mundo Nuevo* (1966), una nota editorial refiere las “circunstancias escandalosas” que acompañaron la destitución de Orfila Reynal del Fondo de Cultura Económica de México. La misma nota anuncia además la próxima entrega de “una colección de documentos sobre este episodio, a la vez lamentable y magnífico, de la cultura latinoamericana de hoy” (“Un paso al futuro” 79). Ciertamente el *corpus* que la etapa parisina dedica a este tema es extenso y genéricamente diverso, y el espacio que el mismo termina ocupando en la revista lo transforma, de hecho, en uno de sus “casos obsesivos” de contornos más nítidos.¹³

Sintéticamente, la relación de hechos que culminaron en el “escándalo” al que alude *Mundo Nuevo* parece haber seguido la siguiente cronología. En 1961, el Fondo de Cultura Económica publica bajo el título *Antropología de la pobreza* la traducción de *Five Families (Mexican Case Studies in the Culture of Poverty)* (1959) de Oscar Lewis, en este trabajo el caso de la familia Sánchez era objeto del cuarto estudio antropológico. En octubre

de 1964, Lewis publica la primera edición en español de *Los hijos de Sánchez*. El libro que contaba con la aprobación reglamentaria de la Junta de Gobierno del F.C.E. fue todo un éxito editorial: agotó 6.000 ejemplares en un mes y medio y aceleró el lanzamiento de una segunda edición —también de 6.000 ejemplares— que apareció en diciembre del mismo año. El 10 de febrero de 1965, dos meses después de haber salido a la venta esta edición, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (SMGE) formaliza una denuncia penal contra Oscar Lewis y el F.C.E.¹⁴ Las acusaciones que incluían cargos de “disolución social, ultrajes a la moral pública y a las buenas costumbres y difamación” son, sin embargo, desestimadas por el Procurador General de la República (“El escándalo de *Los hijos de Sánchez*” 93). El incidente legal, entre tanto, levanta una ola de críticas contra la posición oficial y a causa de la conmoción se vuelve a agotar una segunda edición de la obra. A todo esto, cuando Orfila Reynal propone realizar una tercera edición, la Junta de Gobierno del F.C.E., como toda respuesta, cede los derechos del libro a Joaquín Mortiz —una verdadera mina de oro para el nuevo sello editorial que en menos de un año agotó tres ediciones y puso en circulación más de 30.000 ejemplares de *Los hijos de Sánchez*.¹⁵ Como corolario, el 17 de noviembre, la Junta de Gobierno cesa a Orfila Reynal de la dirección del F.C.E. —función que había desarrollado a lo largo de 17 años— y en su lugar nombra a Salvador Azuela, hijo del famoso novelista mexicano. Después de su destitución, Orfila Reynal encaró el lanzamiento de Siglo XXI, una nueva editorial subvencionada por capitales particulares que —según aclara *Mundo Nuevo*— funciona “al margen de presiones nacionales o confesionales” (83). En palabras de Rodríguez Monegal: este “epílogo previsible” fue “la mejor respuesta a las fuerzas negativas de la incultura” (“El escándalo de *Los hijos de Sánchez*” 83).

Mundo Nuevo siguió de cerca los pormenores del caso. Después del anuncio que apareció en el primer número, la revista publicó una entrevista de Elena Poniatowska a Lewis, transcribió la denuncia de SMGE y la absolución del procurador, y en la sección “Documentos” del número 3 reprodujo *in toto* tres

artículos periodísticos sobre el tema: un artículo de Fernando Benítez que interpreta *Los hijos de Sánchez* desde la teoría del control social (“Lewis, como norteamericano, habla de introducir ciertos cambios, si no se quiere mañana afrontar ciertos desagradables trastornos sociales” [Benítez 90]); un texto de Víctor Flores Olea que encara el problema a partir de los métodos inquisitoriales que instauran los regímenes autoritarios (“Una censura que no se atreve a decir su nombre, tutela el cine, la televisión y hasta el teatro. ¿Vamos a comenzar ahora con los autores de libros y con las editoriales?” [Flores Olea 91]); y un artículo de Carlos Fuentes que describe la reacción estatal contra Lewis como un producto típico de los nacionalismos de signo negativo (“La *soi-disant* SMGE tiene todo el derecho del mundo a ser chovinista y puritana y a pensar lo que le guste de *Los Hijos de Sánchez*; pero no tiene derecho a practicar la abstracción fascista contra un libro y un autor” [Fuentes 1966b, 91]).

Los tres artículos, originariamente publicados a principios de 1965 (casi un año y medio antes de esta reimpresión), no parecen sin embargo haber sido elegidos por *Mundo Nuevo* al azar. Diríase, más bien, que juntos vienen a regular (y autorizar) tres ideogramas claves —censura, nacionalismo y control social— que *Mundo Nuevo* trata de poner en circulación a causa del aprovechamiento que hacen de todo el *affaire* Lewis. Diríase además que con la “trashumación” del escándalo, la revista persigue algunos réditos simbólicos. En primer lugar, el caso —que ya había sido juzgado como una reacción de extremismo nacionalista por parte del Estado mexicano posrevolucionario— sirvió sin duda para dar legitimidad y consenso a la posición antiestatalista defendida por *Mundo Nuevo*—. En segundo lugar, y en el marco de su política “pan-dialoguista”, la revista metafórico el *affaire* Lewis y lo presentó como una extensión posible de las relaciones EE.UU/Latinoamérica. Por último, la difusión de la categoría “cultura de la pobreza” tuvo un impacto reorganizador importante en el mapa de sus referencias ideológicas: en lugar de debatir la cuestión latinoamericana en términos económicos, esta categoría contribuyó a despolitizar la

discusión y dio vía libre para hacer una lectura desde el ámbito casi exclusivo de lo cultural. Un salto “epistemológico” de estas características es justamente el que da Carlos Fuentes, junto a O. Lewis y K.S. Karol en el diálogo que mantuvieron para *Le Nouvel Observateur* y cuya versión española reproduce *Mundo Nuevo* en el número 11 (1967):

Me siento muy atraído por el concepto de cultura de la pobreza tal como lo ha presentado Lewis, porque creo [dice Fuentes] que uno puede generalizar hasta incluir la mayor parte de América Latina en esta perspectiva que podría definir desde un punto de vista cultural a la totalidad de nuestras sociedades, y aun la cultura de nuestra burguesía e incluso la cultura del lujo, ya que en América Latina ambas están en definitiva definidas por la cultura de la pobreza. (9)

Pero más allá de estos réditos simbólicos, el cisma F.C.E./ Siglo XXI le sirvió a *Mundo Nuevo* para festejar el proceso de desagregación que entonces reflejaba la monolítica cultura oficial mexicana y que alcanzó su punto culminante después de la revuelta estudiantil de 1968. Con una tradición pobre en antecedentes históricos de este tipo (el de José Pagés Llergo puede ser uno, el de Fernando Benítez, otro),¹⁶ el alejamiento de Orfila Reynal del aparato estatal y la deserción masiva de intelectuales que siguió a la represión de Tlatelolco señalaron los límites de tolerancia que imponía la cultura oficial: eran los signos inequívocos de que hacia 1968, tanto en Argentina como en México, el Estado y la vanguardia artística habían dejado de encarar proyectos culturales compatibles.

Cuarto caso: El Premio Rómulo Gallegos

Frente al intervencionismo cultural y al estrangulamiento económico que propició el Estado autoritario argentino, o frente al agresivo disciplinamiento encarado por el Estado nacionalista mexicano, la política oficial que adoptó el Estado venezolano en los 60 representa, sin duda, un tercer estilo de acción cultural. A mediados de la segunda mitad de la década, cuando el resto de los oficialismos latinoamericanos asistían perplejos a los procesos

de politización de la vanguardia artística y se resistían a seguir patrocinándola, el Estado venezolano no sólo premia (liberal y ostentosamente) al *boom* de novela latinoamericana, sino que encara también un explosivo proyecto de modernización y expansión de toda su industria cultural. A través del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes edita revistas especializadas (*Imagen y Zona franca*), auspicia la realización de foros internacionales (XIII Congreso Internacional de Literatura Iberoamericano, 1967) y, sin perder de vista los proyectos editoriales del F.C.E. y EUDEBA, monta y pone en funcionamiento la editorial oficial Monte Avila.¹⁷

Ninguna de estas medidas recibió, sin embargo, tanta atención publicitaria como el monto de dinero que el gobierno estipuló para el "Premio Rómulo Gallegos". Instituido en 1967 para conmemorar los 80 años del famoso novelista venezolano y el cuarto centenario de Caracas, el Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes de Venezuela otorgó 100.000 bolívares (algo así como 22.000 dólares) a "la mejor novela escrita en lengua castellana en el curso de un quinquenio" (Oviedo, 42). Semejante monto, el más alto después del Nobel que alcanzaba un premio literario, pareció exorbitante (y sin duda, lo era) frente a los magros 1,000 dólares del premio "Casa de las Américas" o al prestigio y a la promesa de publicación que sólo ofrecía el premio "Biblioteca Breve" de Seix Barral.

Mundo Nuevo aplaudió la decisión del gobierno venezolano de manera estridente. El premio coqueteaba con el *boom* —lo que debió sin duda halagar a Rodríguez Monegal— pero, más que nada, la revista festejó (contra su costumbre) la iniciativa oficial porque era un estado anticastrista el que en 1967 se disponía a premiar a Mario Vargas Llosa, aliado, por entonces, a la causa cubana. A pesar de que las autoridades negaron que el premio tuviera implicaciones políticas, el público latinoamericano no pudo dejar pasar por alto que la entrega se producía en momentos en que Venezuela elevaba una queja contra Cuba en la OEA. Muy oportunamente, *Mundo Nuevo* aprovechó sus comentarios a la inauguración para alabar, por un lado, la "independencia de juicio" que reflejaba la política

cultural del gobierno de Raúl Leoni y atacar, por otro, el "sectarismo" intelectual de la Cuba revolucionaria:

Al dar el premio a un escritor tan comprometido en la causa cubana (es miembro del Consejo Asesor de la revista *Casa de las Américas*, de La Habana, y firmante de los principales manifiestos de solidaridad con dicha causa), el INCIBA ha demostrado su independencia de juicio y ha dado un ejemplo difícil de igualar. Como apuntaba alguien: ¿Es concebible imaginar a la Casa de las Américas entregando un gran premio a Borges por una de sus obras y permitiendo que el escritor argentino ratifique en público en La Habana su simpatía por los Estados Unidos? La democracia práctica tiene su precio, y el precio en este caso fue pagado con la mayor sencillez. (Rodríguez Monegal 1967b, 17)

Pero si bien ésta fue la razón que esgrimió la revista públicamente, el verdadero móvil que llevó a *Mundo Nuevo* a festejar desmedidamente el premio a *La casa verde* fue aparentemente otro. En una carta a Jorge Luis Recavarren, miembro del ILARI peruano, Rodríguez Monegal escribió lo siguiente:

Con respecto a Vargas Llosa, te ruego que no escribas nada en contra de él. Mario está haciendo un esfuerzo muy grande por conservar la amistad con los cubanos y no perderla del todo conmigo. Yo tengo esperanza de que él finalmente rompa con los cubanos. Estos se están poniendo cada vez más energuménicos [sic] y resulta bastante difícil seguirlos. Por otra parte, como es casi seguro que le den el premio Rómulo Gallegos a Mario, él va a ir a Venezuela al Congreso de Caracas que se reúne a principios de agosto y al cual yo voy a ir también. Estoy casi seguro que si le dan el premio R.G. y si Mario acepta, los cubanos le van a escribir una de esas famosas cartas abiertas como la que le escribieron a Neruda. Este es mi cálculo y por eso te pido que no provoques ninguna colisión entre Mario y nosotros. En este juego en que estamos metidos, querido Jorge Luis, no hay más remedio que tener paciencia. (Rodríguez Monegal 1967c)

La ruptura que Rodríguez Monegal deseó en 1967, ocurrió sí, pero cuatro años después, en 1971, cuando el caso Padilla actuó de detonante, desmembrando la antigua cohesión del frente único de apoyo externo a Cuba. Para entonces, Gabriel García Márquez se preparaba para recibir el segundo premio Rómulo Gallegos por *Cien años de soledad*. Pero los tiempos que corrían eran, sin duda, otros. En 1972, el mapa mitológico del *boom*

había reorganizado drásticamente sus antiguas relaciones de poder. El caso Padilla, la emergencia de los estados autoritarios, la escisión de Seix Barral, la clausura de *Mundo Nuevo*, el fracaso de *Libre* como proyecto colectivo y la consecuente politización de las vanguardias artísticas, fueron algunos de los factores que justificaron el tono polémico que enrareció no sólo el desarrollo de "El Coloquio del libro Monte Avila" sino también la entrega simultánea del segundo premio Rómulo Gallegos: dos eventos que, para muchos, destilaron esa suerte de ambigüedad inconfundible que siempre acompaña la celebración de todo anacronismo.

Notas

¹ En la reunión de Buenos Aires, Fidel Castro sugirió un plan de diez años de financiamiento norteamericano por un total de treinta mil millones de dólares. Frente a estas expectativas, la Alianza para el Progreso sólo invirtió dos mil millones anuales en el término de diez años (Halperín Donghi 446-47).

² Utilizo "residual" en el sentido que Raymond Williams atribuye a este término. Para Williams, residual no significa ni arcaico ni desechable. La noción remite a aquel repertorio de significaciones culturales que, habiendo ocupado una posición hegemónica en el pasado, ocupa en la constelación cultural del presente una posición, que aunque activa, es, sin embargo, una posición en receso; vale decir, que no es ni dominante ni alternativa (1980, 143).

³ El *corpus Mundo Nuevo* que promociona y/o evalúa las distintas actividades del Instituto Di Tella está constituido por los siguientes artículos y notas: a) German Kratochwil, "Arte pop en Buenos Aires" (*MN* 26-27 [1968]: 106-12); b) "Entre la seriedad y la represión" Nota editorial (*MN* 26-27 [1968]: 123-24); c) C.A.B. "El mandarín cambia de rumbo" (*MN* 41 [1969]: 89); d) German Kratochwil, Marta Slemenson y F. Levre, "¿Un vacío de vanguardia en las artes plásticas de Argentina?" (*MN* 49 [1970]: 73-78); e) C.A.B. "Buenos Aires: De Gardel a Di Tella" (*MN* 54 [1970]: 90-92).

⁴ Respecto de las transformaciones que sufre el campo cultural bajo regímenes autoritarios consúltese especialmente Brunner 1981 y Brunner, Barrios, Catalán 1989.

⁵ García Canclini define la muestra en los siguientes términos: "Dentro del edificio (los ex-ditellistas) colocaron grandes fotos murales, paneles preparados por economistas sobre la estructura empresaria y laboral de la provincia, artículos periodísticos ampliados fotográficamente y formando *collages*, carteles de manifestaciones; proyectaron películas y diapositivas, distribuyeron volantes y folletos que analizaban la estructura de clases y las formas de producción" (1988, 135).

⁶ En este sentido resulta ilustrativa la categorización de los artistas jóvenes que realizan Kratochwil, Slemenson y Fevre: "los 'nuevos' cuyas pautas no siempre son predecibles, porque no se conforman con romper las barreras estéticas, sino que aspiran a romper todas las estructuras, son los que hablan de 'revolución' y no de 'cambio', aunque no siempre saben cuáles son los medios a utilizar, y confunden a menudo la lectura ideológica del arte con el

simple arte politizado" (78). La cita refleja el tipo de discusión que también se hizo frecuente entre escritores y lectores latinoamericanos del período (recuérdese, sin ir más lejos, la polémica Collazos-Cortázar-Vargas Llosa [1970]). En todo caso, la oposición cambio-revolución calca la polarización que se dio en los 60 entre reformistas y transformistas revolucionarios, entre seguidores de la Alianza para el Progreso y seguidores de la Revolución Cubana.

⁷ El *corpus Mundo Nuevo* que da cuenta directa del tema Eudeba/CEDAL está constituido por los siguientes artículos y notas: a) Horacio D. Rodríguez, "EUDEBA y la crisis universitaria argentina" (MN 5 [1966]:91-94); b) "Cambios en EUDEBA" Nota editorial (MN 6 [1966]:95); c) "De la EUDEBA al CEAL" Nota Editorial (MN 6 [1967]:69-70); d) Sebastián Suarfa, "Retracción editorial" (MN 46 [1970]:70-71).

⁸ En otra parte del mismo artículo, Rodríguez baraja los números siguientes: un libro de 100 páginas cuesta aproximadamente 160 pesos, alrededor de 0,57 dólares (91).

⁹ Específicamente Suarfa dice: "La retracción sumada a los altísimos precios con los cuales los editores latinoamericanos pretenden colocar su mercadería, ha traído como consecuencia una estimación de sensible baja" (70).

¹⁰ Para datos, documentación y análisis referidos a este período, consúltese O'Donnell 1982.

¹¹ En una entrevista a Benito Milla, fundador de la Editorial Alfa y director-gerente de la editorial Monte Avila, Rodríguez Monegal se refiere a la "crisis de la industria editorial" en los siguientes términos: "Lo que pasa es que en América Latina es muy difícil que una actividad cultural cualquiera pueda desarrollarse con total independencia económica de los poderes políticos nacionales y esto es evidentemente una señal del subdesarrollo de que tanto se habla. En otros países, de un desarrollo industrial y económico mayor, existe la posibilidad de manifestaciones culturales políticamente independientes" (Benito Milla 83).

¹² Con relación al tono anti-corporativista que domina el discurso de la segunda etapa de *Mundo Nuevo*, consúltense los siguientes artículos: Arias, Novick y Goldenstein; Avilés Fabila; Barroso.

¹³ El *corpus* FCE/Siglo XXI/Lewis está formado por los siguientes notas y artículos: 1) "Un paso al futuro" (MN 1 [1966]:79); 2) "El escándalo de *Los hijos de Sánchez*" (MN 3 [1966]:82-95); 3) "Oscar Lewis en Francia" (MN 4 [1966]:92-93); 4) Oscar Lewis, "La cultura de la pobreza" (MN 5 [1966]:36-42); 5) "Nuevas publicaciones" (MN 7 [1967]:86-87); 6) "Oscar Lewis en Puerto Rico" (MN 8 [1967]:92); 7) "Lewis en España" (MN 8 [1967]:90); 8) Oscar Lewis, "La vida: Puerto Rico y U.S.A." (MN 10 [1967]:38-48); 9) Oscar Lewis, K.S. Karol y Carlos Fuentes, "Pobreza, burguesía y revolución" (MN 11 [1967]:5-18); 10) Oscar Lewis, "En un arrabal de Puerto Rico" (MN 25 [1968]: 29-30).

¹⁴ Específicamente la SMGE acusa a Lewis y a la dirección del F.C.E. de haber publicado una obra "indecente e impúdica" que "denigra al pueblo y al gobierno de México" y que tendenciosamente hace decir a sus personajes, "dos

vagos y malvivientes y dos semiprostitutas", frases como éstas: "qué distintas serían las cosas en México si nos gobernara un presidente norteamericano" o "deberían regir aquí las leyes de ese gran país"...("El escándalo de *Los hijos de Sánchez*" 86).

¹⁵ El anti-estatalismo de la revista se deja ver en los siguientes comentarios de Rodríguez Monegal: el "F.C.E. se desprendía de uno de los títulos que más éxito habían obtenido. Los motivos de esta generosidad resultan evidentes para quienes conozcan el carácter semioficial de dicha editorial. Aunque en el fallo del Procurador General de la República se levantan los cargos de la SMGE, en la realidad de los hechos la publicación de *Los hijos de Sánchez* por el F.C.E. resultó condenada. La obra pertenece ahora a una editorial independiente" ("El escándalo..." 83).

¹⁶ Expulsado de la revista *Hoy*, José Pagés Llergo funda *Siempre!* en 1953, revista a la que Fernando Benítez, otro expulsado del periódico *Novedades*, termina sumándose a fines de 1961 (Zaid 1975, 14).

¹⁷ Remito aquí a las notas y artículos de *Mundo Nuevo* que dan cuenta de los eventos relacionados con los aludidos programas oficiales de modernización cultural: a) T[omás].S[egovia]. "Una red de agujeros" (MN 4 [1966]:88-89); b) Emir Rodríguez Monegal "Diario de Caracas". (MN 17 [1967]:4-19); c) "El Premio Rómulo Gallegos" Documentos. (MN 17 [1967]:92-95); d) E. del M. "Imagen de Venezuela" (MN 20 [1968]:91).

Colofón

Lanzada por el Congreso por la Libertad de la Cultura para dar respuesta al “problema” cubano, *Mundo Nuevo* fue (a pesar incluso de sí misma) una revista política que tardó en reconocer abiertamente su militancia en el campo. El contrato de matriz liberal que firmó con un lector clase-media, instruido, “moderno” y dispuesto a aplaudir sin reservas toda muestra de vocación “desinteresada,” validó desde afuera esta cara pública que con el tiempo se convirtió en uno de los costados más folklorizados de la revista. Así legitimada, *Mundo Nuevo* erigió un discurso monumental en torno a la libertad intelectual y en nombre de esta última rechazó —al menos teóricamente— toda forma de “partidismo” político o “compromiso” de tono sartreano.

En la práctica, no obstante, la política circuló profusamente en sus páginas, revestida, eso sí, de un agudo sentido moral. “Éticamente” *Mundo Nuevo* se opuso a los nacionalismos (el mexicano fue su blanco predilecto), atacó a los populismos (manifestando enconado rechazo hacia el peronista) y, cada vez que pudo, criticó a los Estados-ángel de la guarda o gran mecenas de la cultura (como el estado cubano revolucionario al que *Mundo Nuevo* siempre aludió aunque no necesariamente siempre nombró).

En un campo intelectual donde la Guerra Fría impuso estilos de acción agresiva y donde la lucha por ganar espacios políticos fue asimilada a la lucha por acumular poder interpretativo, las

posiciones que adoptaron los distintos agentes culturales tendieron a reflejar los vaivenes propios del juego entre cultura, política y mercado. Como parte activa de esta dinámica, *Mundo Nuevo* se vió obligada a ocupar distintos lugares de enunciación: a veces (cuando quiso castigar o premiar, consagrar o condenar) la revista asumió el rol implacable de juez o fiscal; otras veces (cuando necesitó fijar sentidos, cristalizar mitos o imponer su propia versión de los hechos) *Mundo Nuevo* adoptó el papel de intérprete riguroso; otras (cuando tradujo textos y los puso en circulación) actuó como importador acreditado de ideas, y muchas otras veces (cuando aspiró a enseñar comportamientos y hábitos al público) no evitó tampoco incursionar en el enunciado didáctico, la prédica o en la defensa vehemente de alguna tradición trasnochada.

Más allá de este afán renovador o de las correcciones mínimas a la rutina que el contexto pareció imponerle, *Mundo Nuevo* —como casi todas las revistas de su género— siempre imaginó hablar del lado de la verdad. Convencida de ello, sacó a relucir normas o políticas sin dar cuenta mínima de ellas. Como si se tratara de medidas de valor universal e incuestionable, en sus páginas dió por sobreentendido que el sentido vago y abstracto de justicia que defendía era el reflejo “natural” y ajustado de la única visión del mundo aceptable.

La literatura fue —al menos en lo que a la primera época se refiere— la coartada política más eficaz de *Mundo Nuevo*. Como fórmula del éxito, Rodríguez Monegal confió en la mezcla desigual de tecnología + espectáculo + exilio —un *compositum* que ya le había dado buenos resultados a *Sur*, la revista de Victoria Ocampo de la cual *Mundo Nuevo* heredó gran parte de su ideología literaria. El préstamo más obvio— la idea de Victoria Ocampo de “crear” una literatura cosmopolita, objeto de goce para selectas minorías —pasó intacta, sin sufrir modificaciones, a formar parte de las filas del esteticismo liberal en el que militó *Mundo Nuevo* en los años 60. Por eso resulta imposible discentir con King, cuando, en su estudio monográfico sobre *Sur*, afirma que la primera época de *Mundo Nuevo* fue la heredera natural de la revista argentina:

...la revista más “al día” de mediados de los sesentas [*Mundo Nuevo*] hizo lo que *Sur* habría podido hacer si sus colaboradores hubiesen sido jóvenes en tal década: publicar literatura contemporánea extranjera y obras importantes de la literatura latinoamericana. (King 1986, 231)

En el plano literario, *Mundo Nuevo* procedió de la misma manera en que lo había hecho en el terreno político: a este nivel, la revista trató de imponer sus propias reglas de juego validando ideologemas que el público tuvo que consumir sin ningún tipo de explicación previa. Fueron muchos los mitos que circularon en sus páginas, pero acaso sólo tres lograron proyectar cierta organicidad a su programa editorial: la imagen espectacular de escritor latinoamericano, la independencia ideológica del discurso literario y la fe en el lenguaje como estructura universal de sentido. Gracias a esta mitología y a la voz orgánica y colectiva que con ella supo modular Rodríguez Monegal, la primera época de *Mundo Nuevo* logró proyectar una inconfundible identidad retórica y discursiva en el campo de la crítica latinoamericana.

Hacia 1968, sin embargo, cuando los recuerdos del origen traumático parecían haber quedado definitivamente superados y la revista, en pleno uso de sus recursos, daba la impresión de haber ingresado finalmente a la familia liberal-literaria del Congreso por la Libertad de la Cultura, el alejamiento de Emir Rodríguez Monegal y los cambios introducidos por la nueva administración a partir del número 26 (Julio 1968) tuvieron un efecto apocalíptico sobre el perfil editorial que la revista había sabido proyectar hasta ese momento. A juzgar por los efectos que tuvo la “sucesión,” parecería que, en términos relativos, ni los avances de las dictaduras, ni la creciente politización de las clases medias latinoamericanas, ni la recesión económica que frenó abruptamente el *boom* de la industria cultural, resultaron tan decisivos para la imagen pública de *Mundo Nuevo* como lo fue el cambio de lineamientos que acompañó a la segunda época de la revista.

La gestión de Horacio Daniel Rodríguez abandonó muchas costumbres (o más bien desterró muchos “signos de distinción”) que habían consolidado el estilo de la revista con la dirección de

Emir Rodríguez Monegal. Entre los cambios más llamativos, la segunda época desechó los editoriales, excluyó el material gráfico para abaratar costos, redujo la frecuencia y la cantidad de entrevistas, introdujo las polémicas como método de debate, y llevó adelante una política sistemática de oposición al *boom* y al grupo de escritores y críticos que antes habían colaborado con Monegal.

El impacto devastador que todas estas transformaciones tuvieron sobre el macro-discurso *Mundo Nuevo* (en términos muy groseros, se diría que Horacio Daniel Rodríguez intentó borrar con el codo lo que Monegal escribió con la mano) lleva a pensar que, si en verdad existió una anti-*Mundo Nuevo*, esa revista no fue ni *Casa de las Américas*, ni *Margen*, ni *Marcha*, sino la segunda época de la misma *Mundo Nuevo*. Por eso, a la luz de esta evolución, es posible afirmar que el trayecto seguido por la publicación (lejos de lo atípico y contradictorio que a simple vista parece) cumple al pie de la letra aquella vieja predicción que vaticina que: “[l]a época de oro de [un]a revista literaria es [siempre] la primera” porque las segundas “tienden a ser menos ‘literarias’ y a ser más ‘políticas,’ ‘sociales,’ ‘de ideas,’ o ‘de cultura’” (Sheridan 365).

En 1971, cuando *Mundo Nuevo* agotó la última remesa de fondos proporcionados por la Fundación Ford, hacía mucho tiempo que había dejado de ser el *taste-maker*, el organizador efectivo, que fuera durante sus primeros años de acción cultural. Su desaparición fue tan intrascendente que el hecho fue ignorado incluso por *Marcha* y *Casa de las Américas*, los dos enemigos “tradicionales” de la publicación. Por otra parte, los comentarios rutinarios y circunstanciales que aparecieron en la prensa amiga no hicieron más que poner en evidencia el final largamente anunciado de *Mundo Nuevo*. Sin grandes efusiones, con el lenguaje reglamentario que se usa en estos casos, *Zona Franca* despidió así a la que a lo largo de cinco años había sido su aliada:

La revista *Mundo Nuevo* que dirigió en una primera etapa Emir Rodríguez Monegal, y después Horacio Daniel Rodríguez, dejará de aparecer. Esa publicación era financiada por el Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales (ILARI), adherido a la Asociación Internacional por la Libertad

de la Cultura. Constituye un fracaso para la Fundación Ford que es la entidad financiera de la Asociación Internacional, la suspensión de esa valiosa publicación que pasó de los 55 números y duró cuatro años y medio. *Mundo Nuevo* cumplió una labor destacada. En su primera etapa puso en evidencia la obra de los autores del llamado *boom* latinoamericano y, en ese sentido, contribuyó a valorar el movimiento literario de nuestros países. En su segunda etapa, matizada por tendencias sociológicas, abrió sus páginas a los jóvenes escritores de Latinoamérica y obtuvo de parte de estos, amplia acogida.

Mundo Nuevo tendió un puente entre los países latinoamericanos, en el campo de las letras y pese a la cerrada campaña que la izquierda nueva desató contra esa revista, asegurando que recibía fondos de la CIA, venció resistencias e infundios. La misma izquierda que acusaba, recibía fondos de Cuba o de países del Este. Lo cierto es que *Mundo Nuevo* por su amplitud, la seriedad de los textos publicados, la intención americanista, se impuso en América Latina. Su desaparición es una derrota no para quienes supieron dirigirla con eficiencia, sino para quienes fueron incapaces de seguir apoyando financieramente esta hermosa realización cultural con sabor latinoamericano. (“*Mundo Nuevo*” *Zona Franca* 6 [1971]:93)

Mundo Nuevo murió de muerte natural, sin producir impacto alguno en el campo latinoamericano. Vaciada de funciones y sin grandes causas que defender, puede decirse que, al desaparecer sin que nadie lo notara, *Mundo Nuevo* pasó a formar parte de esa clase odiosa de revistas a las que se refirió Guillermo Jiménez —esas revistas que “no saben bien morir” porque, tentadas fáusticamente por las mieles dudosas de una larga vida, llegan incluso a sacrificar el buen recuerdo que ganaron penosamente durante una primera época más o menos memorable (Citado en Sheridan 371).

Después de esta disolución sin consecuencias, ninguna revista logró ocupar el lugar que *Mundo Nuevo* dejó vacante en el campo. En todo caso, miradas en perspectiva, las condiciones de producción y recepción que imperaban en Latinoamérica a principios de la década del 70 no parecían ser las mismas condiciones que habían posibilitado la emergencia de la revista a mediados de los 60. Prueba de ello, el fracaso estrepitoso con que terminó en 1972 el intento encarado por *Libre* (la revista que *Casa de las Américas* saludó como nueva encarnación de *Mundo Nuevo*) no hizo más que confirmar que los años 70 no eran terreno propicio para el surgimiento de una publicación con aspiraciones continentales como las que había alentado *Mundo Nuevo*.

Obras citadas

- Ainsa, Fernando. "Algo más que un 'coquete-señal.'" *Mundo Nuevo* 33 (1969):71-74.
- "Al lector." *Mundo Nuevo* 11 (1967):4.
- "Al pie de la letra." *Casa de las Américas* 36-37 (1966): 217.
- "Al pie de la letra." *Casa de las Américas* 40 (1967): 147-148.
- "Al pie de la letra." *Casa de las Américas* 43 (1967): 142.
- "Al pie de la letra." *Casa de las Américas* 45 (1967): 150.
- "Al pie de la letra." *Casa de las Américas* 53 (1969): 154-155.
- "Al pie de la letra." *Casa de las Américas* 53 (1969): 165.
- Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz. *Literatura/Sociedad*. Buenos Aires: Hachette, 1983.
- Angenot, Marc. *La parole pamphlétaire. Typologie des discours modernes*. Paris: Payot, 1982.
- Arcocha, José Antonio. "Dicotomías: Lezama Lima y Cabrera Infante." *Aportes* 11 (1969): 59-65.
- Arias, Novick y Goldenstein. "Las 'trenzas' literarias en la Argentina." *Mundo Nuevo* 38 (1969): 8-18.
- Aron, Raymond. "El pensamiento sociológico." *Mundo Nuevo* 15 (1967): 4-8.
- "Reflexiones de un universitario." *La revolución estudiantil*. Ed. San José: Ed. Universitaria Centroamericana, 1971. 213-34.
- Avila Echazú, Edgar. "Las migraciones de braceros bolivianos a la Argentina." *Mundo Nuevo* 30 (1968): 21-31.
- Avilés Fabila, René. "Experiencia y confesión." *Mundo Nuevo*. 30 (1968): 12-20.
- "Cómo escribir una novela y convertirla en 'best-seller.'" *Mundo Nuevo* 51/52 (1970).
- Baran, Paul. *Reflexiones sobre la revolución cubana*. Buenos Aires: 1963.
- Barral, Carlos. *Cuando las horas veloces*. Barcelona: Tusquets, 1992.
- Basurto, José. "México: El movimiento estudiantil." *Mundo Nuevo* 30 (1968): 4-11.
- Barroso, Haydee M. Jofré. "Un casi reportaje al escritor argentino." *Mundo Nuevo* 51/52 (1970): 45-52.

Bellow, Saul. "El intelectual norteamericano." *Mundo Nuevo* 3 (1966):13-16.

Benedetti, Mario. "El boom entre dos libertades.(I)." *Marcha* 1434 (1969): 30-31.

"El boom entre dos libertades (II)." *Marcha* 1435 (1969): 30-31.

Benjamin, Walter. *Discursos interrumpidos I*. Madrid: Taurus, 1973.

Blanco, José Joaquín. "Más allá de la lectura, las intenciones monumentales." *La cultura en México* suplemento cultural de *Siempre!* 117 (14 de Enero de 1976):9-16.

Bourdieu, Pierre. *Literatura y sociedad*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1977.

"The Field of Cultural Production, or: The Economic World Reversed." *Poetics* 12 (1983): 311-56.

Language and Symbolic Power. Selección e Introducción de John B.Thompson. Traducido por Gino Raymond y Matthew Adamson, Cambridge: Harvard UP, 1991.

Bourdieu, Pierre. y Loic J.D. Wacquant. *An Invitation to Reflexive Sociology*. Chicago: Chicago UP, 1992.

Bourricaud, Francois. "Francia: Reforma y contestación." *Mundo Nuevo*. 26-7 (1968): 9-14.

Braden, Thomas W. "I'm Glad the CIA is 'Immoral.'" *Saturday Evening Post* 20 May 1967: 10, 12 & 14.

Brignardello, Luisa. "Argentina: Dos años de malas relaciones." *Mundo Nuevo* 26-7 (1968): 25-37.

Brunner, José Joaquín. *La cultura autoritaria en Chile*. Santiago de Chile: FLACSO, 1981.

Brunner, J., Barrios, A. y Catalán, C.. *Chile: Transformaciones culturales y modernidad*. Santiago de Chile: FLACSO, 1989.

C.A.B. "El mandarín cambia de rumbo." *Mundo Nuevo* 41 (1969): 89.

"Buenos Aires: De Gardel a Di Tella." *Mundo Nuevo* 54 (1970): 90-92.

Cabrera Infante, Guillermo. "Desde el Swinging London." *Mundo Nuevo* 14 (1967): 45-53.

"Las fuentes de la narración. Entrevista de Emir Rodríguez Monegal." *Mundo Nuevo* 25 (1968a): 41-58.

"Las respuesta de Cabrera Infante." *Primera Plana* 30 de Julio de 1968b: 48-50.

"Include me out." *Requiem for the "Boom" — Premature?* Ed. Rose Minc y Marilyn Frankenthaler. Montclair: Montclair State College, 1980.

"Cuando Emir estaba vivo." *Homenaje a Emir Rodríguez Monegal*. Ed. Montevideo: Ministerio de Educación y Cultura, 1987. 37-43.

"Cambios en EUDEBA." *Mundo Nuevo* 6 (1966): 95.

Cano Gaviria, Ricardo. "El lenguaje del crítico." *Mundo Nuevo* 42 (1969): 45-52.

"Carta abierta a Pablo Neruda. Documento." *Casa de las Américas* 38 (1966): 131-135.

Castro, Fidel. "Discurso del 1 de mayo de 1971." *Libre* 1 (1971): 118-119.

Chomsky, Noam. "Los éxitos de la propaganda." *Pie de página*. Suplemento Cultural de *Página/12* 26 Abr. 1992: 8.

"CIA Spies from 100 Miles Up; Satellites Probe Secrets of Soviet." *New York Times* 27 Apr. 1966: 1 & 28.

"CIA: Maker of Policy, or Tool?" *New York Times* 25 Apr. 1966: 1 & 28.

"CIA: Los espías celestiales." *Marcha* 1304 (20 Mayo 1966): 20.

"CIA: Un complot desenmascarado." *Marcha* 1304 (20 Mayo de 1966): 21.

"CIA culture: the story of a literary Bay of Pigs." *Sunday Times* 14 May 1967: 11.

Ciria, Alberto. "América Latina ¿fotografía o daguerrotipo?" *Mundo Nuevo* 26-27 (1968): 113-122.

"La reforma universitaria argentina y su crisis (1918-1969)." *Mundo Nuevo* 57-8 (1971): 11-19.

"Una investigación sobre el movimiento estudiantil." *Mundo Nuevo* 34 (1969): 45-7.

Cockcroft, Eva. "Abstract Expressionism: Weapon of the Cold War." *Artform* 12 (1974): 39-41.

Coleman, Peter. *The Liberal Conspiracy. The Congress for Cultural Freedom and the Struggle for the Mind of Postwar Europe*. New York: The Free Press, 1989.

"Conclusiones: El carácter de la CIA depende de su director." *Marcha* 1305 (27 de mayo de 1966): 16-18.

Cornejo Polar, Jorge. "Acerca de la liberación mental y la creación." *Mundo Nuevo* 42 (1969): 31-40.

Cortázar, J., Vargas Llosa, M. y Collazos, O.. *Literatura en la revolución y revolución en la literatura*. México, D.F.: Siglo XXI, 1970.

"Carta a José Lezama Lima." *José Lezama Lima: Paradiso*. Ed. Cintio Vitier. Colección Archivos. Madrid: UNESCO, 1988.

Coser, Lewis. *Hombres de ideas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1977.

- Coulthard, G.R. "La enajenación en las letras latinoamericanas." *Mundo Nuevo* 42 (1969): 41-44.
- "Crisis de la universidad: dos conciencias." *Mundo Nuevo* 32 (1969): 89-90.
- "De EUDEBA al Ceal." Sextante. *Mundo Nuevo* 13 (1967): 69-70.
- "Defensa de los lingheras." *Mundo Nuevo* 44 (1970): 39-40.
- "Denuncia de la SMGE." *Mundo Nuevo* 3 (1966): 87-88.
- Desnoes, Edmundo. "A falta de otras palabras." *Más allá del boom. Literatura y mercado*. Ed. Ángel Rama. Buenos Aires: Folios, 1984: 255-261.
- Díaz, Filiberto. "Cuba y su literatura." *Mundo Nuevo* 39-40 (1969): 83-86.
- Donoso, José. Carta a Emir Rodríguez Monegal." 11 Oct. 1972, Emir Rodríguez Monegal's Papers. University of Princeton Library, Princeton.
Historia personal del boom. Barcelona: Anagrama, 1972.
- E. del M. "Imagen de Venezuela." *Mundo Nuevo* 20 (1968): 91.
- Edwards, Jorge. *Persona non grata*. Barcelona: Grijalbo, 1976.
- Ehrmann, Hans. "Carta a Emir Rodríguez Monegal." 14 Jun. 1966. Emir Rodríguez Monegal's Papers. University of Princeton Library, Princeton.
- "El Congreso del P.E.N. Club. Sextante." *Mundo Nuevo* 3 (1966): 75-76.
- "El papel de la universidad." *Mundo Nuevo* 42 (1969): 95.
- "El premio Rómulo Gallegos." Documentos. *Mundo Nuevo* 17 (1967): 92-95.
- "Entre la seriedad y la represión." Sextante. *Mundo Nuevo* 26-27 (1968): 123-24.
- Enzensberger, Hans-Magnus. "Il linguaggio dello Spiegel." *Comunicazioni e Cultura di massa*. Ed. M. Livolsi. Milano: Ulrico Hoepli Editore, 1969.
- "Escándalo de *Los hijos de Sánchez*." Documentos. *Mundo Nuevo* 3 (1966): 82-95.
- Estrada, José. "Algunas reflexiones sobre la Olimpiada Cultural." *Mundo Nuevo* 33 (1969): 35-37.
- Faria, Marcus. "El movimiento estudiantil brasileño." *Mundo Nuevo* 34 (1969): 30-36.
- Fejtő, François. "Notas sobre Cuba." *Mundo Nuevo* 1 (1966): 51-59.
- Fernández Retamar, Roberto. "Calibán." *Casa de las Américas* 68 (1971): 121-51.

- "Contra la penetración cultural yanqui." *Marcha* 1375 20 oct. 1967: 29.
- Fernández Retamar, Roberto/ Rodríguez Monegal, Emir. "Correspondencia." *La rosa blindada* 2.8 (1966): 58-59.
- Fornet, Ambrosio. "New World en español." *Casa de las Américas* 40 (1967): 70-77.
- Foucault, Michel. *Sexo, Verdad, Poder*. Barcelona: 1978.
- "Foundations as 'Fronts.'" *The Nation* 14 sept. 1967: 102-103.
- Franco, Jean. "Narrador, autor, superestrella: La narrativa latinoamericana en la época de cultura de masas." *Revista Iberoamericana* 114-15 (1981): 129-148.
- Frankenthaler, R. Mincy M.R., ed. *Requiem for the "Boom"-Premature*. Montclair State College, 1980.
- Frenk, Susan F. "Two Journals of the 1960s: *Casa de las Américas* and *Mundo Nuevo*." *Bulletin of Latin American Research* 3.2 (1984): 83-93.
- Fuentes, Carlos. "Situación del escritor en América Latina. Entrevista de Emir Rodríguez Monegal." *Mundo Nuevo* 1 (1966): 3-20.
La nueva novela hispanoamericana. México D.F.: Joaquín Mortiz, 1969.
"La Francia Revolucionaria: Imágenes e ideas." *La revolución estudiantil*. Ed. San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1971. 9-50.
- García Canclini, Néstor. "Cultura y Poder." *Espacios* 2 (1985): 7-12.
La producción simbólica. Teoría y método en sociología del arte. 4a. ed. México, D.F.: Siglo XXI, 1988.
Culturas híbridas. México D.F.: Grijalbo, 1990.
- García Márquez, Gabriel. Carta a Emir Rodríguez Monegal 24 Mayo 1967. Emir Rodríguez Monegal's Papers. Princeton University Library, Princeton.
- Goodman, Walter. "The Liberal Establishment Faces: The Blacks, The Young & The New Left." *New York Times Magazine* 29 Dec. 1968: 8,9,20,23.
- Goytisolo, Juan. "El gato negro que atravesó nuestras oficinas de la Rue de Bievre." *Quimera* 29 (1983): 12-25.
- Gramuglio, María Teresa. "Pensar los sesenta." *Punto de vista* 24 (1985): 35-36.
- Guilbaut, Serge. *How New York Stole the Idea of Modern Art. Abstract Expressionism, Freedom, and the Cold War*. Chicago: U Chicago P, 1983.

- Guilhaumou, Jacques. "Orientaciones actuales sobre el análisis del discurso político contemporáneo." *El discurso político*. Ed. Mario Monteforte Toledo. México D.F.: UNAM/Nueva Imagen, 1980. 119-43.
- Gusdorf, Georges. "Conditions and Limits of Autobiography." *Autobiography. Essays Theoretical and Critical*. Ed. James Olney. Princeton: Princeton UP, 1980.
- Habermas, Jürgen. "The Public Sphere: An Encyclopedia Article." *New German Critique* 3 (1974):49-55.
El discurso filosófico de la modernidad. Buenos Aires: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 1989.
- Halperin Donghi, Tulio. *Historia Contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza Editorial, 1972.
- Herelig, L. "Villa miseria: Cara y Ceca." *Mundo Nuevo* 44 (1970): 41-45.
- "Historia de una 'calumnia.'" *Marcha* 1355 3 Jun. 1967: 31.
- Hodara, Joseph. "La explotación de la sociología." *Mundo Nuevo* 41 (1969): 25-31.
- Horkheimer, Max. *Sociedad en transición: estudios de filosofía social*. Barcelona: Editorial Planeta-De Agostini, 1986.
- "House of Glass." *Newsweek*. 6 Mar. 1967: 28, 31-32.
- Huneus, Cristián. "Carta a Emir Rodríguez Monegal." 30 Mar. 1968. Emir Rodríguez Monegal's Papers. University of Princeton Libraries, Princeton.
- Iglesias, Ignacio. "Novelas y novelistas de hoy." *Mundo Nuevo* 28 (1968): 84-88.
"Crítica a unos críticos." *Mundo Nuevo* 35 (1969): 53-56.
- Indart, Juan Carlos. "Mecanismos ideológicos en la comunicación de masas: la anécdota en el género informativo." *Lenguajes* 1.1 (1974): 48-76.
- Jameson, Fredric. "Periodizing the 60s." *The Sixties, without Apology*. Ed. A. Stephanson S. Sayres S. Aronowitz & F. Jameson. Minneapolis: U of Minnesota P, 1984. 178-215.
- Katsiaficas, George. *The Imagination of the New Left: A Global Analysis of 1968*. New York: Harper & Row, 1988.
- Keen, Harold. "Braden Reveals He Set Up CIA Air to Students Unions." *Los Angeles Times* 7 May 1967: 1 & 19.
- King, John. *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura. 1931-1970*. México: Fondo de Cultura Económica, 1983.
El Di Tella y el desarrollo cultural argentino en la década del sesenta. Trans. Carlos Gardini. Buenos Aires: Ediciones de Arte Gaglianone, 1985.
Sur: A study of the Argentine literary journal and its role in the development of a culture, 1931-1970. Cambridge: Cambridge U P, 1986.
- Kratochwil, Germán. "Arte pop en Buenos Aires." *Mundo Nuevo* 26-27 (1968): 106-12.
- Kratochwil, G., Slementson, M. y Fevre, F. "¿Un vacío de vanguardia en las artes plásticas de Argentina?" *Mundo Nuevo* 49 (1970): 74-78.
- "La CIA y los intelectuales." *Mundo Nuevo* 13 (1967): 4.
- "La CIA: ¿Cerebro político o chivo emisario?" *Marcha* 1302 6 May. 1966: 16-17.
- Ladrón de Guevara, Moisés. "En torno a la nueva novela latinoamericana." *Mundo Nuevo* 34 (1969): 86-87.
- Lasch, Christopher. "The Cultural Cold War: A Short History of the Congress for Cultural Freedom." *Towards a New Past; Dissenting Essays in American History*. Ed. Burton J. Bernstein. New York: Pantheon Books, 1968. 322-359.
"The Cultural Cold War: A Short History of the Congress for Cultural Freedom." *The Agony of the American Left*. New York: Alfred A. Knopf, 1969.
- "Las reglas del juego. Editorial." *Mundo Nuevo* 5 (1966): 2.
- Leñero, Vicente. "Reflexiones en torno a la narrativa joven de México." *Mundo Nuevo* 39-40 (1969): 18-21.
- León, Leonilda J. "Algunas objeciones al artículo 'Novelas y novelistas de hoy.'" *Mundo Nuevo* 33 (1969): 80-82.
- "Lewis en España." *Mundo Nuevo* 8 (1967): 90.
- Lewis, Oscar. "La cultura de la pobreza." *Mundo Nuevo* 5 (1966): 36-42.
"La vida: Puerto Rico y U.S.A." *Mundo Nuevo* 10 (1967): 38-48.
"En un arrabal de Puerto Rico." *Mundo Nuevo* 25 (1968): 29-33.
- Lewis, O., K.S. Karol y C. Fuentes. "Pobreza, burguesía y revolución." *Mundo Nuevo* 11 (1967): 5-18.
- Lipset. *Estudiantes universitarios y política en el Tercer Mundo*. Montevideo: Editorial Alfa, 1965.
- Lora Risco, Alejandro. "Sobre una polémica de fuste: nota azorante." *Mundo Nuevo* 33 (1969): 75-79.
- "Los actores hablan." *Mundo Nuevo* 3 (1966): 90-91.
- Luján Silveira, Sergio. "La juventud uruguaya (Reportaje de una rebelión)." *Mundo Nuevo* 34 (1969): 4-22.
- Mac Adam, Alfred J. "The Boom: A retrospective. Interview with Emir

Rodríguez Monegal." *Review* 33 (1984): 30-36.

Maguid, A. "Los crotos: La militancia transhumante." *Mundo Nuevo* 44 (1970): 19-30.

"Manifiesto contra la infiltración imperialista." *Marcha* 1374 14 Oct. 1967: 29.

Marcellesi, B. y Gardin, J.B. *Introduction á la sociolinguistique*. Paris: Larousse, 1974.

Marcuse, Herbert. *One Dimensional Man*. Beacon Press, 1964.

Mario, José. "Allen Ginsberg en La Habana." *Mundo Nuevo* 34 (1969): 48-54.

Martínez, Tomás Eloy. "Los argentinos podemos competir en el mercado internacional." *Claves del periodismo argentino actual*. Ed. Jorge Rivera y Eduardo Romano. Buenos Aires: Ediciones Tarso, 1987.

McCarthy, Kathleen D. "From Cold War to Cultural Development: The International Cultural Activities of the Ford Foundation, 1950-1980." *Daedalus* 116.1 (1987): 93-117.

Medina, Margarita, Suzán Prieto y Gabriel Careaga. "México: La ideología del estudiante universitario." *Mundo Nuevo* 8 (1967): 74-79.

Mills, C. Wright. "The New Left." *Power, Politics and People*. Ed. Irving Louis Horowitz. New York: Oxford U P, 1963.

"Misusing CIA Money." *New York Times* 4 Sept. 1964: 28.

Molloy, Sylvia. "La imagen de la felicidad: el relato de infancia en Hispanoamérica." *Homenaje a Alfredo A. Roggiano*. Ed. Keith McDuffie y Rose Minc. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 1990.

Monsiváis, Carlos. "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX." *Historia general de México*. Ed. Daniel Cosío Villegas. 3ª Ed. México D.F.: El Colegio de México, 1988. 2: 1375-1548.

Mudrovic, María Eugenia. "Mundo Nuevo: Hacia la definición de un modelo discursivo." *Nuevo Texto Crítico* 11 (1993): 187-206.

"En busca de dos décadas perdidas: La novela de los años 70 y 80." *Revista Iberoamericana* 164-65 (1993): 445-68.

"Mundo Nuevo." *Zona Franca* 6 (1971): 93.

Neruda, Pablo. *Incitación al Nixonicidio y alabanza de la revolución chilena*. Santiago de Chile: 1971.

Confieso que he vivido. Barcelona: Seix-Barral, 1974.

Nisbet, Robert. "El Plan Camelot: Una autopsia." *Mundo Nuevo* 9 (1967): 78-88.

"Nuevas publicaciones." *Mundo Nuevo* 7 (1967): 86-87.

Nun, José. "¿Por qué y para qué, la misión Rockefeller?" *Marcha* 1486 (1970): 20-21.

"Obreros e intelectuales." *Mundo Nuevo* 42 (1969): 81-82.

O'Brien, Conor Cruise. "Some Encounter with the Culturally Free." *New Left Review* 44 (1967): 60-63.

O'Donnell, Guillermo. 1966-1973. *El estado burocrático autoritario*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1982.

"Opinan destacados intelectuales mexicanos." *Mundo Nuevo* 3 (1966): 91-92.

Oviedo, José Miguel. *Mario Vargas Llosa: la invención de una realidad*. Barcelona: Editorial Seix Barral, 1982.

"Oscar Lewis en Francia." *Mundo Nuevo* 4 (1966): 92-93.

"Oscar Lewis en Puerto Rico." *Mundo Nuevo* 8 (1967): 92.

Pagés Larraya, Antonio. "Tradicición y renovación en la novela hispanoamericana." *Mundo Nuevo* 34 (1969): 76-82.

"Papel del escritor en América Latina. Mesa redonda." *Mundo Nuevo* 5 (1966): 25-35.

"Paso al futuro." *Sextante*. *Mundo Nuevo* 1 (1966): 71.

Paulston, Rolland G. "Educación y cambio social." *Mundo Nuevo* 49 (1970): 11-15.

Paz, Octavio. "México: Olimpiada de 1968." *Sur* 314 (1968a): 17-18.

Posdata. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1968b.

"Quinta vuelta." *Vuelta* 60 (1981): 4.

El laberinto de la soledad. México D.F.: F.C.E., 1986.

"Perú: Universidad y violencia." *Mundo Nuevo* 41 (1969): 92-93.

Perus, Françoise. *El realismo social en perspectiva*. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 1995.

Petersen, John H. "Recent Research Latin American University Students." *Latin American Research Review* 51 (1970): 37-58.

Petras, James. "Dumont o el socialismo neocolonialista." *Los libros* 20 (1971): 28-29.

Piglia, Ricardo. "Ricarolo Piglia. La esfinge." *Babel*. III. 21 (1990): 36-8.

Pinilla de las Heras, E. "De la revolución liberal a la revolución cultural." *Mundo Nuevo* 26-7 (1968): 15-24.

Poniatowska, Elena. "Antes del escándalo. Diálogo con Elena Poniatowska." *Mundo Nuevo* 3 (1966): 83-87.

La noche de Tlatelolco. México D.F.: Ediciones Era, 1971.

Portantiero, Juan Carlos. *Estudiantes y política en América Latina. El proceso de la reforma universitaria (1918-1938)*. México D.F.: Siglo XXI, 1978.

- Portugal, Ana María. "Realidad y rebelión en el Perú." *Mundo Nuevo* 34 (1969): 23-29.
- "Presentación." *Mundo Nuevo* 1 (1966): 4.
- Prieto, Adolfo. "Los años 60." *Revista Iberoamericana* 125 (1983): 889-901.
- Rama, Ángel. "El mecenazgo de la CIA." *Marcha* 1302 6 May. 1966a: 29.
 "El amo y el servidor." *Marcha* 1304 20 May. 1966b: 31.
 "Los intelectuales en la época desarrollista." *Marcha* 1305 27 May. 1966c: 30-31.
 "Las fachadas culturales." *Marcha* 1306 3 Jun. 1966d: 30-31.
 "Una nueva política cultural en Cuba." *Cuadernos de Marcha* 49 (1971): 47-68.
 "Ángel Rama tira la piedra..." *Zona franca* 14 (1972a): 15-17.
 "Carta de Ángel Rama a Zona Franca." *Zona Franca* 16 (1972b): 10-15.
 "El 'boom' en perspectiva." *Más allá del boom: literatura y mercado*. Ed. Ángel Rama. Buenos Aires: Folios, 1984: 51-110.
- "Reforma universitaria en claustros eclesiásticos." *Mundo Nuevo* 34 (1969): 93-94.
- "Resolución del Procurador General de la República." *Mundo Nuevo* 3 (1966): 92-95.
- Restrepo Fernández, I. "México: Actividades culturales." *Mundo Nuevo* 28 (1968): 89-90.
- R.[estrepo] F.[ernández], I. "El movimiento cultural en México." *Mundo Nuevo* 29 (1968): 91-93.
- R.[estrepo] F.[ernández], I. "Lo que pasa en México." *Mundo Nuevo* 36 (1969): 87-90.
- Ricci, Julio. "El problema de la liberación mental." *Mundo Nuevo* 44 (1970): 57-60.
- Rodríguez, Horacio D. "EUDEBA y la crisis universitaria argentina." *Mundo Nuevo* 5 (1966): 91-94.
- Rodríguez-Carranza, Luz. "Emir Rodríguez Monegal o la construcción de un mundo (nuevo) posible." *Revista Iberoamericana* 160-61 (1992): 903-17.
- Rodríguez, Ileana & William Rowe (Eds.) *Marxism & New Left Ideology*. Minneapolis: Marxist Educational Press, 1977.
- Rodríguez Monegal, Emir. "Carta a François Fejto." 21 Dic. 1965. Emir Rodríguez Monegal's Papers, Princeton University Libraries, Princeton.
 "Carta a François Fejto." 17 Mar. 1966a. Emir Rodríguez Monegal's Papers, Princeton University Libraries, Princeton.

- "Carta a H.Weinstock." 24 Jun. 1966b. Emir Rodríguez Monegal's Papers. Princeton University Library, Princeton.
- "Diario del P.E.N. Club." *Mundo Nuevo* 4 (1966c): 41-51.
- "El P.E.N. Club contra la guerra fría." *Mundo Nuevo* 5 (1966d): 85-90.
- "Carta a Gabriel García Márquez." 23 Jun. 1967a. Emir Rodríguez Monegal's Papers. Princeton University Library, Princeton.
- "Carta a Jorge Luis Recavarren." 30 Jun. 1967b. Emir Rodríguez Monegal's Papers. Princeton University Library, Princeton.
- "La CIA y los intelectuales." *Mundo Nuevo* 14 (1967b): 11-20.
- "Diario de Caracas." *Mundo Nuevo* 17 (1967c): 4-19.
- "Paradiso en su contexto." *Mundo Nuevo* 24 (1968a): 40-44.
- "A propósito de *Mundo Nuevo*." *Mundo Nuevo* 25 (1968b): 93-94.
- "Carta a Guillermo Cabrera Infante." 24 Sept. 1968c. Emir Rodríguez Monegal's Papers, Princeton University Libraries, Princeton.
- El Boom de la novela latinoamericana*. Caracas: Tiempo Nuevo, 1972.
- "La nueva novela vista desde Cuba." *Revista Iberoamericana* 92-93 (1975): 647-62.
- "El boom de la novela latinoamericana: Diez años después." *Requiem for the "Boom"-Premature*. Ed. Rose Minc y M.R. Frankenthaler. Montclair: Montclair State College, 1980.
- "El boom: A retrospective." Entrevista de Alfred Mac Adam. *Review* 33 (1985): 27-33.
- Romano de Tobar, Margot. "El Buenos Aires de los 'villeros'." *Mundo Nuevo* 29 (1968): 28-34.
- Rositzke, Harry. *The CIA's Secret Operations. Espionage, Counterespionage, and Covert Action*. New York: Reader's Digest Press, 1977.
- Rowe, William. "Paz, Fuentes and Lévi-Strauss: The Creation of a Structuralist Orthodoxy." *Bulletin of Latin American Research* 3.2 (1984): 77-82.
- Ruiz, R., Sotomayor, R., et.al. "Rechazan *Mundo Nuevo*. Carta." *Punto Final* 39 (1967): 41.
- Sáenz, J. "El aparapita de La Paz." *Mundo Nuevo* 26 (1968): 4-11.
- Sagastizábal, Leandro de. "EUDEBA, la lejanía del pasado reciente." *Todo es historia* 280 (1990): 28-36.

Sainz, Gustavo. "Entrevista de Emir Rodríguez Monegal." *Mundo Nuevo* 22 (1968): 4-11.

Salisbury, Harrison E. *Without Fear or Favor. The New York Times and its Times*. New York: Times Books, 1980.

Sanguinetti, Horacio. "El estudiante, objeto de estudio." *Mundo Nuevo* 34 (1969): 37-44.

"Balance de un ensayo reformista universitario." *Mundo Nuevo* 49 (1970): 4-10.

"Universidad: cómo nos ven en Europa." *Mundo Nuevo* 54 (1970): 85-6.

Sarduy, Severo. "Las estructuras de la narración. Entrevista de Emir Rodríguez Monegal." *Mundo Nuevo* 2 (1966): 15-26.

"Cronología." *Severo Sarduy*. Ed. Julián Ríos. Madrid: Espiral/Fundamentos, 1976.

"Conversación con Severo Sarduy: *Maitreya* o la entrada de Buda en La Habana." Entrevista de Julián Ríos. *Quimera* 20 (1982): 19-23.

"Una autobiografía pulverizada. Entrevista de Mihály Dés." *Quimera* 102 (1991): 32-38.

Sartre, Jean Paul. "Diálogo con Daniel Cohn-Bendit." *La revolución estudiantil*. Ed. San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1971. 51-61.

S.[egovia], T.[omás]. "Una red de agujeros." *Mundo Nuevo* 4 (1966): 88-89.

Selser, Gregorio. "El informe Rockefeller (I)." *Marcha* 1472 (1969): 2-3.

Shapiro, David y Cecile. "Abstract Expressionism: The Politics of Apolitical Painting." *Prospects* 3 (1976): 175-214.

Shepard, Richard F. "Ford Fund Heps Paris Arts Group." *New York Times* 2 Nov. 1966: 38.

Sheridan, Guillermo. *Los contemporáneos ayer*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985.

Sigal, Silvia. *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Punto Sur, 1991.

Sonntag, Héctor Silva Michelena y Heinz Rudolf. *Universidad, dependencia y revolución*. México D.F.: Siglo XXI, 1970.

Steimberg, Oscar. "Prensa amarilla/prensa blanca: Notas sobre una conocida y no definida oposición de géneros." *Claves del periodismo argentino actual*. Ed. Jorge Rivera y Eduardo Romano. Buenos Aires: Ediciones Tarso, 1987. 149-59.

Suarfa, Sebastián. "Retracción Editorial." *Mundo Nuevo* 46 (1970): 70-71.

Suzán Prieto, Margarita y Gabriel Careaga Medina. "México: La ideología del estudiante universitario." *Mundo Nuevo* 8 (1967): 7409.

Tejedor, Faustino. "Carta a Emir Rodríguez Monegal." 9 Agos. 1966. Emir Rodríguez Monegal's Papers. University of Princeton Libraries, Princeton.

Terán, Oscar. *En busca de la ideología argentina*. Buenos Aires: Catálogos Editora, 1986.

Nuestros años sesentas. Buenos Aires: Puntosur, 1991.

"Tormenta sobre México." *Mundo Nuevo* 2 (1966): 67.

Torre, Guillermo de. "Para una polémica sobre la nueva novela." *Mundo Nuevo* 34 (1969): 83-85.

Torres, Venzano. "Monegal de los espíritus. Entrevista." *Punto Final* 38 (1967): 12.

"Un drama nacional." *Mundo Nuevo* 3 (1966): 88-90.

"Una nueva etapa." *Mundo Nuevo* 26-27 (1968): 4.

"Un creador singular." *Mundo Nuevo* 24 (1968): 4.

"Un paso al futuro." *Mundo Nuevo* 1 (1966): 79.

Valladares, Lucía. "Una favela por dentro." *Mundo Nuevo* 29 (1968): 19-27.

FE DE ERRATAS

En la página 187 falta consignar la siguiente bibliografía:

- Vargas Llosa, Mario. "Epitafio para un imperio cultural." *Marcha* 1354, 27 May. 1967: 31.
- Vera Ocampo, Raul. "¿Complejo generacional en la nueva novela latinoamericana?" *Mundo Nuevo* 38 (1969): 79-87.
- Verdugo, Iber. "La actual novela hispanoamericana." *Mundo Nuevo* 28 (1968): 75-83.
- . "Proceso de liberación mental y literatura hispanoamericana." *Mundo Nuevo* 41 (1969): 32-41.
- Verón, Eliseo. "Ideología y comunicación de masas: La semantización de la violencia política." *Lenguaje y comunicación social*. Ed. Eliseo Verón. Buenos Aires: Nueva Visión, 1969. 133-191.
- . "Le Hibou." *Communications* 28 (1978): 69-124.
- . *Construir el acontecimiento*. Barcelona: Edhasa, 1987.
- Viñas, David. *De Sarmiento a Cortázar: Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte, 1971.
- . *Apogeo de la oligarquía: Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires: Siglo XX, 1975.
- . "Pareceres y digresiones en torno a la nueva narrativa latinoamericana." *Más allá del boom. Literatura y mercado*. Ed. Angel Rama. Buenos Aires: Folios, 1984: 13-50.
- Viñas, Ismael. "Gino Germani o la sociología de la modernización." *Los Libros* 8 (1970): 20; 26.
- Weinstock, Herbert. "Carta a Emir Rodríguez Monegal." 2 Agost. 1966. Emir Rodríguez Monegal's Papers. Princeton University Libraries, Princeton.
- Weiss, Judith. *Casa de las Américas: An Intellectual Review in the Cuban Revolution*. Chapel Hill: Estudios de Hispanófila, 1977.
- Williams, Raymond. *Television*. New York: Schroecken Books, 1975.
- . "The Bloomsbury Fraction." *Problems in Materialism and Culture*. London: NRL Editions, 1980.
- . *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ediciones Península, 1980.
- Zaid, Gabriel. "Tres momentos de la cultura en México." *Plural* 43 (1975): 10-16.

Índice

Agradecimientos ..7

Prólogo ..9

1. *Mundo Nuevo*: Árbol genealógico y otras historias de familia ..11

El Congreso por la Libertad de la Cultura: Historia retrospectiva de la gran familia liberal ..13; Cuadernos por la Libertad de la Cultura: Hermano mayor de *Mundo Nuevo* ..21; Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales (ILARI): Hermano gemelo de *Mundo Nuevo* ..24; La CIA: El padre secreto de la gran familia liberal ..28; La Fundación Ford: La madre adoptiva de la familia liberal ..34; *Mundo Nuevo*: En legítima defensa... ..38; Breve ficha técnica de *Mundo Nuevo* ..44; Notas ..52

2. *Mundo nuevo* y el Boom de la novela latinoamericana ..55

Comienzo accidentado: entre pactos y condenas ..57; El escritor latinoamericano: ese oscuro objeto del deseo ..60; El P.E.N., Neruda y el principio del final ..65; La doble crisis del modelo discursivo ..71; Notas 78

3. *Mundo Nuevo* y la revolución cubana .. 81

"Notas sobre Cuba": *Mundo Nuevo* tira la piedra y esconde la mano ..84; *Mundo Nuevo*: Revista del exilio cubano ..94; Notas ..111

4. *Mundo Nuevo* y los protagonistas del cambio social ..115

El lumpen-proletario: Entre "la cultura de la pobreza" y los proyectos sobre marginalidad ..117; *Mundo Nuevo* y el discurso reformista ..121; La universidad: Santuario vs. barricada ..124; Definiendo al estudiante como sujeto ..127; El estudiante: Objeto teórico del delito ..130; Los militarismos latinoamericanos y la metáfora de lo limpio ..132; Notas ..138

5. *Mundo Nuevo*, difusión, mercado y políticas culturales en la década del 60 ..145

Primer caso: El Instituto Di Tella ..150; Segundo caso: EUDEBA/CEAL ..153; Tercer caso: Fondo de Cultura Económica/Siglo XXI ..157; Cuarto caso: El Premio Rómulo Gallegos ..160; Notas ..164; Colofón .. 167

Obras citadas ..169